



BOHEMIA

SENTIMENTAL

E. GOMEZ CARRILLO

Editor

R. SOPENA

50 CENTS

COLECCIÓN REGENTE

Bohemia Sentimental

POR

Enrique Gómez Carrillo

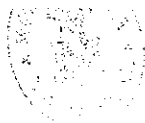


BARCELONA

RAMON SOPENA, EDITOR. — Administración de LA VIDA GALANTE

Calle de Gravina, 10

1900



DEDICATORIA

A Rafael Spínola

Usted regaló un libro, hace tiempo, «con la misma pueril satisfacción con que se regala un diamante.»

Con satisfacción análoga dedico á usted esta novela que, sin duda por ser la última que he escrito, es la que más cariño me inspira.

Si no es una «buena novela,» por lo menos es una «novela buena.» En ella se habla de juventud, de bohemia y de bohemios, de chicas alegres que se enamoran de los amigos de sus amantes; de poetas de veinte años que tienen apetito y que no por eso pierden el buen humor; de esperanzas y desesperanzas, de todo lo que constituye, en fin, el carácter pintoresco de la vida literaria.

Es una obra sana, porque es una obra que tiene veinte años.

Es algo loca, pero es muy fresca; es algo triste, pero es muy sonriente; es algo viciosa, pero es muy ingenua.

Es la novela de mi bohemia y de mi París.

* * *

Cuando Rubén Darío tenía talento (¡oh Póstumo!) estuvo á punto de asesinar á un amigo suyo que le llamó bohemio.

— «¡Bohemio yo! — gritaba con tono fiero el autor de *Azul*. — ¡Pues no faltaba más! Los bo-

hemios no existen ya sino en las cárceles ó en los hospitales... En nuestra época, los literatos deben llevar guantes blancos y botas de charol porque el arte moderno es una aristocracia.»

En aquella época, efectivamente, las teorías de vida burguesa y de trabajo metódico predicadas por Emilio Zola y vulgarizadas por los cronistas madrileños, habían hecho germinar, en el fondo de las almas jóvenes, un odio sagrado contra los artistas desordenados, alegres y melenudos que, viviendo en una miseria relativa, endulzaban las tristezas de la vida real con la truculencia ruidosa de sus costumbres. Los mismos bohemios — los impenitentes, los empedernidos, los eternos bohemios — trataban, entonces, de no pasar por tales, y Alejandro Sawa incomodábase contra Bonafoux porque éste hablaba de su pipa, de su perro y de su cabellera, al elogiar sus admirables primicias literarias.

Hoy el odio contra la vida de bohemia ha desaparecido por completo, gracias á la reciente glorificación de Murger y á los estudios históricos en los cuales se prueba que la juventud abigarrada y bulliciosa del antiguo Barrio Latino, fué completamente inofensiva y no del todo estéril.

Yo he vivido mucho tiempo entre bohemios. Verlaine fué un bohemio que murió tranquilamente en su lecho, honrado por el mundo entero, dejando la obra más genial que ha producido nuestro siglo. René de la Villoyo también fué un bohemio que vivió pobremente y que se suicidó después de escribir una canción deliciosa que podría titularse «el triunfo de la miseria.» También los académicos actuales, que ven con

malos ojos á los simbolistas de Montmartre y á los decadentes del Barrio Latino, fueron bohemios, — Bohemios fueron Coppé, Sully Prudhomme, Bourget, y muchos más. Bohemios, en fin, son todos los que tienen muy poco dinero y muchas ilusiones.

El propio Leconte de Lisle, poeta solemne si los hubo, vivió su bohemia especial al escribir sus primeros poemas.

— ¿De qué se alimentaba usted á los veinte años? — preguntábale cierto día uno de sus sabios colegas del Instituto.

A lo cual el traductor de *La Ilíada* respondía gravemente:

— De raíces griegas, señor.

La bohemia consiste en eso: en tener veinte años y en comer más amenudo raíces griegas ó rimas raras ó ensueños dorados, que gallinas trufadas y jamones en dulce.

* * *

... Pero ¿á qué seguir disertando? Las novelas no necesitan explicación. Uno hace lo que puede; no lo que quiere; y el que dice que «escribe lo que le da la gana,» no dice más que una tontería algo grosera.

— «Yo escribo un drama — asegura Ibsen — y para saber lo que mi drama significa, espero que los críticos me lo expliquen.» Lo mismo nos pasa á todos los que no buscamos la fuente de nuestra inspiración en libros anteriores, sino en la vida misma.

En realidad, lo único que deseaba decir á usted en esta dedicatoria, amigo Spínola, es que le quiero á usted mucho y que le admiro tanto como le quiero.

E. G. C.

BOHEMIA SENTIMENTAL

I

— ¿Qué hora es?

Emilio sacó de la faltriquera de su gabán una papeleta de empeño, y contemplándola gravemente, repuso:

— Mi reloj está parado desde hace seis meses. Pero hay otros medios de saber la hora. Pregúntale á tu estómago y te responderá que es la hora del hambre, pregúntale á tu bolsillo y te responderá que es la hora de la miseria, pregúntale á tu...

Luciano, que no estaba para bromas, interrumpió con sequedad á su amigo, suplicándole que no dijera tonterías.

Y en silencio, sin apresurarse, ignorando hacia dónde iban, los dos camaradas siguieron andando melancólicamente por el boulevard San Miguel.

A lo lejos los restaurantes comenzaban á encender sus luces exteriores que parpadeaban, en la penumbra de la tarde, con aleteos irónicos y llamativos.

Emilio no pensaba en nada. Tenía apetito. Sonreía.

Luciano, inconscientemente, seguía preguntándose qué hora podía ser, sin conseguir más respuesta que la de su bolsillo que le decía sin cesar: «la hora de la miseria, la hora de la miseria.»

Hasta entonces esa frase no había significado, para él, nada de concretamente doloroso. Sus ojos estaban acostumbrados á ver una miseria pintoresca, vestida de andrajos, con el rostro escuálido y la mano flaca tendida para implorar la caridad. Pero una miseria como la suya, con levita nueva y botas de charol, parecíale muy cruel, muy ridícula y mucho más triste que todas las demás miserias del universo. Lo que más le atormentaba, era creerse incapaz de salir de sus apuros, gracias á sus propias fuerzas. El no era cobarde, ni perezoso, y en otras circunstancias, en un caso más serio, habría luchado contra el destino hasta morir ó vencer. «Que me pongan en una situación grave — decíase — y veremos lo quehago». — Poco á poco, llegó á figurarse que tenía diez hijos muertos de hambre y una mujer agonizante que pedía pan con súplicas desgarradoras y que, en un acto de energía brutal, él los salvaba á todos, asesinando á un millonario. Luego veíase á sí mismo, saliendo del hospital, medio desnudo, algo enfermo todavía, incapaz de andar mucho, y andando, sin embargo, día y noche, bajo el sol, bajo la lluvia, en busca de pan y de lecho, siempre dispuesto á trabajar y á no dejarse morir. Veíase, en fin, en la montaña, herido y sin recursos, huyendo de los revolucionarios que habían saqueado su ciudad natal. Y para todos esos casos ideales de dolor y de miseria, imaginaba remedios decisivos en la energía fantástica de su mente. «La lucha no me amedrenta — decíase á sí mismo.» — Lo que le amedrentaba era la situación en que se veía desde que, veinte y cuatro horas antes, habíasele acabado el dinero que su familia le enviaba cada fin de mes. «¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?» Su imaginación seguía

buscando, en vano, un expediente para salir de apuros.

De pronto Emilio le detuvo, tirándole violentamente por los faldones de la levita y exclamando con voz regocijada:

— ¡Eureka! Esta tarde vamos á comer como príncipes, en esa casa que está allí en la esquina. ¿Tienes apetito? Vamos á comer, te digo. Mira la casa: en ella vive un millonario amigo mío que almuerza todas las mañanas, y que cena todas las noches, y que dispone siempre de un portamonedas lleno de piezas de oro, y que es muy tonto...

Luciano escuchaba á su amigo como quien oye un cuento de hadas.

Emilio continuó:

— ¡Oh, muy tonto, muy tonto! ¡Pero tan rico! Figúrate que hace apenas dos meses me dió veinte duros por un soneto que luego he visto publicado con su firma en varias revistas. Tú debes de conocerle: se llama René Durán y compra versos..... ¿No subes?..... La sopa está servida, caballero.

Una criada, que por lo vieja y por lo fea parecía un capricho escapado de los álbums de Goya, introdujo á los dos amigos en un salón-cielo amueblado con mucho lujo pero, con poco gusto.

René Durán estaba sentado en una inmensa butaca de roble añejo, con un libro entre las manos.

Luis presentó á su amigo:

— Señor Durán, le traigo á usted á don Luciano Gramont, poeta cuyo nombre ha llegado, sin duda, á sus oídos y que deseaba tener el honor de conocer á usted personalmente. Digo personalmente, porque ya como poeta le cono-

cía y le admiraba á usted, lo mismo que todo el mundo.

Muy halagado, René Durán, se inclinó balbuceando frases incoherentes de agradecimiento:

— Siéntense ustedes — dijo al fin.

Y comenzó á hablar, muy seriamente, de cosas que á él se le antojaban muy serias.

— Nosotros los artistas — decía — tenemos el deber sagrado de no escuchar los consejos embrutecedores que nos da la burguesía. Mirando siempre hacia adelante, encontramos nuestra ruta de Damasco en la contemplación de nuestros ensueños espléndidos de bohemia.

Luis contestaba:

— Somos los bohemios del presente, pero llevamos en nuestras almas el universo radioso del porvenir.

Sólo Luciano permanecía silencioso, creyéndose incapaz de tomar parte en la lid de vulgaridades ampulosas que se había entablado ante él.

Al cabo de un cuarto de hora de charla literaria, Luis dijo bruscamente, dirigiéndose á Durán:

— ¿Quiere usted hacernos el favor de acompañarnos á comer? Mi amigo desea intimar con usted, en quien ha adivinado un alma hermana de la suya.

— Muchísimas gracias — repuso René; — se los agradezco con todo el corazón, pero esta tarde.... ¿por qué no se quedan más bien ustedes, á hacer penitencia con nosotros?

La palabra «nosotros» llamó á Luis la atención.

— ¿Tiene usted familia?

— Familia justamente, no. Tengo una amiga,

artista también, que me ayuda á soportar las tristezas de la vida.

Luciano se sentía como sobre ascuas. El aplomo de su amigo que, no teniendo diez céntimos para comprar un panecillo, invitaba á comer á un millonario, parecía criminal, y la actitud de ese señor que compraba sonetos para firmarlos, que hablaba de arte con frases vacías y que encontraba triste la existencia, teniendo un portamonedas lleno de oro y una querida bonita, figurábasele el colmo del más odioso esnobismo. «Si no fuese porque tengo hambre — pensaba, — me marcharía más corriendo que andando. Y aún con hambre y todo, creo que me iría, á no ser por ese desvergonzado de Luis, que ya está aquí como en su casa y que explota la imbecilidad humana en beneficio de nuestros pobres estómagos. Lo que si me juro á mi mismo con más solemnidad de la que nuestro anfitrión emplea para llamarse á sí mismo bohemio, es que no volveré nunca á entrar en este ridículo salón. ¡Pues no faltaba más! ¡Ah, no! de ninguna manera, ¡jamás!...»

Un criado interrumpió las exclamaciones mentales del poeta indignado, anunciando en alta voz:

— El señorito está servido.

En el comedor, la querida de Durán hacia los honores con elegancia teatral, inclinándose cual una marquesita de Fragonard, á cada saludo; indicando, por medio de reales ademanes, el puesto que cada uno debía ocupar; bajando los ojos como las «ingénuas» del Teatro Francés ante los cumplidos de sus invitados.

Luciano penso: «Es muy bonita, ¡lástima que esté tan mal educada y que sea la mujer de este bárbaro!»

Luis soñaba ya en comérsela, como delicadísimo postre después de la cena.

Durán seguía hablando de arte y de literatura, con palabras escogidas y voz estudiada:

— Lo único que nos consuela de los sinsabores múltiples de la vida — decía — es la estimación de los cerebros nobles y el cariño fraternal de los corazones elegido. Si no dispusiéramos de esos consuelos y de los goces infinitos que la concepción artística produce, más nos valiera renunciar francamente a la existencia y refugiarnos por nuestra propia voluntad en el mundo misterioso de la muerte. Sacar el pan del tintero es siempre arduo, y cuando ese pan no viene endulzado por las delicias del compañerismo y de la general estima, resulta más amargo que el clásico pan del destierro.

René Durán tenía la inocente locura de querer hacer creer que vivía de su trabajo. Increpaba a los editores por lo mal que pagaban, y quejábase amargamente de lo mucho que era necesario producir para vivir con modestia.

— Lo que nos mata, es la fecundidad forzada — decía.

Y luego citaba familiarmente nombres de literatos ilustres, indicando lo que ganaba cada uno de ellos.

— Zola gana mucho porque más que un artista es un mercader, y aun así, cualquier fabricante de chocolate hace mejores negocios que él. *Naná* le produjo trescientos mil francos. Ohnet gana más todavía, pero ese ya es un verdadero tipo de judío explotador que, con veinte dramas imbéciles, logra amasar una fortuna de diecisiete millones. En cuanto a los artistas concienzudos, casi no ganan ni para comer. — Cátulo Méndes tiene ochenta mil

francos en el *Journal*, pero gasta más. Lajeunesse no tiene sino ciento cincuenta duros mensuales por un artículo á la semana. ¿Y quieren ustedes saber cuánto le produjo *Afrodita* á Pierre Louÿs? Diez mil duros, nada más que diez mil... ¡una miseria!

Luciano oía esas cifras con verdadero respeto, pensando en lo dichoso que él sería si un periódico cualquiera le asegurase la más humilde de las existencias en cambio de doce horas de trabajo diario. ¡Vivir de su literatura! Lo deseaba con tal ardor, que ni siquiera se atrevía á esperarlo. ¡Vivir de sus libros, de sus artículos, de sus poemas, de sus comedias! ¡Escribir día y noche y luego comer! ¡Hacerse una reputación modesta y saber que su nombre no era ignorado por completo!... ¡Ilusiones! ¡Rosadas ilusiones!... ¡Ilusiones tristísimas, por lo lejanas!...

La querida de Durán leyó en los ojos de Luciano las íntimas melancolias de su alma, y con acento cariñoso le preguntó:

— ¿Es usted poeta?

— Sí, señora.

— No me llame usted señora... ¿Y no ha publicado usted ningún libro?

— Ninguno... señorita.

— Prefiero que me diga usted mi nombre: Violeta.

— ¿Violeta nada más?

— Para los amigos sólo Violeta. En el teatro me llaman Violeta de Parma ¿le parece á usted ridículo?

— ¡Encantador! — exclamó Luis, con la boca llena, mientras Luciano contestaba, sonriendo discretamente:

— En usted todo me gusta.

Después de la comida, Durán llamó aparte a Luis para informarse de las cualidades intelectuales de su amigo.

— Se lo pregunto á usted, — le dijo — porque necesito un colaborador para un drama.

— ¿Para un drama? Nadie mejor que él. ¡Un talento! ¡Sólo Víctor Hugo ha tenido tanto en nuestro siglo! ¿Quiere usted que yo me encargue de hablarle de eso? Harán ustedes un drama admirable... ¡Pues ya lo creo! Lo malo es que sería necesario que yo le llevase esta noche al teatro... y como he olvidado mi portamonedas... ¿No tiene usted algunos francos?...

En otro extremo del comedor, Violeta y Luciano hablaban en voz baja:

— ¿Sinceramente le gusta á usted mi nombre?

— Sinceramente.

— ¿Y no le parezco á usted orgullosa?

— Lo que me parece es que usted es digna de mejor suerte. Su marido es algo solemne para cultivar violetas.

— ¡Murmurador!... Es un hombre bueno.

— Demasiado buen hombre.

— Venga usted mañana á mi teatro... Venga usted sólo... ¿Vendrá usted?...

II

Al entrar en su cuarto, Luciano encontró sobre su mesa de trabajo, cubriendo los últimos versos escritos por él, una carta de su madre. Era una imagen de la Realidad sobreponiéndose al Ensueño.

Lo mismo que todos los chicos que se consagran á las letras á pesar de los consejos paternos y que huyen de sus hogares con objeto de correr en pos de la Quimera por las calles ruidosas.

sas de París, Gramont no recibía sin cierta congoja las cartas de su familia. Antes de abrirlas, ya adivinaba lo que decían. — Decían «hijito de mi alma...» decían «que los tiempos eran cada vez más difíciles,...» decían «que era necesario pensar en el porvenir, y que los poetas se morían de hambre». — Eran un llamamiento melancólico y categórico hacia las realidades de la vida; eran el comentario cariñoso y descarnado de sus propias ideas; eran la expresión de su propia experiencia. Eran, en fin, el eterno consejo de Sancho el cuerdo al don Quijote siempre loco.

Luciano las leía con respeto. Todo lo que decían, lo sabía ya él: lo sabía prácticamente, lo había aprendido á costa de sus sufrimientos, de su salud, de sus ilusiones. Lo sabía y no lo podía remediar.

¿Que la vida del literato joven y pobre era muy triste? Sí; era muy triste, tristísima, desgarradora... ¿Que París, más que una ciudad era una vorágine que devoraba las más fuertes complexiones y que enloquecía los más robustos cerebros? Sí; era una vorágine; era más que una vorágine; era la sirena fatal y encantadora que atraía con su canto, que seducía con su perfume, que se alimentaba de corazones, y de nervios, y de miembros aún palpitantes! Todo lo sabía él; y si le hubieran encargado de dar consejos á un joven, habría escrito un poema terrible, lleno de heridas siempre abiertas, de lágrimas siempre ardientes, de rostros siempre contráidos; algo que hubiera podido ser un Infierno moderno, más trágico, más vasto y más incoherente que el infierno de Dante.

Lo sabía y no lo podía remediar. Exaltado por la corriente vertiginosa de la literatu-

ra, vivía sufriendo en su París miserable, pero vivía. Fuera de París ni siquiera habría vivido: se habría agostado, habría echado de menos hasta el dolor, hasta el hambre.

No habría podido, materialmente no habría podido vivir, lejos del boulevard. Estaba loco y París era su manicomio. Después de París, sólo una ciudad pareciale habitable: la inmensa, la oscura, la atrayente ciudad del suicidio.

A su madre no le hablaba así, empero, para no hacer más triste aún su tristeza. La hablaba de ilusiones y de triunfos futuros; decíala que París era un bosque de laureles sagrados, en el cual no se necesitaba sino levantarse un poco sobre las puntas de los pies para coger una rama y hacerse una corona. Jurábala, en fin, que su existencia era la mejor de las existencias en el mejor de los mundos. Y siendo un melancólico, escribía epístolas dignas del doctor Panglós.

Después de contemplar durante algunos minutos, con los ojos preñados de lágrimas, la carta que estaba allí, ante él, decidióse á abrirla y leyó lentamente la dulce lamentación que contenía: «Sus hermanitas siempre bien... su padre más viejo cada día, pero fuerte como un roble y activo como el que más... Las únicas penas de familia eran no tenerle á él, no saber si le hacía falta algo... ¡Era tan difícil la vida en la capital!... Y los jóvenes no sabían cuidarse, estaban siempre expuestos á coger una enfermedad... Todos hablaban de él, en su pueblo, todos le mandaban abrazos y recuerdos. Todos esperaban ver, por fin, una obra suya.»

Era la primera vez que su madre le hacía comprender la necesidad de darla una prueba de que no perdía el tiempo.

¡Un libro! Sus amigos también le preguntaban

casi á diario, cuándo aparecería su primer libro, como si fuese la cosa más hacedera del mundo, eso de encontrar un editor. Allí estaban sus comedias, sus novelas y sus poesías; pero todas estaban inéditas. Los que las conocían, como Luis y algunos otros amigos, las encontraban admirables. Sólo los editores no querían ni aún tomarse el trabajo de leerlas.

Un pobre librero del barrio latino le había dicho un día, después de leer algunos de sus manuscritos, que escribiese un libro para los niños y que él se lo compraría en cuarenta duros. Otro le exigía un prólogo de Brunetiére. Ambas cosas eran imposibles, pues ni se sentía con valor para contar historietas desabridas, ni pertenecía á la familia intelectual patrocinada por el crítico de la *Revista de Ambos Mundos*.

Para darse á conocer, no encontraba si no un medio: seguir los consejos de Luis; permitir que René Durán firmase con él una de sus comedias; dar, á un señor ridículo, la mitad de su trabajo en cambio de un poco de protección; someterse, en suma, y comenzar á ser algo comerciante.

Para decidirse, leyó de nuevo la carta de su madre. «Era necesario publicar un libro...

— Mañana principiaré á ser famoso — se dijo — y cogió, entre sus papeles un drama en tres actos, en cuya portada agregó, después del suyo, el nombre de Durán.

«*En el Divorcio*, pieza en tres actos y en prosa, por Luciano Gramont y René Durán.»

Acostóse en seguida, y soñó que París se reía de él y su colaborador y de todos los que confundían la vanidad con el arte y el arte con el dinero.

III

La vida artística de París, deforma hasta cierto punto á los que á ella se consagran en cuerpo y alma. Les pintores de Montmartre y los poetas del Barrio Latino, no ven, no piensan, no sienten como todo el mundo. A fuerza de acariciar ensueños refinados, llegan, inconscientemente, á complicar sus almas y á desequilibrar sus sistemas nerviosos. La realidad de la existencia, se confunde en ellos con la concepción de un mundo artificial y paradógico.

Pero esto que en los hombres no es sino una segunda naturaleza, llega á convertirse, en la mujer, en una verdadera enfermedad. Las parisienses artistas pueden no hacer versos, no pintar acuarelas y no representar comedias. Lo que no pueden, es peinarse, vestirse y hablar como todas las mujeres. Son literarias porque se peinan como las madonas medioevales de Botticelli; son literarias porque llevan inmensos sombreros á lo Clemencia Isaura; son literarias porque se visten con largos trajes de terciopelo inglés. Son literarias en lo más exterior y en lo más frívolo. También lo son en lo más íntimo: en su odio contra la burguesía, en su amor por lo raro, en su impresionabilidad paradógica. Son literarias en todo, en fin. Lo son en la calle y lo son en el lecho.

A veces estas muchachas recitan poemas en los teatros diminutos de Batignoles, cantan romanzas en los conciertos del Barrio Latino ó sirven de modelos en los «talleres» de Montparnasse; á veces son sencillamente las colabora-

doras anónimas de un marido novelista ó de un amante poeta.

A los quince años, Violeta de Parma había sido modelo de pintor.

Vosotros los que no conocéis el barrio de Notre Dame des Champs ó de Montmartre, apenas podéis figuráos lo que es el modelo parisiense. En los países de gran actividad artística, el modelo es legión. La chiquilla rubia y fina que atraviesa rápidamente los boulevares exteriores que lleva un peinado de paje del siglo xv y que se recoge la falda de seda marchita con un ademán de princesa de opereta, es un modelo; la robusta mujer morena cuyo sombrero de fieltro es enorme y extraño y cuya cabellera es más enorme y más extraña aún, es, asimismo, un modelo. El viejo de barba apostólica, y el mozo de cuello atlético y el nido de rizos fabulosos, son, también, modelos.

... Y todos ellos cuando no tienen trabajo, vienen á calentar sus formas perfectas á la plaza Pigalle que es un mercado de bellezas humanas, alegre á veces cual una feria de Oriente y á veces triste como un patio de hospital. A la derecha se amontonan los italianos, viejos, jóvenes, niños, en familia, casi en comunidad, todos melancólicos y resignados, haciéndose ver con sencillez y esperando con paciencia. Del otro lado están las parisienses, jóvenes, sonrientes, provocativas, ejerciendo su oficio con voluptuosidad, con entusiasmo, con amor.

Pero los modelos que esperan alquilador en la plaza Pigalle son los humildes. Ninguno de ellos tiene nombre y jamás las biografías de los grandes pintores y las historias de los cuadros famosos, hablan de sus encantos.

Otros modelos hay, que forman una vasta

aristocracia del oficio y á quienes sólo se les puede ver en los estudios de los artistas serios. Estos son los escogidos, los dichosos, los ricos. ¿Son más bellos que los otros? No: pero tienen carácter. La mejor cualidad de un modelo, es tener «carácter»—«Sed feos—dice Bourget á los amantes—sed feos pero tened lindos ojos, ó hermosos dientes ó espléndidos cabellos.»

Los pintores dicen á sus modelos: «Sed feas pero no os parezcáis á todo el mundo, no seáis vulgares, tened carácter, en fin.» Una caricatura de Forain explica gráficamente lo que es el carácter en la belleza: en un café dos caballeros hablan de las mujeres que están á su lado: uno de ellos es escultor; el otro es banquero. «Esa chica — dice el banquero señalando á una mujer flaca, pálida, de ojos sin matiz y de cabellos rojos peinados á la virgen — esa chica no es guapa» — «No — responde el escultor — pero es adorable porque tiene carácter.»

Entre los modelos que tuvieron carácter, sin dejar de ser bellas, el más famoso fué Sara Brown. ¡Pobre Sara!... En el Barrio Latino llegó á ser popular. Todos la conocieron, todos la quisieron, todos la admiraron. Su gran cabellera rubia, de reflejos metálicos, flotaba en las noches de los colegios como una oriflama ideal del placer libre. Sus ojos azules fueron los lagos diminutos en los cuales se ahogaban las almas de los poetas. Con su hermosura y su nombre, habría podido ser una de las reinas del Demi-Monde parisiense; mas su alma de griseta no sabía venderse. Alimentándose de besos y de alcohol, vivió varios años una vida de ruidosas locuras y luego se mató, por amor, como las modistas de Paul de Cock.

Otro modelo famoso, muy bello también, fué

Elisa Duval, la musa de Gerome y de Constant. Alta, gruesa, nerviosa, elegante, malhumorada y orgullosa, Elisa imponía su voluntad á los artistas y se creía más admirable como critico que como modelo. ¡Pura ilusión! Sus formas estaban mejor hechas que su cerebro y sus caderas eran más admirables que su gusto. Creo que murió loca, en un asilo de París. — Luego vienen, por orden de celebridad: Emma, la *Onfalia* de Gerome; Alice, la *Herodiada* de Henner; la negra Marta estimadísima por los pintores orientalistas, la actriz Dach que después de ser la trágica enamorada de muchos dramas románticos, convirtiéndose en la inspiradora de las obras de Gisbert y de Cain; la espléndida Paulina Saucy cuyo pecho robusto atrae las miradas adolescentes en los lienzos de Bayard; la bella Adriana, la más hermosa de todas, gorda, perezosa, de grandes ojos tropicales y de labios de clavel, modelo de Boulanger y de Roll; por último la noble madama de Brece cuyas tarjetas decían: «*H. de Brece — lindos pies y lindas manos.*»

Violeta de Parma tenía, también, manos y pies lindísimos, un rostro muy bello y un cuerpo muy delicado; pero nunca había conseguido ser un modelo célebre por su falta de formalidad y su sobra de orgullo. Creíase llamada á algo más alto en la escala de las ilustraciones femeninas de París y prefería quedarse en el café, discutiendo con sus amigos, á ir á desnudarse en las vastas y frías salas en que trabajan los pintores.

Su ideal era el teatro. Quería aparecer ante el público, vestida con trajes raros, en la apotheosis de las luces artificiales; quería ser admirada en sí misma y no en sus imágenes; quería

decir versos y hacer hablar de su talento, de su belleza y de su gracia, en los periódicos de París.

Así, cuando René Durán la ofreció, una noche, hacerla entrar en un teatro, creyó ver el cielo abierto ante sus ojos, y figuróse que comenzaba á ser dichosa.

IV

Al levantarse de la cama en que acababa de dormir por primera vez con René Durán, Violeta había visitado, medio desnuda aún, todo el departamento que desde ese día comenzaba á ser suyo. Sin dar gran importancia á lo que iba haciendo, cambiaba de sitio los muebles que le parecían mal colocados; arreglaba de nuevo, con lazos caprichosos, las cintas que recogían los cortinajes; suprimía los bibelotes de ciertos sitios para amontonarlos en otros; tomaba, en suma, posesión de la casa de su amigo, como si se la acabaran de llevar en una bandeja.

Luego volvió á la alcoba, y mientras René estiraba los miembros fatigados, habló de sus proyectos domésticos:

— Ante todo — dijo — es necesario arreglar la casa. Tus muebles son bonitos, pero están mal puestos; parecen una almoneda ó una vidiera de ebanista.... ¿Quién te arregla tu casa?.... ¿Las criadas?.... Pues vas á hacerme el favor de decirles que no me toquen eso. Yo lo pondré en orden todo para que no parezca que vivimos en un cuarto de notario. Lo que no me gusta, son tus cuadros. Ya los cambiaremos, ¿verdad?

— No cambiaremos nada. Hazme el favor de dejarlo todo donde está, que así está bien.

La respuesta fué tan categórica y tan seca, que Violeta comprendió enseguida la inutilidad de sus buenos deseos. «Es un burgués» pensó. Sus pupilas indicaron el desprecio que un hombre tan vulgar en sus gustos la inspiraba. Que se quedará todo así, perfectamente; á ella ¿qué le importaba? ¿Acaso había entrado en esa casa para hacerse un nido? ¿Acaso iba á vivir allí siempre? Lo que la importaba era que René la hiciese admitir en un teatro, que la comprase trajes, que la pusiese profesores, que la ayudara, en una palabra, á llegar á la Gloria. Lo que la interesaba, en él, era el dinero y la influencia. En cuanto á su salón, ya podía seguir siendo el más horrible de los salones, que á ella le daría lo mismo. Su mente encolerizada, repetía el anatema artístico: «¡burgués, burgués, burgués!»

René Durán, por su parte, sentíase herido en lo más profundo de su alma. Su vanidad de hombre le hacía creerse superior á todas las mujeres del mundo. ¿Tocarle sus muebles? ¿Pues no faltaba más! Cada uno de ellos había sido colocado por él, según un sistema especialísimo de estética invariable. El sofá verde estaba en un extremo obscuro para que el color se fundiese en graves tonos con los rayos de una luz tamizada por grandes y tenues cortinas azules. Las alfombras, en las cuales toda una vegetación de flores amaranto destacábase sobre fondo blanco, tomaban, en su imaginación, un relieve admirable cuando las lámparas encendidas derramaban sobre ellas su luz violeta y dorada. Antes de comprar un tapete cualquiera, estudiaba, durante días y días, su color y su forma, para ver si armonizaba con los demás adornos de sus piezas. Lo mismo que

des Esseintes, quería no dejar nada á la fantasía del acaso y discutía consigo mismo propósito de la más nimia bagatela. Era caviloso, era lentó, era solemno. «El morado — decíase á sí mismo — es un color grave y simbólico, pero se descompone á la claridad del gas y llega á convertirse en un verde rojizo con manchas rubias. El rojo, en cambio, (todos los rojos, desde el púrpura imperial de los mantos hasta el claro tinto de las rosas primaverales) resiste á los resplandores de las luces sin vacilar en su magnífica energía. Pero el rojo es un color muy vulgar. Los verdes y los azules combinados, son los únicos colores propios para la meditación y el estudio.» En cuanto á las formas de los muebles, todas le parecían bellas con tal que fueran puras: gustábale el Luis XI por su austeridad, el Luis XV por su elegancia, el Luis XVI por su complicación y el Imperio por su solidez majestuosa. Sólo los muebles modernos, los confortables muebles ingleses, cubiertos de pálidas sedas indias, y los muebles franceses esculpidos y como intelectualizados, le repugnaban á causa de la variedad flotante de sus formas.

Con tales ideas, su casa había llegado á ser una almoneda, según la gráfica frase de su querida.

El desprecio que inspiró desde luego á Violeta el gusto de su amigo en lo que á muebles se refería, acentuóse rápidamente con la intimidad. En todo, los principios del hombre vanidoso chocaban con los principios de la mujer artista. El era serio, ella era ligera; él tenía opiniones, ella no tenía más que fantasías; él amaba el silencio, ella vivía enamorada de la actividad. Únicamente en lo relativo á litera-

tura se sentían de acuerdo: ambos eran «literarios», ella por instinto y él por vanidad.

René era una imagen de la Vanidad. Su rostro sonrosado, vanidad; sus bigotes rubios, vanidad; sus espejuelos de oro, vanidad; sus trajes, sus guantes, sus corbatas, sus pañuelos y hasta sus cigarrillos, vanidad, vanidad y vanidad.

Violeta lo comprendió desde luego así y se decidió á explotar en beneficio de sus proyectos, esa fuente inagotable de liberalidades vanidosas.

V

Violeta también era vanidosa; pero de otro modo. Era una vanidosa sonriente, que sabía, en ciertos casos, burlarse de sus propios defectos.

Era vanidosa porque la gustaba gustar. Los elogió á su ingenio, á su cultura, á su elegancia, á su modo de expresarse, á todo lo que había en ella de artificial, en suma, halagábanla mil veces más que los elogios á sus encantos naturales.

Muy niña aún, en su humilde bohardilla, solía turbar la sencillez de su madre con sus precoces coqueterías. A veces, para parecer una mujer, rellenábase de algodón el talle, desnaturalizándola línea de su seno apenas naciente. En otras ocasiones embadurnábase el pelo de tinturas compradas á hurtadillas al volver de la escuela, con objeto de parecerse á las rubias pecadoras que le sonreían por la calle.

Esos caprichos malsanos que apenas á su madre, sólo hacían reír á su padre, empleadillo envejecido entre libros, incapaz de adivinar, por los primeos anhelos, el porvenir de un alma humana,

—Se nos va á perder — decía la pobre señora hablando de su hija, con el instinto apasionado de la madre.

Y el empleadillo contestaba:

— No tengas miedo. Todas las chiquillas son así al principio y luego se vuelven serias. Déjala que lea, y dile que salga lo menos posible. Allí están mis libros para que se entretenga.

Los libros completaron la obra de la naturaleza. A los catorce años, Violeta tenía ya la cabeza poblada de blondos pajes cantores, de poetas en cuyos labios florecían los madrigales y los besos, de mujeres libres, bellas y dichosas que habían salido de la miseria para llegar á ser princesas; de actrices dueñas de París; de ojos azules que iluminaban todo un universo con su luz dominadora. El ensueño de los poetas, sumergíala en sueños personales. Y embriagada por los libros, que son el opio de Europa, veíase á sí misma coronada de rosas, envuelta en un manto de armiño, dominando á toda la gran ciudad desde el escenario de un teatro,

Quería ser actriz. Así se lo dijo á sus padres; y como sus padres se burlaron de ella aconsejándola que esperase con paciencia al notario y al capitán que vendría más tarde á buscarla para hacerla su esposa, creyósee encerrada en una jaula indigna de su talento y de su belleza. Luego pensó en escaparse. Por último se escapó en compañía de un estudiante de derecho que la había escrito dos ó tres cartas amorosas hablándola del fuego intenso que devoraba su corazón avasallado.

Se escapó; vivió dos meses con su primer amante; luego vivió un año con un pintor; luego vivió sola en los cafés del barrio latino, que es como vivir con todo el mundo; fué modelo por

afición; fué cocota por necesidad; tuvo pasiones terribles que le duraron una semana; no encontró nunca al príncipe soñado; acostóse á veces sin comer, y no fué desgraciada, empero, gracias al orgullo que la hacía esperar y á la afición literaria que la permitía abstiaerse.

Cuando René la ofreció llevarla á su casa y hacerla entrar en un teatro, aceptó con entusiasmo pero sin extrañeza, como si la casualidad que iba á proporcionarle los medios de realizar su ensueño, no fuese más que el pago de una deuda que para con ella habia contraído la vida.

— Eres tan linda que puedes llegar á millonaria — la dijo René.

Y ella contestó:

— Lo que quiero es ser actriz.

— ¿Tienes acaso talento?

— Sí.

Y ese »sí» fué pronunciado con tanta sencillez, con tanta convicción, con tanta confianza, que René no pudo dudar de que su querida poseía en el más alto grado el talento de los comediantes, que á él se le antojaba un talento de segundo orden, juzgándolo como autor dramático.

Sin embargo, para afirmar más aún su superioridad de macho artista, decíale á menudo:

— Tu belleza vale más que tu genio.

Ella sonreía, creyendo saber á qué atenerse sobre sus propias cualidades. Sonreía irónicamente, despreciando el juicio de su amigo.

Para juzgar su talento, sólo el público entero, en masa, se le figuraba censor inapelable. En cuanto á su belleza, allí estaba el espejo para decirle con franqueza lo que valía.

Valía mucho y ella lo sabía. Ella sabía que su cuerpo largo, flexible, ondulado, blanco con re-

flejos rojizos de nácar; delgado con redondeces casi invisibles de efebo ó de andrógina, era escultural, no en el sentido que dan á la palabra los adoradores de las venus griegas, sino en un sentido más raro, más místico, más gótico, más inquietante; escultural como el de las madonas de Donnatello. Sabía que su cuerpo era muy bello para los artistas capaces de desnudar con la imaginación á la Primavera de Botticelli, á las vírgenes de Blanqui, á la Salomé de Ghirlandajo, á las incorpóreas y religiosas encarnaciones de la belleza medieval; pero sabía, también, que los hombres vulgares se burlaban de ella al ver que sus caderas eran muy menudas y sus pechos casi impalpables. Sabía que su boca era muy grande; pero que tenía, en el movimiento perpetuo de los labios y en las comisuras profundas, algo que sonreía sin tregua invitando á saciar en ellos, sin glotonería, con sibaritismo y con delicadeza, apetitos refinados. Sabía que sus ojos cambiaban de color como ciertas piedras preciosas: que eran azules en la serenidad del descanso; que eran casi verdes en los momentos de cólera; que se volvían grises y se constelaban de puntos luminosos en las horas de lujuria. Sabía que su cabellera, teñida de rubio rojo metálico, color de llama y de azafrán, con reflejos violáceos, encuadraba divinamente su rostro delgado y pálido, en las amplias alas prerrafaélicas de sus cenefas virginales. Se sabía bella, en fin de un modo especial; pero comprendía, al mismo tiempo, que como artículo de comercio su belleza no había encontrado fácilmente compradores millonarios.

Su talento figurábasele de la misma calidad que su belleza: un talento muy fino y muy raro, hecho únicamente para seducir á cierto público muy cultivado y muy artista.

La razón de que ella se estimase más como actriz que como mujer, estaba en su temperamento. Siendo poco ardiente por naturaleza, saboreaba más á menudo los goces espirituales que los goces materiales. La carne la atormentaba á veces; pero no con tanta frecuencia como á otras mujeres. El espíritu, en cambio, siempre despierto, siempre ávido de sensaciones poéticas, quitábala muy á menudo el sueño, obligándola á pensar en sutiles combinaciones escénicas y en nuevas entonaciones de voz.

VI

José Luis de Gracián y de Beaumont, era el último vástago de una antiquísima familia bretona cuyo árbol genealógico tenía sus raíces en la santa tierra de las cruzadas. Uno de sus abuelos había defendido á un rey de Francia contra doce sarracenos cuyas cabezas, cortadas como cebollas, figuraban en el escudo de la familia sobre campo de azur. Otro ascendiente suyo, había ganado, en las guerras de Juana de Arco, peleando como un león contra las huestes inglesas, un feudo y un ducado. Luego los Gracián vinieron á menos. Pusiéronse mal con Francisco I, con Luis XIV, con casi todos los reyes, en fin. Y cuando la Revolución quiso confiscar sus bienes, no encontró sino campos sin cultivo y palacios hipotecados. Durante los años de pánico aristocrático, los Gracián de Beaumont vivieron en Holanda, vendiendo sus joyas blasonadas; y al volver á Francia, en tiempo del Imperio, no lograron sino indemnizaciones ridículas por lo insignificantes. Carlos X al ser restaurado en el trono, tampoco les protegió; y Luis Felipe creyó hacer mucho en beneficio de uno de ellos, nombrándolo biblio-

tecario del Senado. José Luis de Gracián y de Beaumont, era hijo único de ese bibliotecario. Había nacido entre libros; habíase creado modestamente; durante el sitio, contando apenas cuatro años de edad, había tenido hambre, y luego, ya mozo, había vuelto á tenerla muy á menudo.

—Lo único que me queda del antiguo esplendor de mi familia — solía decir, sonriendo melancólicamente — son las manos — y alargaba, ante los demás, sus largos dedos afilados y blanquísimos, que se encurvaban hacia arriba con una elasticidad admirable.

En cuanto á su nombre, habíalo también perdido. Sus amigos le llamaban Luis, á secas, y él ponía en sus tarjetas (cuando tenía) Luis Gracián, sin títulos y sin partículas.

Porque era muy pobre Luis. Al morir su padre, en los primeros años de la tercera república, la Legión de Honor habíale educado, es decir: habíale hecho bachiller y luego le había dejado en la calle con la cabeza llena de versos clásicos y el alma repleta de anhelos.

—Busque usted un empleo — dijéronle.

El buscó un empleo. Pero como sólo sabía traducir á Virgilio y hacer odas á la manera de Ronsard, no lo encontró.

Encontró, en cambio, á una tía suya, muy fachendosa pero no muy rica, que le dió de almorzar todas las mañanas.

Y así, componiendo poemas, comiendo á medias en casa de su parienta, vistiéndose como podía, y ganando de vez en cuando un luis en casa de un copista amigo suyo, fué vegetando y enflaqueciendo.

Una noche había encontrado á un chico moreno en un café del barrio latino, y sin saber

por qué, porque si, por capricho, había tratado de darle una broma. Para comenzar ofreciéndole un abrazo. Luego le preguntó:

— ¿No te acuerdas de mí?

El otro, naturalmente no se acordaba.

— Usted se equivoca — repuso.

— ¿No eres Pedro?

— No, caballero; me llamo Luciano.

— ¿No tienes un hermano que se llama Pedro?

— No, caballero...

— ¿Un primo, entonces?

— Tampoco.

— ¿Tampoco un hijo?

El interpelado habíase echado á reír.

Luis prosiguió:

— ¡Es extraordinario! Yo tuve un camarada, que era poeta como yo, más que yo es cuanto cabe, y cuyo nombre era Pedro, y cuyo físico era el tuyo.

Luciano que acababa de llegar de su pueblo y que también era poeta, habíase sentido muy dichoso de encontrar un compañero. — Esa noche se quedaron juntos en los cafés del barrio y se separaron á las dos de la mañana jurándose amistad eterna.

Al día siguiente almorzaron juntos; — Luciano pagó. Por la noche cenaron juntos — Luciano volvió á pagar. Luego fueron inseparables, y Luciano pagó siempre, hasta que, una tarde, el 12 del mes, se le acabaron los cuartos de su pensión y tuvo que decirselo á su amigo.

— No te apures — respondió Luis. — El dinero no tiene importancia. Mañana voy á recibir treinta francos por una traducción latina, y seguiremos siendo ricos.

Cuando tenían dinero, iban á comer á un

restaurante muy pequeñito, en la esquina del Odeón, en donde, por lo general, encontraban á Verlaine, borracho, bonachón, patriarcal, siempre sonriendo con su sonrisa de fauno, y á Moreas, fino, hermoso, altanero de porte, elocuentísimo y fraternal.

Una tarde que sólo tenían cincuenta céntimos, dispusieron comer en el cuarto de uno de ellos, y compraron veinte céntimos de pan y un pastelillo de fresas de treinta céntimos. Sentados ambos al borde del lecho, empezaron por el pan y en menos de un minuto dieron fin con él. Quedaba el pastelillo.

— ¡Cómetelo! — dijo Luis.

Y Luciano repuso:

— Cómetelo tú.

— No, tú.

— Tú, hombre, cómetelo.

— A mi no me gusta.

— A mi me repugna...

Y ambos se habían levantado de sus sitios, abandonando la golosina y jurando que no les gustaba, cuando, en realidad, los dos la adoraban y sólo renunciaban á devorarla para dejar-sela el uno al otro.

Por las noches, refugiados en el fondo de alguna taberna hospitalaria, recitábanse mutuamente sus versos. Los de Luis eran ligeros, irónicos, y alocados, pero con algo, en las aliteraciones, en los atrevimientos y en las imágenes, que hacían ver al poeta verdadero, completo, personal. Los de Luciano eran más correctos, más fríos, más artísticos.

Luciano pensaba alejarse de las musas para consagrarse por completo á la novela y al teatro. Soñaba en hacer comedias incoherentes en las cuales la vida apareciese cortada y nervio-

sa, como lo es en efecto. Deseaba escribir novelas relativamente cortas, atrevidas, algo descuidadas aparentemente, pero en el fondo muy artísticas, muy perversas y muy crueles...

El ideal de Luis era la pantomima. Quería hacer pantomimas trágicas, pantomimas psicológicas, pantomimas profundas. Deseaba comprender todas las pasiones de la humanidad, todas las ideas de los hombres, todas las sensibilidades de las mujeres, en dramas mudos y evocadores, representados por Pierrot y Colombine.

En el fondo eran dichosos. Se querían mucho y tenían por el Arte una adoración supersticiosa. Cuando Luciano estaba triste, Luis le decía bromas para animarlo. Cuando Luis se sentía desesperanzado y débil, Luciano le reprendía con ternura.

Luciano era más joven que Luis. También era más serio y más triste. Tenía veinticuatro años; era moreno, casi imberbe, ni guapo ni feo, pero con dos ojos de ámbar muy tristes, muy seductores; con una cabellera castaña rizada y abundosa; con unos dientes blancos, iguales, cuadrados, lucientes. A primera vista las mujeres le encontraban insignificante, luego se fijaban en sus ojos; en último término se sentían atraídas por su voz velada, por su sonrisa irónica, por su mirar melancólico, por lo que había en él, en fin, de personal y de bello.

— ¿Me quieres mucho, Luciano?

— Te quiero mucho, Luis.

Y en el café, ante las mujeres que reían burlándose de ellos, abrazábanse, á veces, como dos hermanos que van á separarse para siempre.

VII

— Al fin ¿te decides ó no? Durán me está exasperando desde hace tres días con sus exigencias, y hoy quiere una respuesta definitiva. ¿Qué debo decirle?

— Que no.

A pesar de los propósitos que formara la noche en que había recibido la carta de su madre, Luciano seguía indeciso, no queriendo ni morir desconocido, como los héroes de Ibsen, ni comerciar con su talento. Haciendo un esfuerzo supremo, habíase puesto de nuevo á la caza de un editor; los había visto á todos y volvía más desilusionado que nunca. Pero no quería que otro firmase su drama, eso nunca...

Luis continuó:

— Está bien; le diré que no aceptas ningún arreglo. Dime ahora una cosa; ¿has encontrado algo? Javier Blemont me aseguró ayer que te había visto entrar en casa de Hachette. ¿Qué hay?

— Nada — repuso Luciano — nada.

— Entonces ó estás loco ó te arreglas con Durán. ¿Qué te importa sacrificar un drama? Hoy me ofreció darte mil francos en cuanto le entregues el manuscrito y dejarte, luego, todos los productos de las representaciones. Lo que á él le interesa es la fama: quiere que los periódicos hablen de él; quiere ser autor dramático... ¿Te decides?

— Tal vez; pero no hoy. Dile que espere unos días. Por ahora aún nos quedan algunos cuartos... ¿cuánto tienes?

— Diez duros.

— Bueno, pues si tienes diez duros ¿para qué

tratar de tener más?... Lo que me extraña es verte tan rico y no saber de dónde sacas el dinero.

— Te voy á decir de dónde, pero no te enfades... ¿me aseguras que no te enfadas?... Lo saco del bolsillo de Durán.

— No sé por qué había de enfadarme.

— Es que Durán me lo da porque yo le prometo llevarle tu drama.

Luciano se echó á reir, y cogiendo cariñosamente por el cuello á su amigo le llamó «granuja.»

Luego hubo un largo silencio. El poeta iba y venia por la estancia, arreglando papeles y abriendo cajones. Buscaba su drama. Cuando lo encontró, entregóselo á Luis, diciéndole:

— Aquí está: te lo regalo: tú cobrarás el dinero y me darás de comer durante algún tiempo. Te doy mi palabra de que si al fin me decido, es por ti, por no hacerte correr más de casa de Durán á mi casa, porque logres, al fin, beberte todo un café y comerte un restaurante entero. Llévatelo en seguida y ven á buscarme esta noche para cenar. Vete, Satanás tentador, vete en seguida y cobra nuestra fortuna.

Luis se había puesto de pie y se dirigía hacia la puerta, cantando la Marsellesa.

Cuando Luciano se quedó sólo, principió á hacerse discursos mentales para probarse que debía ser dichoso.

«¡Mil francos!» ¿Cuándo hubiera podido él soñar en tener mil francos? Con mil francos, se podía, en rigor, comer mil días, tres años. Sin ir tan lejos, trataría de ser económico, de vivir algunos meses sin amarguras miserables, almorzando humildemente, pero almorzando siempre.

...Y pagaría algunas deudas ¡oh, muy pocas, las menos posibles, dos ó tres, para poder decir en seguida que no dejaba de pagar cuando podía!... Pagaría algunas deudas y no contraería ninguna más... Y su madre... eso sí, un regalo para su madre, un gran regalo, algo que la dejara espantada, que la hiciera ver lo muy rico que era su hijo, lo mucho que la literatura producía, un regalo suntuoso, algo en que hubiera seda, dorados, chapas de plata, cordones admirables, cintas magníficas, una caja que fuese al propio tiempo un traje y un manto; algo que pudiese ser un recuerdo de familia y que lo viera todo el pueblo... ¿qué?... nada, todo, algo de seda y de oro... ¡un gran regalo!... ¡Los regalos fomentan el cariño! Otro regalo, menos lujoso para Matilde que solía quererle gratis cuando por casualidad le encontraba en los cafés de Montmartre y él estaba sólo y ella estaba sola — la buena Matilde, tan morena, tan alegre y que sabía decirle con tanto ardor que lo adoraba como una loca!... Sí, un regalo, para Matilde, un regalito... ¿Y luego?... Luego venían los amigos, los compañeros, los bohemios... Para esos un susto también... Llegaría en coche al café en que todos tomaban el ajénjo, y después de charlar algunos instantes con ellos, sacaría un billete de quinientos francos para pagar las copas... ¡La cara que iban á poner!... Blemont se moriría de espanto, Terciet se moriría de envidia, Martín se moriría de goce... ¡Una hecatombe!... Y para hacerles revivir, una comida opipara en el restaurante de la esquina, una comida con burdeos, con ostras, con cangrejos... «¡mozo, traiga usted más ostras!» Las ostras dejarían de ser un mito para Blemont... Y cuando los amigos estuviesen borrachos, él tomaría de

nuevo un coche y se haría llevar al Gran Hotel.»

...Al llegar al Gran Hotel, en alas de sus magníficos y fantásticos ensueños, Luciano se despertó, comprendiendo que acababa de decirse muchísimas tonterías, y que los mil francos repartidos entre Luis y él, no podían dár tanto de sí.

Una idea muy vulgar llamó su atención: lo mucho y lo muy poco que valía el dinero. Un duro era una fortuna en ciertos casos; mientras que mil francos, doscientas veces un duro, no bastaban ni aún para realizar durante un sólo día el más modesto ideal de riqueza y esplendor.

Para no atormentarse, se decidió á dejar los mil francos entre las manos de Luis y á irle pidiendo, día por día, lo que necesitaba indispensablemente.

Nunca el dinero habíale parecido tan despreciable. ¿Para qué servía, puesto que ni siquiera daba algunos regalos, una cena y un departamento en el Gran Hotel?

VIII

René Durán había invitado á comer, en un restaurant del Bosque de Bolonia, á algunos de sus amigos. Quería celebrar la conclusión de su primera obra dramática, y deseaba también que su colaborador conociese á los actores que iban á interpretar su comedia.

Luciano y Luis llegaron en carruaje; y al ver que el anfitrión y los demás invitados no estaban aún allí, fueron á sentarse bajo un árbol para gozar, en silencio, de la belleza del sitio y de la tranquilidad de la hora.

Eran las siete de una de esas tardes parisien-ses en que la claridad vacilante del crepúsculo no está hecha de luz y sombra combinadas,

sino de rayos rosados que flotan sobre la penumbra, sin mezclarse, y de opacidades grises que se esfuman en el horizonte invadiendo los celajes claros, entrando en ellos, cubriéndolos, envolviéndolos y robándoles franjas ó rincones pero sin enturbiarlos y sin confundir en obscuridad con sus luminosidades.

Allá, en el fondo del bosque, sobre las copas azuladas de los árboles, veíanse delicadas curvas lilas, pálidas, blancas en los extremos, casi moradas en el centro, muy vaporosas y muy suaves; — veíanse manchas rosadas detrás de grandes listas celestes: — veíanse corrientes de un verde fluido, que más que un color parecía el reflejo de un matiz en el éter y algo como un arroyo de gases ideales; — veíanse largos y ondulantes velos de nácar; — veíase, en fin, toda una gama de tonos claros que, superpuestos en la curva voluptuosa del infinito, hacían pensar en un inmenso arco iris de notas apagadas y como moribundas.

El perfume que se desprendía de las frondosidades, estaba en armonía con el paisaje visible y hasta pudiera decirse que lo completaba con sus emanaciones de lilas, de musgo, de hojas tiernas y de humedad vegetal.

Luciano sentía, con una emoción voluptuosa, con una sensibilidad en que había algo de placer físico, la belleza de ese cielo y la dulzura de ese ambiente que sin tener nada de lujurioso producía cierto cosquilleo en las sienes y oprimía levemente la garganta. Para ser feliz por completo no le hacía falta sino el contacto de una mano de raso y el aliento de una boca amada. Un suspiro muy profundo se escapó de su pecho.

— ¿Estás triste? — preguntóle Luis con solitud.

No, no estaba triste... al contrario. Casi estaba alegre, con una de esas alegrías íntimas y nerviosas, producidas por causas infinitamente menudas. Todo le encantaba. El aleteo microscópico de un insecto en la claridad del crepúsculo; el roce de dos hojas que se acariciaban con ingenua monotonía; el parpadeo de un punto claro entre las ramas, la ráfaga ligera que iba empapada de perfume y que antes de ser respirada por completo desvanecía en la atmósfera; lo más pequeño, en suma, lo más sutil y lo más incorpóreo, era lo que más atractivos le ofrecía.

— ¡Mirales — exclamó de pronto Luis — señalando á un grupo que corría hacia ellos hollando la hierba de un sendero.

Todos estaban ahí. René Durán, vestido de paño claro, con un sombrero de copa gris y una larguísima levita del mismo color, iba delante, guiando sus comensales. Luego venían, de dos en dos, charlando en voz alta, unos cinco ó seis caballeros y hasta cuatro mujeres vestidas de blanco, de rosa ó de celeste.

Violeta estaba más bonita que nunca. Sus ojos, de un azul de záfiro, indicaban el contento de su alma. Sus mejillas pálidas, parecían iluminadas interiormente por una luz de ámbar y de rosa. Su cuerpo alto, delgado y grácil, envuelto estrechamente en un vestido de lino blanco, plegábase, al andar, con esbelteces liliales.

— ¡Lástima que los trajes albos se ensucien en un día! — dijo Luis con acento de cómica congoja.

Ella sonrió, enseñando la punta encarnada de la lengua entre las hileras de sus blancos dientes, y fué á ponerse al lado de Luciano, llamándole ingrato.

— ¿Ingrato?

— Sí, señor; ingrato porque no ha venido usted á verme como me lo habia prometido. Eso me enseñará á no volver á invitar á nadie.

— ¿Ni aún á mi, de nuevo?

— Á usted menos que á nadie.

— En ese caso la ingrata será usted que no querrá pagar la admiración que me inspira, con un segundo convite.

— ¿Por qué no ha venido usted?

— Por timidez.

— Esa excusa no es buena: invente usted otra; vamos á ver. ¿Por qué?

— Por miedo.

— ¿Tiene usted miedo de que se incendie la sala?

— No; pero tengo miedo de incendiarme yo mismo. Cuando una mujer me gusta mucho, comienzo por huir de ella.

— ¿Y luego?

— Luego sigo huyendo.

— ¡Adulador!

La comida fué muy alegre á pesar de Durán que amenazaba con hacer un discurso apropiado de cualquier cosa.

Y ya muy tarde, algo borrachos todos, volvieron á pie por la avenida de las Acacias, hasta puerta Maillot en donde los carruajes les esperaban.

Durán iba siempre delante, solemne como un conductor de entierro, explicándole á Luis sus proyectos, y hablando del drama ajeno como si hubiese sido escrito únicamente por él.

— Verá usted, decía: Violeta representará el papel principal y si no se aparta de la ruta que yo le trazo, conseguirá un éxito sin precedentes. De lo que se trata es de ser natural. Pero

los actores no quieren nunca ser naturales ¿por qué? Porque carecen de una filosofía personalísima. En el fondo, creo que yo haría mi drama mejor que ellos.

Luciano y Violeta, iban del brazo, hablando con gran animación, con gran confianza, como si hubieran sido siempre amigos.

— ¿Cree usted — preguntaba ella — que estaré bien en el papel que me han señalado?

— Sí, creo que sí — replicaba él. Pero no ponga usted cuidado en los consejos de Durán. Sea usted instintiva. Nuestra comedia es una obra de instinto libre y de inconsciencia, apasionada. Laura, la heroína; divorcia de su primer marido en un momento de cólera. Luego se casa con un hombre elegante. En los salones de sus amigas, vuelve á ver á su primer marido y al fin acaba por dormir de nuevo con él, no por amor, sino porque su cerebro no se acostumbra á la idea del divorcio; porque, en el fondo, sigue creyendo que su marido verdadero es el primero, sin dejar, empero, de considerar al segundo también como marido. La complicación está en el alma de la protagonista, en usted. Es un caso de bigamia inconsciente; es la mujer que quiere á dos y que no sabe en cuál de los dos lechos peca.

IX

Después de leer dos veces consecutivas la pieza de Luciano, con objeto de empaparse bien en el asunto y de intimar con los personajes que alrededor de ella habían de moverse en la escena, Violeta llegó á sentir, en su alma, algo del alma de la heroína. Encontrábase fatigada cerebralmente y al mismo tiempo experimentaba una sensación especial de actividad

de los sentidos. Su sangre corría más deprisa que de costumbre, y la rosas-te de sus carrillos animábanse con matices de rosa-rosa. Sin pensar en lo que hacía, fué á sentarse en las piernas de su amante, preguntándole dulcemente si le molestaba.

— No — repuso Durán — no me molestas; ya sabes que te quiero mucho. Y en seguida comenzó á hablarla de su comedia, de su teatro, de su colaborador, de lo único que interesaba entonces á su imaginación egoísta.

Violeta respondía con frases breves y evasivas. Lo que quería en ese momento, no era charlar de literatura, sino de sí misma y de él, quería que la mimasen, que la acariciasen, que la halagasen; necesitaba que la hablaran al oído, rozándola la nuca con el aliento fogoso de una boca enamorada; anhelaba que la dijeran palabras amables y frívolas, que la murmurasen diminutivos deliciosamente disparatados...

Una humedad muy leve, imperceptible casi al tacto y que ella sentía empero con gran intensidad, ablandaba su piel. Sus ojos cubiertos de puntos de oro, entornábanse bajo la pesadez de los párpados irritados. Con un movimiento felino de gata humana, pasó el brazo desnudo al rededor del cuello de René y echó la cabeza hacia atrás. Su respiración corta, rítmica, angustiosa, denotaba el abandono momentáneo de todo su ser.

Durán la preguntó de nuevo si Luciano la había dicho algo *apropósito* de la pieza; si creía que iba á ser «un éxito;» si estaba contenta de su papel.

— Sí — contestó ella — muy contenta. Pero no hablemos de eso; vamos á acostarnos...

— Acuéstate tú porque yo tengo aún que escribir algunas cartas... anda...

Ante tal respuesta, el cuerpo largo y flexible de la actriz irguióse en un movimiento rápido, y sus ojos, variables como las piedras de la luna, tornáronse verdes. Era la primera vez que se sentía humillada ó, por lo menos, era la primera vez que ella misma provocaba inocentemente la humillación. Levantóse con lentitud y se dirigió á su alcoba sin decir una palabra, moviéndose como en las tablas cuando tenía que representar un papel de reina ultrajada.

Metióse en su lecho y apagó la lámpara. Quería dormirse; quería que los sentidos la dejaran tranquila, quería, sobretodo, que Luciano, al llegar, la encontrara ya inmóvil en brazos de Morfeo que, aun siendo una pura ficción, tenía más vida que él. Era tal su deseo de hacerse ver á sí misma que «eso no la importaba nada,» que hubiera dado cualquier cosa por roncar cual una cocinera, más aún, cual un dios mal educado, con épicos ronquidos que se oyen muy lejos, del otro lado de la montaña, en Montmartre, en el Barrio Latino, en el Bosque de Bolonia en todos los lugares donde podía haber amigos de ella y de él... ¡Quería dormir! ¡quería dormir! Cerraba los ojos, con rabia ciega; respiraba violentamente; encogiase, alargábase; buscaba posturas cómodas, cúbrase la cabeza con las almohadas, permanecía inmóvil durante varios minutos, increpábase con la mente; quería dormir. .y mientras más lo deseaba, menos próxima estaba de conseguirlo. Su imaginación y sus sentidos seguían trabajando con febril actividad. Los sentidos, sobre todo, atormentábanla con visiones alucinantes que flotaban en la obscuridad del dormitorio, silenciosas

y seductoras, multiformes é incorpóreas, sin nada de humano, más vagas y menos carnales, en el sentido brutal de la palabra, que las que la habían atormentado en otro tiempo, durante sus noches solitarias del Barrio Latino. Su cerebro no deseaba nada. Era su cuerpo el que se sentía aguijoneado por una necesidad indefinible é imperiosa, que no era lujuria verdadera, ni aún deseo completo de placer, sino pura urgencia física de calma y de apaciguamiento. Precisábala una caricia, en fin, como en otras ocasiones habíale precisado un frasco de éter ó de sales inglesas.

Cuando René llegó á acostarse, rendido por haber pensado mucho en sus triunfos futuros de autor dramático, la mujer humillada sintió más fuertemente aún la ofensa recibida, é hizo como que dormía. Durante media hora permaneció inmóvil en su sitio, con los ojos cerrados. Luego, al sentir el calor de un cuerpo humano junto á su cuerpo, fué olvidando su humillación, su rencor, sus propósitos de tranquilidad, su deseo de dormir; fué fundiéndose toda ella en la humedad que suavizaba su piel; fué dejándose dominar por la bestia que latía en sus arterias, en sus sienes, en su sexo; y se acercó á su compañero de lecho, poco á poco, sin hacer ruido, evitando el frote ligero de las sábanas, moviendo primero un dedo, luego un brazo, luego una pierna, por fin el torso, y dejando siempre lejos la cabeza como para hacer ver que su pensamiento no tenía nada que hacer con su acción. Al cabo de algunos minutos, sintió en la epidermis de su cadera el contacto electrizador de otra epidermis...

Y se acercó más todavía... Acarició, suavemente con sus brazos finos y con sus piernas

finas, los brazos y las piernas que estaban allí, á su lado. Acercóse toda y se quedó quieta, un minuto, sin pensar en nada. Cuando pensó en algo, no pudo menos de comprender, por la uniformidad brutal de su respiración, que René se había dormido ya. Entonces se acercó más aún: pegóse enteramente contra él, en un movimiento brusco, y permaneció así, con los ojos abiertos, con los labios secos, con las arterias del cuello febriles, agitada por una palpitación enfermiza de sus fibras y de su sangre.

— ¡René! — Dos ó tres veces Violeta repitió el mismo nombre, creyendo decirlo en alta voz y suspirándolo apenas, en realidad. — «¡René!» — «¡René!» — Su amante no oía. Ella se figuraba que no quería oír y que oía. Verdaderamente, no oía: dormido como un lirón, soñaba, quizá, que los parisienses admirados decían su nombre al verle pasar. — «¡René! ¡René!»

Sobreponiéndose á su desvarío, la pobre actriz enloquecida, volvió á su rincón y cruzó las piernas, como para resistir al ataque bestial de las tentaciones que querían violarla.

No pudiendo más, saltó del lecho: anduvo por todas partes; fué hasta la cocina en busca de húmedas baldosas que helasen sus pies descalzos; vagó por las habitaciones como una sombra cataleptica del pecado; apoyó su cuerpo calenturiento contra los muros fríos del corredor; abrió los balcones; bañóse, cual una bruja, en la luz glacial de la luna; buscó un calmante en las alfombras y en las esponjas....

Todo fué inútil... Sus fibras febriles seguían envolviéndola en la red sutil y tiránica del Deseo... Enloquecida; no sintiéndose capaz de resistirse á sí misma, impulsada por su sexo, por sus nervios, por su vehemencia, volvió con pa-

so rápido á la alcoba en que dormía René, y le despertó estrujándole y llamándole imbécil.

— ¡Imbécil!... ¡imbécil!...

X

Violeta recordaba los detalles de su fiebre pasada, con la misma repugnancia de los que, una vez despiertos, hacen memoria de una pesadilla espeluznante. Siendo, por lo regular, relativamente casta, apenas podía explicarse su conducta de loca ó de histérica. Una cosa la extrañaba sobre todo: que «eso» hubiera sido justamente el día en que principiara á estudiar una comedia á su gusto. También extrañábale extraordinariamente que hubiera sido con René.

Para «desinfectarse» — como ella decía — tomaba baños fríos todas las mañanas, limpiándose con jabones sulfurosos y restregándose con guantes de crin hasta cubrirse la piel de imperceptibles gotas de sangre. Pero todo era poco, y al cabo de una semana de baños, de refriegamientos y de fricciones alcohólicas, aún seguía experimentando, cada vez que pensaba en ello, una sensación muy aguda de humillación y de asco.

Razonando consigo misma, encontrábase odiosa, casi innoble. «En otro tiempo — declase — fui lo que se llama una mujer perdida y más de una vez me alquilé á viejos horribles que me obligaron á plegarme á sus caprichos obscenos, pero entonces sólo mi cuerpo estaba allí y mi voluntad reprochaba lo que mi bestia hacía: mientras que esta última vez fué todo mi ser el que se rebajó. Mi alma misma, se rebajó. Si yo hubiera encendido una lámpara y me hubiese puesto á leer un libro cualquiera, probable-

mente no habría llegado al punto de vehemencia á que me condujeron los sentidos. Mi pecado, mi crimen, mejor dicho, está en la humillación ante mi misma para conseguir lo que en general no hago sin experimentar cierta repugnancia física. Si Durán no me disgustara como hombre, la cosa no tendría importancia, pues ya en otras ocasiones he llorado entre los brazos de amantes pasajeros, pidiéndoles más besos y más caricias.... Pero con Durán.... ¡Oh, ese Durán!.... ¡haberme humillado por él!....»

La idea de su humillación ante un hombre á quien nunca había querido, á quien apenas podía soportar, sacábala de quicio y la hacía verse á sí misma como un animal inmundo.

Tres días después de la noche fatal, René la había mimado, la había acariciado, habíala llevado, en brazos, del salón á la alcoba, haciéndola cosquillas en el cuello y besándola con cariño y con pasión. Pasiva como un cuerpo muerto, ella había dejado acariciarse á pesar de su voluntad que la ordenaba imperativamente que resistiese. Se había hecho plegar como un junco; habíase entregado, sin sublevarse, sin protestar y sin entreabrir los labios, para castigarse ella misma, padeciendo sólo de la futilidad del castigo, y no sufriendo sino de no poder sufrir más, de no morir de sufrimiento...

Por un fenómeno muy común en casos análogos, la pobre actriz llegó á creerse curada para siempre del mal intermitente de sus sentidos. Todo lo que tenía que ver con el amor, la repugnaba. Repugnábanla las mujeres que pasaban junto á ella por la calle; y la repugnaban, más que todas, sus compañeras de teatro, las que se vestían ante ella, las que cultivaban sus encantos como flores, las que ejercían la belleza cual una profesión.

Su propio papel, en la obra de Luciano, había llegado á repugnarla. No se sentía con fuerza para ser amable con dos hombres ante el público todo, y hubiera dado cualquier cosa porque, en vez de hacerla aparecer vestida de baile, en un boudoir elegante, al lado de un caballero emprendedor y buen mozo, la hubiesen puesto un casco de Walquiria, y porque no la hubieran obligado sino á hablar, con voz de clarín guerrero, en estrofas insexuadas que dijera la gloria de la fuerza y la grandeza del combate.

«Mis senos son siempre las ánforas de otro tiempo, las ánforas llenas de miel que embriaga y que sólo tus labios saben libar.» — No, en verdad; esas frases no la gustaban, la parecían puercas é inmorales; no la gustaban....

Las frases de la salvaje y soberbia Sigurdri-fa, en los dramas de Wagner, parecíanla, en cambio, hechas para ser recitadas por ella. Y en la soledad de su cuarto de estudio, embriagábase, á veces, diciéndose para si sola, estrofas de fuerza y de castidad:

«Yo te baño, oh roble de los guerreros, con la cerveza de la fuerza y con la cerveza de la gloria, llenas de himnos y de cantos que encantan. Sabe, oh Sigfrido, que hay talismanes para domar á la Quimera y para cabalgar sobre el lomo de la Fortuna.»

XI

Como apenas hacia quince días que René Durán había entregado los mil francos de la comedia, Luciano se levantó, una mañana, creyéndose aún muy rico. Registró sus faltriqueras y vió que, á pesar de su riqueza, no le queda-

ban ya sino algunas piezas de cobre. Era, pues, necesario llamar de nuevo á su cajero.

—¡Cajero, cien francos!

Luis no había ido á verle ni la vispera ni la antevispera.

«¡Diablo de empleado! —repuso el poeta.— Probablemente está derrochando mis tesoros en algún jardín de delicias humanas.» Y como estaba dispuesto á almorzar bien y á charlar mucho, dirigióse á casa de su amigo, diciéndose que cuando la montaña no va á Mahoma, lo más prudente es que Mahoma vaya á la montaña.

¡Cuál no sería su asombro burlón, al encontrar á Luis, vestido de Pierrot, mimando desahoradamente, sobre una mesa, con la cara llena de harina y las melenas recogidas bajo un gorro de seda blanca!

—¿Estás loco? —exclamó Luciano cogiendo á su amigo por una pierna y haciéndole bajar de su cátedra polichinelesca: —¿estás loco ó estás borracho?

—Estoy ensayando mi pantomima —repuso Luis gravemente.

Y sin esperar más interrogaciones, empezó á contar lo que había hecho y lo que iba á hacer.

—¡Un negocio espléndido, chico! ¿Te acuerdas de la pantomima que te lei hace un año y que te dejó patitieso de admiración? Pues voy á representarla yo mismo en la Bodiniera, ante todo París entusiasmado. ¡Qué demonio! No sólo tú has de ver tus obras en la escena. Yo también soy «autor,» y aunque vosotros sólo queréis hacer caso de mis sonetos, hay algo más y algo mejor en mi tesoro literario. Hay pantomimas... Y la pantomima es la quintesencia del

arte, el más noble de los géneros, el más linajudo de los teatros. ¡Figúrate que fué inventada por los griegos y refinada por los latinos! Los antiguos la estimaron más que la tragedia. En el siglo v antes de Nuestro Señor Jesucristo, un contemporáneo de Aristófanes llamado Sofrón echó de ver que el público de Atenas no podía ó no quería oír sus versos y se decidió á no presentar ante él sino escenas mudas explicadas por los coros. Algunos años más tarde, Pilades el trágico y Batilo el cómico, se disputaron el imperio del mimo en una contienda teatral que duró varios años y de la cual salió vencedor el que sabia hacer reir... ¡oh, buen Batilo!

«En el año 45 antes de Jesús, César hizo representar varias pantomimas en su palacio y concedió á Publio Syro el título de «mimo imperial» y á Loberio el de «segundo mimo.»

«Entre la pantomima griega y la latina, hay grandes diferencias. Los helenos no aceptaban el ademán solo, y exigían la glosa coral de la tragedia, mientras que los del Lacio se contentaban con el gesto... Al fin del imperio romano el público pedía, sobre todo, desnudeces femeninas, desnudeces de efebos ó por lo menos desnudeces masculinas y atléticas.»

«En la Edad Media la pantomima fué muy discutida. Teodorico, rey de los ostrogodos, envió un día á Clodoviro, rey de los galos, una compañía de mimos como regalo real. Al mismo tiempo, los concilios primitivos y los grandes arzobispos, lanzaban los más espantosos anatemas contra «esos actores que, no pudiendo expresar pensamientos, trataban de incitar al vicio con sus ademanes pecaminosos.» El prelado de León de Francia asegura en una de sus car-

tas pastorales, que en su época «las damas gastaban más en ir á la pantomima que en ejercer la tercera virtud teologal.»

«Todos esos actores, sin embargo, conservaron la máscara griega, hasta que el empresario Noverra, cuyo teatro tuvo gran éxito ante las cortes francesas del siglo XVIII, obligó á sus actores á unir los gestos del rostro á los ademanes de los brazos, en la representación silenciosa de las pantomimas.»

«Los verdaderos apóstoles de los «mimos», son Dubureau y Legrand, ambos franceses y parisienses. Yo quiero continuar la obra por ellos iniciada y el sábado por la noche tendré el honor ¡oh poeta! de representar ante ti una farsa trágica y moderna que ha de parecerte admirable, si no has perdido aún el gusto, en compañía de René Durán y de su casta y flaca esposa.»

Luciano, sentado en una butaca desvencijada, aplaudía á su amigo, llamándole «erudito» y «sacamuelas.»

Luis continuó, con exaltación sincera:

—«Ríete, ríete... Te ries porque para ti la pantomima es un arte de circo, porque ves aparecer á los ocho personajes grotescos en la pista en que han corrido antes los caballos y los monos sabios. Polichinela viene delante con sus jorobas y sus cascabeles — viene corriendo — sonando su alegre carcajada sin carácter... Luego el marido viejo con su peluca blanca... Enseguida la joven desposada en traje de novia... Por último la suegra, el perro y la mesa... Los ademanes son enormes. El perro se lo come todo, el polichinela se lleva á la novia y la suegra recibe los bastonazos que el marido destinaba al raptor.. Esas pantomimas no son escri-

tas por nadie. Son pantomimas que nacen como setas, gracias á la originalidad del primer payaso y de la segunda amazona... Y eso te hace reir á tí, sin embargo. La mia no te hará reir; te hará llorar. Mis pantomimas, (porque he escrito varias, hijo mío) son verdaderos dramas sin palabras, en las cuales el ademán y el gesto hacen comprenderlo todo. El héroe es Pierrot y la protagonista Colombina. Ambos se adoran, pero el amor que los atrae y que los une, no es nunca un amor sencillo.»

«... Colombina aparece en traje de baile, descolada, pintada, teñida. A su lado viene el marqués... Son las doce de la noche... A lo lejos la silueta de Pierrot surge. Vestida de frac, va corriendo tras su querida... Ya llega... ya se acerca... va á encontrarla... Pero el marqués toma un coche y Pierrot, que no lleva un cuarto en el bolsillo, tiene que quedarse boquiabierto solicitando consuelos de Nuestra Señora de la Luna.

«... Colombina aparece vestida de florista, con un cestillo de violetas bajo el brazo, muy linda de rostro, muy delicada de talle... ¡pero tan pobre, tan pobre! Los caballeros gordos y calvos ó flacos y meleuados que salen del teatro, se ponen los anteojos para verla. «Una flor, señorito, una flor, diez céntimos, una perra grande... una flor.» No: los caballeros no quieren esa flor. «Ven conmigo, divina ramilleteira, dicen todos, y tendrás caballos y carruajes.» No, no. Ella prefiere tener hambre... Y tiene hambre, mucha hambre... «Ven á cenar, divina ramilleteira...» Si... pero en el mismo instante Pierrot aparece con una pieza de cobre en la mano y compra una flor, todas las flores.

«... Colombina está vestida de novia y Pie-

rot de novio. Van á la Iglesia, van á casarse... A lo lejos las campanas repican alegremente. Es el día de las bodas. De pronto, en pleno día, baja la Luna á quejarse del olvido de Pierrot... Baja la Luna. Y Colombina, tristemente, se echa á llorar y sus lágrimas forman un lago en el cual se refleja la imagen de su rival...—«Pobre novia» — dice el cortejo. Pero no... la novia es dichosa porque acaba de ver reflejarse en el lago de lágrimas, la imagen de Pierrot que llora también en el palacio de la Luna.»

Luciano seguía riendo, divertido de la imaginación nerviosa, rara y loca de Luis.

— Perfectamente — dijole al fin, — perfectamente; yo sé lo que es la pantomima y he de aplaudirte más que nadie. Pero ahora no se trata de eso, sino de almorzar. Yo no he almorzado aún, queridísimo Pierrot y necesito que me des dinero.

— ¿Más dinero aún? Lo menos te he dado quinientos duros en estos días; ¿cuántas queridas tienes?

— Veinticinco; pero la verdad es que no me has dado sino cuarenta ó cincuenta duros. Vamos, no seas avaro. Dame cincuenta francos.

— Toma lo que tengo. — Y le entregó siete duros.

— No tienes más que esto?

— Verás: los demás cuartos los he gastado en alquilar la sala de la Bodinniere y en comprar un traje para mi y otro para Colombina: pero es un préstamo, nada más que un préstamo. El domingo seremos millonarios. ¡Pues ya lo creo! Lo menos sacaré mil duros de mi función... ¿estás enfadado?

— No; enfadado no. Estoy apenado. ¡Eres un loco, Lujs! Vente, vamos á almorzar.

Sentados uno enfrente de otro en un restaurant del Barrio Latino, Luciano y Luis esperaban que el mozo hubiera acabado de servir á un grupo de estudiantes y de grisetas que comían en la mesa vecina.

De vez en cuando, Luis gritaba, con acento cómico:

— Mozo, mozo: sea usted cristiano y dé usted de comer al hambriento.

El mozo llegó -al fin, cargado de manteles, de servilletas de panecillos, de platos, de vasos, de cubiertos; y en un santiamén, arregló la mesa, preguntando si «los señores» «almorzaban» «á precio fijo» ó «á la carta.»

— A la carta — repuso Luciano... — Huevos fritos .. una anguila... un rosbif á la inglesa... enseguida veremos lo demás... ¡ah! y una botella de Chablis... del mejor.

El primer plato fué triste. Ambos pensaban en los mil francos, uno apenado por haberlos gastado; otro apenado por no haberlos podido gastar.

De pronto, al comenzar á abrir el lomo fino de la anguila, el poeta preguntó, pensando en su drama:

— ¿Crees que tendrá éxito?

— Un éxito enloquecedor — repuso Luis, refiriéndose á su pantomima.

Cuando notaron sus equivocaciones egoístas echáronse á reír.

— ¡Estamos obliados! — exclamaron ambos á la vez.

Y para no caer de nuevo en semejantes errores, dispusieron charlar de otro asunto.

— De mujeres, ¿te parece?

— Hablemos de mujeres.

— Me he encontrado una preciosa, pequeñi-

ta, elegante y aristocrática, que canta romanzas estúpidas en el concierto de los Decadentes y que cree en los poetas. Será una colombina admirable... ya lo verás.

Era Luis quien hablaba.

Luciano preguntó:

— ¿Cómo se llama?

— Sonia.

— ¡Ah! ya sé; una morenita de ojos rasgados que se peina como los pajes del Renacimiento y que lleva siempre un libro para leer en el café. Es una buena muchacha y sería mejor aún, si no se emborrachara tanto... ¿Dónde la conociste?

— En el hotel en que vivía Matilde.

Al oír el nombre de Matilde, Luciano dejó escapar un ligero suspiro. Acordóse de las noches de invierno que había pasado con ella en un cuarto sin fuego; acordóse de las cartitas llenas de juramentos que ella le había escrito hacia ya muchos meses y á las cuales no había respondido por no querer darla una cita sin estar seguro, al menos, de poderla invitar á comer; acordóse, en fin, de los propósitos que había tenido de comprarla algo con los mil francos de Durán, y sintió profundamente que su amigo lo hubiera gastado todo, sin dejar siquiera diez duros para hacer un regalo. Luego preguntó por ella.

— ¿En dónde está?

— ¿Matilde? Está en el hospital. Yo creí que te lo habían dicho... Hace tres días que se refugió en el Hotel-Dieu, muy enferma y muy pobre... Dicen que va á ser necesario hacerla una operación, la ovariectomía probablemente. Sonia debe de haber ido hoy á verla y á llevarla naranjas... Se quieren mucho y se protegen

mutuamente, cuando, por casualidad, son capaces de protegerse.

— ¡Pobrecilla! — murmuró Luciano — Si quieres iremos á verla el jueves; aunque con tu endiablada idea de meterte á empresario de pantomimas, no podremos ni siquiera llevarle un duro para que se lo dé á la enfermera... La vida de esas pobres muchachas es terrible.

— Tan terrible cual la nuestra.

— Es verdad; y por eso las consideramos como si fuesen nuestras hermanas... Viven como nosotros, vendiendo belleza, haciendo sentir, excitando los sentidos. Sus cuerpos proporcionan tantas sensaciones estéticas como nuestros libros, y tienen la ventaja de producirlas directamente. Nosotros escribimos todo un poema para hacer ver un torso desnudo y causar admiración; ellas no tienen más que desabrocharse para obtener el mismo efecto. Los escultores se matan, tratando de dar vida á un cuerpo de mujer, y cuando lo consiguen, sus obras se exponen en los jardines y en los museos, con objeto de que el público se deleite. Las mujeres bonitas podrían causar igual deleite desnudándose sencillamente en el Louvre ó en el Luxemburgo. Cuando yo sea rey de París, escogeré á las más lindas muchachas de la ciudad y las expondré, sin velo ninguno, bajo los árboles de las Tullerías.

— ¿Y si se mueren de frío?

— Aunque se mueran. Por el culto á la belleza bien pueden cometerse algunos crímenes sin importancia. París produce muy bien cien Venus por día. Además ¡se morirían con tanto gusto, las pobres!

Al cabo de media hora de charla, habianse ya olvidado de Matilde, y volvían á la literatura y al arte.

— ¿Has leído el artículo de Zola sobre la inmoralidad? Dice que en un libro se puede decir todo, puesto que todo pasa en el mundo; y que hacer dormir juntos á dos amantes, en una novela, no tiene nada de reprehensible.

— Justo....

— Sí; pero en la vida los que quieren ver escenas de esa clase tienen que ponerse detrás de una cortina y generalmente son viejos lascivos y acabados.

— No sé por qué; yo vería con mucho gusto todo eso. La pasión es siempre sagrada, santa puede decirse, y el apetito carnal es la más grande de las pasiones.

De pronto Luis preguntó:

— ¿Qué te parecería que yo me casase, detrás de la iglesia, se entiende, con Sonia?

— Me parecía muy digno de ustedes... os moriríais de apetito.

¿De apetito? Eso nunca. ¿Acaso no iba á ser él muy rico gracias á sus pantomimas?... Y uno de los encantos de sus pantomimas sería ella, la chiquilla morena, vestida de Colombina con una falda corta que dejaría ver sus pantorrillas gordas, sus delicados tobillos, sus piesecitos de duquesa... Entre los dos, al contrario, lograrían ser muy ricos... Primero seducirían á París, con sus gestos y sus ademanes, mimando, ante el público del boulevard, todo el repertorio de Pierrot... Luego viajarían: darían la vuelta al mundo; irían á Inglaterra para conocer á la reina Victoria... irían á España para que las manolas les arrojasen sus abanicos, como á los toreros... Irian á Noruega para dar una representación de gala en honor del viejo Ibsen... irían por todas partes, en fin... En cuanto al apetito, ya se había acabado... «Mozo, dos cafés y dos copas de chatreuse...»

— ¿No te parece?

Luciano, siempre escéptico en cuestiones de dinero, sonreía dulcemente, sin atreverse á decir lo que pensaba, por miedo de despertar á su amigo.

— ¿No te parece?

— Sí; ya le creo que me parece...

XII

Después de sufrir durante algunos días de su crisis moral, Violeta fué recobrando, poco á poco, con lentitudes melancólicas de convalesciente, su carácter artístico y su humor agradable.

Luis iba á verla todos los días para enseñarla su papel, y muy amenudo salía de su casa desilusionado, creyendo que había sido una verdadera locura confiar la representación de un personaje modernísimo á una mujer que sólo decía con entusiasmo las cláusulas brutales de los *Niebelungos*.

Al fin, una mañana, después de quince ensayos vanos, la actriz se mostró admirable de gracia, de modernismo, de elasticidad, de encanto frívolo y de ligereza perversa.

— ¡Perfecto! — dijo el poeta. — ¡Perfecto!... ¿Por qué no ha sido usted así desde el principio? Ese es el matiz, esa es la voz, ese es el gesto... Replátemos todo el tercer acto, que es el más importante. Yo le «daré á usted la réplica...» comencemos...

Y entusiasmados ambos, vibrando realmente con vibraciones humanas, fueron, durante media hora, en el aislamiento discreto de un boudoir, el amante febril y la amada desfalleciente.

«*El.* — ¿Quieres sentarte á mi lado, Laura?... Mirame... Toda mi angustia se ha desvanecido al entrar en tu alcoba. Tus ojos tan bellos, me hacen olvidar las tristezas de mi vida...

Ella. — ¿Por qué me hablas siempre de mis ojos?... Parece que en todo mi ser no hubiera más que ojos... Y hay otras muchas cosas, que son tuyas, que quieren ser tuyas... y que están celosas de mis ojos... Ve mis labios... son tuyos... ¿Y mis brazos?... cuando no pueden estrecharte, no viven sino automáticamente...

El. — ¡Laura!... ¡Laura!...

Ella. — Y mis senos son siempre las ánforas de otro tiempo, llenas de miel que embriaga y que sólo tus labios saben libar.

El. — ¿Y el otro, Laura?

Ella. — ¿El otro?... ¡ah, sí!... ¡El otro!... Cada vez que me hablas de eso, me obligas á hacer un esfuerzo de memoria... A tu lado no me acuerdo de nadie y para ver con la imaginación á un hombre á quien por deber tengo que que hablarle todos los días, me siento forzada á alejarme de aquí... ¡con tanta pena!... ¿Por qué haces siempre vagar un fantasma odioso en los rincones de nuestro idilio?...

El. — Si no soy yo, quien le llamo... Es él mismo quien viene, quien se impone, quien llena todo el espacio, quien se atraviesa entre nuestros labios...

Ella. — Cierra los ojos.

El (*cerrando los ojos*)... Pero así no te veo á ti tampoco.

Ella (*acercándose.*) ¿No me ves?... ¿no me sientes?... ¿No estoy aquí, aquí, muy cerca, junto á ti (*besándole en los labios*)... ¿en tí mismo?...

El. — ¡Laura! ¡Laura!...

Violeta estaba vestida con un amplio peinador de batista ligera y vaporosa, á través del cual se veían los matices rosados de la camisilla de seda, los matices celestes de las enaguas y la opacidad oscura de las medias negras. Las mangas flotantes y cortas, dejaban descubiertos, hasta el codo, los brazos redondos y blancos. Un descote ligerísimo, hacía ver el principio del pecho.

Luciano sentíase, á la vez contento y triste. Su alma de artista, de autor comprendido é interpretado con talento, era dichosa. Pero no así su cuerpo que sufría de una inquietud nerviosa producida por el contacto de un cuerpo joven y por el perfume penetrante de violetas y de chipre, que llenaba la estancia. Al sentir, al final de la primera escena, los labios de la actriz cerca de sus ojos, en un simulacro de besos apasionados, hubiera querido hacer un movimiento y acercar su rostro á la boca que estaba allí mismo, rozándole la piel con el aliento, para robar el beso que solo le enseñaban. Las últimas palabras, la exclamación apasionada y desfalleciente, el nombre de Laura pronunciado dos veces para expresar lo que no se expresa con frases, fueron, dichas por él, dos verdaderos suspiros en los cuales se exhalaban todos sus anhelos y todos sus deseos del instante. «¡Laura!... ¡Laura!...»

Violeta lo comprendió así cuando los ojos del poeta se abrieron de nuevo, después de la escena, y aparecieron ante ella, húmedos y tenuamente enrojecidos. Comprendió que la emoción de su amigo no era pura emoción de arte. Comprendió que la sangre joven se enardecía en las venas del hombre... Y tuvo miedo.

Tuvo un miedo vago, que más que miedo era

desconsuelo... Sintió que acababa de perder á su único compañero, á su más fiel amigo al que mejor sabía hablarla de arte, darla consejos desinteresados y exaltar su alma literaria... Con verdadero disgusto, figuróse que Luciano estaba enamorado de ella, pero no de ella como actriz, sino de ella como mujer: y su repugnancia de la carne, de los besos, de las caricias sensuales, la hizo padecer de nuevo lo mismo que en días anteriores. «¡Lástima! — se dijo á sí misma. — ¡Yo que hubiera deseado quererle tanto!... ¡Y la carne nos separa!...»

— ¿Continuamos? — preguntóle Luciano tímidamente después de una larga pausa, durante la cual había logrado sobreponerse á su instinto fogoso — ¿continuamos?

— Sí, continuemos.

La respuesta fué dicha en tono muy frío, sin ese acento de intimidad que había endulzado los primeros momentos del ensayo.

Los ojos azules de la actriz no indicaban rencor ninguno, sino únicamente una gran melancolía resignada y benévola.

El ensayo prosiguió: ‘

«*El.* — He pensado en todo, Laura: he pensado en morir...

Ella. — ¿En morir?... Yo, al contrario; no he tenido nunca tanto deseo de vivir como ahora. Quiero aprovechar la vida, quiero tener más vida que nunca, para tí... para que la vivamos juntos.

El. — Es que cuando pienso en morir, es por tí, para hacerte ver la locura de mi amor.

Las frases apasionadas de la comedia iban y venían, en sus labios jóvenes, sin fuego ya y sin vida, como si las emociones de la primera escena hubieran agotado en sus almas todo el

entusiasmo y toda la sinceridad... Iban y venían, las pobres frases, sin significar ya casi nada; iban pálidas, iban vacías, iban muertas...

Cuando una criada anunció que el almuerzo estaba servido, ambos sintieron un gran consuelo.

El resto del día fué amargo para Violeta. Trató de estudiar y no pudo, porque las palabras de su papel le quemaban los labios con su fuego malsano de moderno cantar de los cantares.

Para distraerse, después del almuerzo, quiso escribir una carta á su amiga Nini que á la sazón se encontraba en Rusia diciendo las coplas obscenas de su repertorio, en un café concierto frecuentado por las damas de la corte del César. Comenzó á escribir y lo primero que llamó su atención fué la fecha que ella misma acababa de poner: «París, 27 de Agosto.....» Viviendo muy ocupada, la actriz no sabía nunca la hora, ni el día, ni aún el mes en que vivía. Su reloj era la voz de la fámula anunciando las comidas, y su calendario el periódico á cuyo encabezamiento recurría cada vez que le era indispensable datar una esquela. El *Figaro* de esa mañana decía «27 de Agosto», lo que para ella era casi una revelación, de tal modo el tiempo pasaba por su casa sin ser visto... «¡27 de Agosto!.....» La última vez que escribiera una carta, había sido tres meses antes, en Junio, á pesar de lo cual figurábasele que había sido la víspera.

«¡Qué de prisa corre el tiempo!» — pensó.

Y lo que más extrañeza la causó, fué que corriese rápidamente para ella que ni siquiera había podido, ese año, ir á respirar, durante los primeros meses del verano, el aire del campo y el aliento de las lilas nuevas.

«27 de Agosto!»

Una claridad persistente de estío, iluminaba aún las calles de París, en las horas de la tarde, constelando las fachadas de piedra de puntos minerales que atraían la vista y producían una sensación de ceguedad pasajera. En los jardines públicos, las plantas bañábanse en luz, con palpitaciones voluptuosas, inclinándose fuera de las platabandas como para huir del inmenso parasol de los castaños cuyas copas resplandecían absorbiendo los reflejos del gran astro. El cielo blanco, incendiado en llamas claras, sin notas suaves y sin alteraciones de tonos, parecía, en su magnificencia canicular, una lámina de plata bruñida.

No sabiendo qué decir á su amiga, Violeta dejó caer la pluma, después de haber escrito cinco líneas insignificantes, y se asomó al balcón.

La casa de Durán ocupaba uno de los sitios más admirables de París, en la esquina misma del Luxemburgo, entre la calle Monsieur-le-Prince que conserva aún, en su brevedad tortuosa, algunos vestigios del antiguo país latino de la Edad Media, y el boulevard San Miguel que representa, con su magnífica amplitud, el lujo y la elegancia de la nueva capital del mundo. Los coches iban y venían en todas direcciones, rozándose, confundiéndose, cortando la corriente humana que baja de las ace-ras, y no dejando sobresalir sino las altas siluetas de los ómnibus. Un murmullo vago, entrecortado de gritos de vendedores ambulantes y de imprecaciones de cocheros, subía del arroyo y llenaba el espacio. Era el murmullo de París, cuyo timbre especialísimo tiene algo de argentino y de risueño, aún en los lugares en que la

vida callejera es más vertiginosa y menos alegre.

Violeta se fijó de nuevo en la fecha del periódico y vió que era día de fiesta. ¡Era día de fiesta para los demás, para todo el mundo, para la Francia toda, para el universo entero... y no para ella! Entre tanta alegría exterior, su aburrimiento parecióle más grande aún, y se tuvo lástima.

Con objeto de distraerse, tomó un libro; luego tomó otro; enseguida otro; los hojeó; ninguno la entretuvo largo rato; todos la parecieron largos, pálidos y sin interés verdadero. Las frases místicas de Verlaine que generalmente la producían una impresión deliciosa de ternura cruel, antojáronsele complicadas, llenas de adjetivos contradictorios, de sutilezas puramente retóricas y de flores de escuela. Anatole France, que era uno de sus autores favoritos, tampoco supo satisfacerla por completo. Levó cinco ó seis páginas del *Lirio Rojo*; oyó las palabras melancólicas y sensuales de Teresa exaltando la belleza de la alegría: «Te adoro. Hoy has estado riente y alegre. La alegría te sienta bien porque en ti se vuelve fina y ligera. Querria alegrarte siempre, porque tengo tanta necesidad de alegría como de amor; y ¿quién me dará la alegría, ¡oh bien amado! si tú no me la das?» Oyó también las frases de Santiago diciendo la majestad del dolor: «He puesto en esta figura la emoción de mi amor. Es triste y yo quisiera que fuese bella. La belleza es dolorosa, y desde que mi vida es bella sufro mucho.»

Violeta pensó que también ella sufría mucho, desde que su vida era bella. «Sufro muchísimo» — se dijo. En realidad sólo sufría á interva-

los, sin causa verdadera, con un sentimiento enfermizo de mujer sensible y nerviosa.

«En otro tiempo — continuó diciéndose — cuando no estaba segura de comer todos los días, cuando era modelo, cuando vivía vendiendo mis caricias en las tabernas del Barrio Latino, casi no sufría. Porque estar pobre no es el peor de los sufrimientos. El sufrimiento verdadero es el que siente sin razón, porque sí, porque un amigo me hace comprender que le gustaría más darme un beso que oírme recitar; por fastidio, en fin... ¡Oh! en otro tiempo!...»

Recostada perezosamente en el diván que la servía de «sufridero» y respirando el aire estival que penetraba por la ventana abierta, dejó vagar con verdadera complacencia su imaginación por el país encantado de los Recuerdos.

...Y vió los talleres de Montparnarse, en los cuales se había desnudado con un temblor místico, para que sus amigos copiasen las líneas sinuosas de su cuerpo de madona adolescente... y gozó con su recuerdo. Y vió los grandes cafés dorados en cuyos escaños se había pasado las noches, repartiendo besos y hablando de arte, excitada por la luz, por el calor, por el alcohol... y gozó con su recuerdo. Y se vió ella misma, muy jovencita aún, recién escapada de su casa, envuelta en un largo traje de lana púrpura, esbelta, ligera, yendo de un museo á una biblioteca en busca de impresiones estéticas ó de datos eruditos para admirar á sus amigos... y gozó con su recuerdo. .

Ante ese panorama del Pasado, toda su existencia de teatro se esfumaba, para que las visiones más antiguas pudiesen tomar un relieve completo en su retina calenturienta.

En realidad «¿qué era lo que necesitaba para

ser dichosa?» Haciéndose ella misma esta pregunta, quedábase perpleja sin saber á punto fijo qué responderse.

Había deseado la gloria y tenía la gloria; había deseado la riqueza y tenía la riqueza... ¡Pero no era feliz!... Una frase de Nini la hizo sonreírse. «Para ser feliz — habíala dicho su amiga — es necesario no tener camisa. Las mujeres no son felices, sino cuando en las noches de amor se quitan la camisa...»

Sin embargo ella, Violeta, no sólo no era feliz en tales momentos, sino que, al contrario, experimentaba goces casi dolorosos, como los de su última noche pasional, ó padecía de no poder gozar.

Deformada sentimentalmente por los libros, Violeta sufría, en sus instantes de crisis, de los sufrimientos de muchas almas de ficción. Sufría como Delrio y creía que el secreto de sus dolores estaba en no sentir los cosas sino desde el punto de vista de la eternidad; sufría como René Vinci, figurándose que su ser no podía alimentarse sino de sentimientos etéreos difíciles de encontrarse en el mundo: sufría como Regina Sandri y se decía á sí misma que los hombres la humillaban al desearla; sufría, como la Faustin, del germen de hajezas que subsistía en su ser, á pesar de la elevación de sus ideas... Necesitaba sufrir, en fin, y sufría de todo.

Viendo que los instantes transcurrían con una lentitud que no estaba en relación con la rapidez del tiempo en su conjunto de semanas y de meses, recurrió de nuevo á la lectura y devoró, en dos horas, la *Sonata de Kreutzer*; saltando capítulos enteros y buscando únicamente la frases brutales del asesino enemigo del amor que explica con una sequedad apocalíptica, su odio

contra la mujer como instrumento de deleite sensual. A medida que las páginas pasaban ante sus ojos, su exaltación redoblaba; y leyendo con interés y sin gusto, decíase que «todo era verdad en el fondo» pero no por las razones que Pozdnychev invocaba, sino por otras más sutiles y femeninas, que ella sentía perfectamente y que sin embargo no podía explicar.

Cuando ya muy tarde, oyó el paso de René en el vestibulo, corrió á encerrarse en su alcoba diciendo que estaba enferma y que no tenía apetito. La frescura de las sábanas produjo en su epidermis una sensación deliciosa. Luego el sueño cerró sus párpados irritados y regularizó las palpitaciones de sus arterias.

XIII

— «La señora no está.»

Al oír esa respuesta, Luciano bajó de nuevo las escaleras de la casa de Durán, cavilando incrédulamente. Figuróse primero que René comenzaba á ver con disgusto sus visitas cotidianas y que, por celos, habia obligado á su querida á no recibirle; figuróse enseguida que era la misma Violeta la que trataba de huir de él, temerosa de ser demasiado expresiva en la escena del beso y de comprometer así su porvenir de mujer ricamente colocada; figuróse, en fin, que la frase de la doméstica escondía algo. Lo único que no se figuró, fué que Violeta hubiese salido, sencillamente, en compañía de una de sus amigas.

Esta era la verdad, empero.

Después de dormir, sin ensueños y sin agitación, durante más de doce horas, la actriz se había levantado más temprano que de costum-

bre y más fresca que nunca, considerando su crisis de la víspera como la última llamada de la enfermedad nerviosa que comenzara en su noche de lujuria. Pensando en eso, se reía de sí misma: «¿Ser desgraciada porque un chico amigo suyo la hacía sentir su deseo de darla un beso? ¡Qué necedad!» Y dispuesta á no ser, nunca más, tan niña, había salido á renovar el aire de sus pulmones bajo los árboles del Luxemburgo, acompañada por una chiquilla que habitaba en la vecindad.

Luciano también se dirigió hacia el Luxemburgo por ser el lugar más propicio á la meditación y á la lectura. Sentóse bajo un árbol, en un banco solitario, y desplegó su periódico buscando las noticias teatrales de la víspera.

Desde que la próxima representación de su comedia había sido anunciada en los diarios del boulevard, el poeta considerábase como «autor dramático» y no se interesaba verdaderamente sino por lo que á la escena se refería. Al disgusto de tener que vender la mitad de su obra, había sucedido una resignación muy dulce. Luego había venido el contento; y olvidándose de que, en apariencia por lo menos, la comedia no era suya, sino á medias, hablaba de ella en singular, diciendo «mi pieza» y «mi estreno.» lo mismo que René.

Todo lo referente á la existencia de las actrices á la moda y de los actores conocidos, interesábase en alto grado. Le interesaban los anuncios de los ensayos generales; le interesaban los datos sobre la *mise en scene* de los dramas nuevos, y hasta las rencillas de bastidores le interesaban. En pocos días había devorado los libros recientes relativos al teatro: *Brichanteau* de Claretie, *Des frises à la Rampe* de Daudet,

Theatreuses de Augusto Germain, *La Fanstín* de Goncourt, *La Sandri* de Champssaur, etcétera; y en todos ellos había encontrado datos utilísimas sobre ese universo complicado que vive en una atmósfera artificial, calentado por el gas y animado por el colorette. Lo que más al corriente de la vida teatral le ponía, sin embargo, no eran esas obras, sino las revistas diarias de la prensa, en las cuales iba apareciendo noche por noche, toda la febril frivolidad de los comediantes de su época.

¡Cuánto rencor miserable, cuánto orgullo nimio, cuánta intriga feroz, veíanse á través de tales revistas! Siguiendo paso á paso las crónicas del *Eco de París*, del *Journal*, del *Gil Blas* y del *Figaro*, Luciano marchaba de sorpresa en sorpresa, descubriendo á cada instante un nuevo rincón malsano de la tragi-comedia de los bastidores parisienses.—Julio Huret, sobretudo, parecía un moderno Asmodeo capaz de levantar los techos de los cuartos de actrices, y de enseñarlas á los curiosos, en las posturas más íntimas, seduciendo á Sarcey ó enloqueciendo á sus directores con gracias más femeninas que artísticas. Leyendo á diario las entrevistas, las cartas y los ecos del célebre revisitero, el poeta aprendía á respetar menos y á temer más á los profesionales de las tablas.

Esa mañana, justamente, *El Figaro* publicaba en su sección de «Coulises» una serie de cartas dirigidas por una actriz á la moda á uno de los más austeros críticos teatrales. — «He leído tu folletín—decía la comedianta—y lo encuentro algo seco. Es necesario que el domingo próximo te muestres para conmigo menos avaro de elogios, pues de lo contrario dejaremos de ser amigos.» Enseguida venía otro billete

más gráfico, de la misma actriz al mismo crítico, amenazándole con publicar sus cartas: «Dices que no te gusta mi modo de representar el papel de Alicia. Está bien. En otro tiempo, cuando al salir del teatro venías á casa, cualquier cosa te habría parecido admirable. Me parece que bien podrías tener el agradecimiento de la carne y pensar que yo dispongo de documentos escritos por ti mismo, para probar que tus frialdades y tus indirectas son el resultado de...»

Luciano no pudo seguir leyendo porque dos manecitas frescas y perfumadas le taparon los ojos enlazándole por detrás.

— ¿Quién soy? — preguntó una vocecilla contrahecha.

El no sabía quién era, ni siquiera podía suponerlo.

Haciéndose ronca la vocecilla, preguntó de nuevo:

— ¿Quién soy?

No lo sabía; no lograba adivinarlo; ningún nombre de mujer acudía á su mente. ¿Quién podía ser, en ese sitio, á esa hora?

Una ligera carcajada estallo á su espalda. Las manecitas se separaron de sus ojos y una mujer apareció ante él. — Era Violeta.

— ¡Violeta — exclamó Luciano.

— Si — repuso la actriz — Violeta de Parma que necesitaba respirar un poco de aire libre... ¿Quiere usted que nos paseemos juntos?

Sin darse el brazo, sonriendo ambos del azar del encuentro, echaron á andar por los senderos floridos del jardín. La «vecinita,» como ellos decían, acompañábase en silencio.

— ¿Qué era lo que usted leía con tanto interés? — preguntó Violeta.

— Unas cartas de cierta actriz parisiense, dirigidas á un crítico á la moda — repuso Luciano. — Al crítico creo conocerle, pero lo que me gustaría saber, es el nombre de la actriz.

— ¿Son las cartas publicadas por Huret en el *Figaro*?

— Sí.

— La actriz es Rosa de Mayo, Rosa la Gorda como nosotras la llamamos... ¡Qué infamia!... ¿verdad?... Entre la gente de nuestro oficio hay muchas más intrigas de lo que usted debe figurarse; y hasta podría decirse que no hay más que intrigas. Por eso no me gusta meterme mucho con mis compañeras. Figúrese usted que conmigo misma, que apenas voy al teatro para los ensayos y que no formo parte de ninguna capilla, ni tengo amistades íntimas en el mundo de las artistas, conmigo misma son terribles. La pieza de usted me cuesta ya más de mil disgustos: todas querían mi papel y todas se consideran superiores á mí; todas dicen... pero eso no le interesa á usted...

— Sí, me interesa muchísimo...

— ¡Dicen tantas cosas!... Lo de menos es que usted es mi amante y que por eso me prefirió á las demás.

— Puesto que la pieza no es sólo mía sino también de René, me parece que podrían muy bien acusarle á él y no á mí.

— Mis compañeras están en el secreto de la colaboración.

Luciano, muy halagado en el fondo, indignóse en apariencia:

— Hacen mal — dijo — muy mal... La pieza es de Durán y mía...

Violeta, por delicadeza, no quiso responder nada sobre el mismo asunto y guardó el más

completo silencio durante algunos instantes.

Luego continuó:

— ¿Qué efecto cree usted que produciré en su comedia?

— Eso depende...

— ¿Depende de mí?

— De usted y de sus nervios. Ayer fué usted admirable al principio, pero luego se enfrió y volviósese indiferente. Para interpretar bien á nuestra heroína, es necesario ponerse su piel y su alma; sentir como ella aunque no sea sino en la escena; ser algo cruel, algo viciosa y muy apasionada. — Usted...

— Ya sé lo que va usted á decir.

— ¿Qué cree usted que voy á decir?

— Que soy muy fría.

— No; fría justamente, no; pero creo, no sé por qué, que carece usted de humanidad en el sentido que dan á la palabra los autores dramáticos..., que no quiere usted plegarse á todos los papeles... que tiene usted simpatías y antipatías por tal ó cual personaje y que...

— ¿Qué?...

— Que el personaje de nuestra pieza no le gusta para usted. ¿Es cierto?

— No; no es cierto. Lo que sucede es que que estos días he estado enferma, nerviosa, malhumorada. Pero ya me verá usted mañana... ¿Viene usted mañana?... Mañana comenzaremos seriamente para poder ensayar con los trajes dentro de un mes y estar listos para el 15 de Octubre.

Luego la actriz preguntó:

— ¿Y su amigo?

— ¿Luis?

— Sí; eso es, Luis ¿que ha hecho usted de él?

— El pobre debe de estar ocupadísimo con su

pantomima de mañana. ¿No les ha invitado á ustedes?

— No; ¿qué pantomima?

— Una pantomima suya que va á representar él mismo en La Bodiniere. Yo le mandaré á usted billetes, para que venga con René.

— René no sale ahora por las noches; está muy ocupado buscando documentos para un libro sobre la bohemia... ya usted sabe, su mania... Pero si no tiene usted otro compromiso y me lleva usted... ¿me gustaria tanto ver á Luis vestido de Pierrot!... ¡él que es tan divertido!... ¿no tiene usted otro compromiso?... francamente.

— Ninguno, no; y aunque lo tuviera...

— Entonces mañana, sin falta, á las ocho, ¿verdad?

— No; á las nueve. A las nueve en punto pasaré por usted.

Charlando así, habían llegado hasta la puerta del jardín que daba frente á la casa Durán. Al despedirse, se estrecharon las manos con más efusión que nunca.

Luciano pensaba:

«Verdaderamente es admirable esta mujer!»

Violeta se decía: «¡Es muy simpático, este hombre!»

Ambos recordaron, luego, no sin cierta nostalgia, la escena del día anterior; y antes de cruzar, cada uno por una de las esquinas, volviéronse, para sonreírse, de lejos, con rápida simpatía.

XIV

La única preocupación de Luciano, al pensar en el compromiso contraído la víspera, era no

saber de dónde sacaría un duro para poder tomar un coche. Porque, naturalmente, no podía ir á pie, con una mujer bonita y lujosa, desde el Luxemburgo hasta la calle San Lázaro.... Y de los últimos treinta francos que había tenido, ya solo el recuerdo le quedaba...

¡Un duro! .. La imagen de sus mil francos, apareció de nuevo ante él, en una pirámide altísima de piezas de cinco pesetas.

«Lo que más me apenará - se dijo - al ir esta noche al teatro es pensar en que voy al entierro de mi fortuna. Cada gesto de Luis me cuesta un franco y cada ademán de Colombina, cincuenta céntimos. Por algo más sería yo capaz de tener hoy genio... ¡por un duro!»

Sin embargo, la preocupación no le quitó ni el apetito, ni el buen humor. Habíase levantado contento y estaba dispuesto á no entristecerse en todo el día. En cuanto al duro, ya se lo darían prestado por la noche, en el último minuto, que es siempre el mejor. (¿«No te parece ¡oh, Rabelais! cantor épico de las horas en que se paga y se cobra?»)

Justamente Blemont le había invitado á comer y ese convite le parecía de buen agüero.

Blemont era el poeta más pobre que jamás existiera en el mundo: era más pobre que Homero, más pobre que Le Cardonnel, más pobre que Luis Gracián, más pobre que la Pobreza misma, en fin. Era pobre por vocación y por definición. En el Barrio, cuando alguien estaba en la miseria, decía que «estaba más pobre que Blemont.» Era pobre de todo: pobre de dinero, pobre de salud y pobre de espíritu. Le tenía miedo á los perros y á los críticos, á pesar de no tener obras atacables, ni carne mordible,

Su único tesoro verdadero, componíase de buen humor y de poemas inéditos.

— «¿Que tal, Blemont?»

— «Muy bien, chico.» Y enseguida soltaba la carcajada.»

Siempre estaba bien; siempre reía.

Su modo de vestir resultaba un misterio, pues desde los tiempos más remotos todo el mundo le había visto, en invierno como en verano, con la misma levita color de chocolate, el mismo chaleco de terciopelo verde, el mismo pantalón rayado de azul y el mismo fieltro negro de anchas alas tirolesas.

Luciano tenía por él una simpatía muy profunda y muy desdeñosa. Queríale sin estimarle. La tenía lástima; y á veces, para hacerle una caridad intelectual, suplicábale que le leyera algunos de sus poemas.

— «¿De veras quieres oír mis obras? — La figura del pobre bohemio animábase entonces. Y sin hacerse de rogar, comenzaba á decir, endulzando la voz, bajando los párpados, dichoso y confuso, sus «leyendas» sus «baladas» y sus «cuentos en verso,» en los cuales siempre había mansiones mediavales, trovadores sensitivos, pajes atrevidos, castellanas muertas de amor, puentes levadizos, almenas oscuras y góticos torreones. Su musa era más «cuatrocentista» que Dante Gabriel Roseti.

— «¡Pobre Blemont!» pensaba Luciano al dirigirse al lugar en que le había dado cita para que cenaran juntos. — «¡Pobre Blemont!»... ¿De dónde habrá sacado dinero?...

La comida fué agradable. Gramón estaba de humor alegre. Todo le hacía reír y hasta su necesidad de encontrar un duro, parecía divertirle.

tida. — A la hora de los postres, preguntóle a su amigo si tenía dinero.

— ¡Dinero! — exclamó Blemont.

— Sí, dinero; ¿o ya se te ha olvidado lo que es?

— No; no tengo; hace algún tiempo que no tengo.

— ¿Algún tiempo? Lo que me gusta es tu modestia. Pero en fin, ¿cómo vas a pagar la comida? Yo tampoco tengo ni un sólo céntimo.

— Verás... El propietario de este restaurante me da dos cubiertos a la semana y en cambio yo le redacto sus anuncios... No vayas a decirle nada a los amigos, porque son capaces de hacer intrigas para robarme el empleo... A ti te lo digo... tú eres decente y estás bien.

— ¿Yo estoy bien?

— No lo niegues: te vi entrar en casa de Hachette... tu editor...

Luego, con un suspiro verdaderamente triste, continuó:

— ¡Yo no tengo editor!...

— Ni yo tampoco.

Blemón sonreía con incredulidad. «¿Que no tenía? Entonces ¿por qué le habían dejado entrar en casa de Hachette?... ¡A él no le dejarían!...»

— Si te dejarían. Todo el mundo puede entrar... Anda mañana y lo verás.

Luciano trataba de convencerle, pero sin gran entusiasmo. Su imaginación estaba demasiado ocupada con la idea del duro indispensable, para poder encontrar frases que pareciesen convincentes a Blemont.

Este continuó:

— Sólo de un modo iría yo a casa de tu editor y es con una tarjeta tuya... Tú conoces mis poemas ¿verdad?

— Si los conozco; pero no tengo tarjetas... ni editor tampoco; te lo aseguro... Lo único que tengo, ahora, es necesidad de un duro.

— ¡Un duro!

— Un duro, cinco francos, cien sueldos... ¿te parece mucho?

Blemont no contestó en seguida. Silencioso y pensativo, parecía buscar, en el espacio, con los ojos muy abiertos, la noción completa de lo que era un duro. En seguida preguntó de nuevo:

— ¿Cinco francos?

— Cinco francos.

— Yo no los tengo...

— Naturalmente.

— Déjame hablar: yo no los tengo pero conozco á una persona que debe de tenerlos ¿los necesitas muchísimo?

— Urgentísimamente.

— Está bien, te los voy á conseguir y mientras tanto tú me vas á escribir una carta para tu editor... aquí hay pluma... mira.

Luciano quiso protestar:

— Yo no tengo editor, no seas necio—dijo.

Ya el otro estaba lejos.

Al cabo de un instante volvió, trayendo entre las manos, con respeto religioso, cincuenta piezas de cobre de á diez céntimos cada una.

— Aquí está el duro.

En seguida fijándose en el papel que seguía imaculado sobre la mesa, continuó, con acento ingenuo y resignado:

— No me has hecho la carta... Es porque no me estimas... No importa...

Luciano creyó ver dos lágrimas en los párpados de su pobre amigo y se decidió á hacer lo que le pedía. Al fin y al cabo Hachette no era el rey de Prusia... y él le había hablado una

vez... y darle una broma á un editor nunca era malo. «Señor mío — escribió. — Mi amigo Ble-mont es un poeta de grandísimo talento. En mi nombre y en el de Alejandro Dumas se lo reco-miendo á usted cordialmente.» Luego hizo una firma incomprensible.

Su amigo, entonces, loco de contento, le refi-rió cómo había conseguido el duro:

— Figúrate que en este restaurant el cubierto vale tres francos. El patrón me da á mi ocho «bonos» al mes y yo se los doy uno por uno á los mozos, después de cada comida. Hoy aún me quedaban seis: dos para pagar nuestras comi-das y cuatro que le vendí á Gustavo, el mayor-domo, en cinco francos... Cuéntalos á ver si es-tán cabales.

— Si lo están — repuso Luciano enternecido. — Lo malo es que te hayan dado cobre, ¿No tienen otra cosa aquí?

— Yo creí que tú lo preferías así, ¿quieres que vaya á cambiarlos por plata?

— Ya los cambiaremos en el estanco... Mar-chémonos.

XV

Cuando Luciano y Violeta llegaron á la Bo-dinniere ya la representación había comenzado.

— ¿Hace mucho tiempo? — preguntó el poeta en la puerta.

— No: hará diez minutos; están en la confe-rencia.

La conferencia no tenía gran importancia, al menos para Luciano que en más de una ocasión se la había oído recitar á su amigo.

— ¿Entramos en seguida ó esperamos el prin-cipio de la pantomima?

Violeta prefirió esperar en la sala de exposición, admirando una serie de retratos de Sara Bernharth dibujados por el húngaro Muchá.

— ¿Le gusta á usted este artista? — preguntó Luciano á su compañera, después de haber visto todos los cuadros expuestos.

— Sí, me gusta; pero prefiero, en el mismo género, á Marcel Lenoir.

— Lo que dice usted es muy justo desde un punto de vista personal. Yo también preferiría verla ó usted retratada por Lenoir que por Muchá. Este último es muy atormentado, muy onduloso, muy felino, mientras que el otro es enteramente hierático... como usted.

— Usted persiste en considerarme como una mujer muy seca y muy fría.

Luciano no contestó. Los aplausos, resonando en el fondo de la sala, le hicieron olvidar á los pintores á la moda, para pensar de nuevo en Pierrot.

— Entremos — dijo. — Ya la conferencia ha terminado.

Violeta dió el brazo á su amigo y ambos penetraron, entre la multitud que llenaba los pasillos.

— «¡Cuánta gente!» — Era la exclamación general. Todo el mundo estaba admirado de ver una concurrencia tan numerosa para asistir á una fiesta tan poco anunciada. «¡Cuánta gente!»

— En las butacas, en efecto, los sombreros floridos de las mujeres abundaban tanto como las cabezas descubiertas de los hombres. La galería estaba llena y sólo quedaba aún libre el único palco del teatro, el palco oscuro, alto, profundo cual una alcoba, que Luis había reservado para el más íntimo de sus amigos.

Luciano y Violeta acomodáronse en sus sitios

muy satisfechos de ver el éxito de la velada.

—¿Cuántos son los personajes de la pantomima? —preguntó la actriz.

—Dos —repuso el poeta — Pierrot y Colombina. Colombina es una chiquilla de nuestro barrio que según creo está volviendo loco á nuestro amigo.

—¿Es bonita?

—Sí; y además tiene talento. Se llama Sonia.

—¡Ah! ya sé, una morenita que hace versos y que venia siempre á los cafés del Boulevard San Miguel con Amelia y con Matilde.

—¿Conoce usted á Matilde, la de Montmartre?

—Sí; la conocí en otro tiempo, cuando yo era modelo.

Luciano ignoraba lo historia de Violeta.

—¿Modelo?

—Sí; modelo.

Inconscientemente algo del respeto que siempre había tenido por la querida de Durán, desapareció, como por encanto, del alma impresionable del poeta. «Había sido modelo... había conocido á Sonia y á Matilde... luego no era hija de una princesa...» «¡Mejor!» — pensó. Así podría hablarla con más confianza y tal vez... tal vez... El recuerdo del beso deseado y no obtenido acentuóse en su memoria...

Al fin sonaron los tres golpes clásicos que anuncian en París el principio del acto, y el telón se levantó, lentamente, entre el murmullo de los espectadores que terminaban sus comentarios con cuchicheos definitivos.

... Y apareció Pierrot, vestido de blanco, pintado de blanco, bañado por la blanca luz de la luna.

Colombina no está aún allí, á pesar de ser el instante de la cita... «¿En dónde estará Colombina?» Todas las suposiciones, buenas y malas, pasan por la mente del enamorado. Su rostro indica la confianza. «debe de estar en su casa, vistiéndose, componiéndose, empolvándose, para llegar más bella que nunca...» Pero ¿y si no estuviese en su casa?... La duda frunce el albo entrecejo del que espera... ¡Si estuviese en casa del marqués!... Dos chispas negras brillan en sus pupilas, entre los párpados blancos...

Transcurren cinco minutos durante los cuales Pierrot ve moverse las agujas de todos los relojes con una rapidez vertiginosa... ¿Cinco minutos?... Para su alma son cinco horas, cinco días, cinco siglos... ¡Es necesario llamarla!... La llama, la implora, la suplica, la amenaza... ¡Nada!... Con las manos devotamente unidas sobre sus labios hambrientos, ofrécela mil besos... ¡Nada!... Al fin saca de la faltriguera un collar de piedras preciosas que acaba de robar en un escaparate: lo hace brillar á la luz de la luna, se lo pone en la garganta, lo sacude, lo ofrece... ¡es para ella!

Atraída por el reflejo de las gemas, Colombina aparece, rosada de rostro, rosada de manos, toda rosada, en fin, en la rosa ligera de su traje... «¿Son para ella, las joyas?» — Pierrot dice que no, con la cabeza... «no, no, no...» Ella se acerca, le acaricia, y sin hacer caso de sus negativas, le tiende el cuello desnudo, para que la ponga el collar... «¿Besos?... No... primero el collar... después los besos... «¡Tus labios, Colombina!...» «¡El collar, Pierrot!...» Luego los besos que él da con fervor místico y ardiente... que ella recibe como las gotas de una llovizna estival, sonriendo con su sonrisa color de rosa...

La primera parte había terminado.

— ¡Admirable! — exclamó Violeta, volviendo la cara hacia Luciano que se recostaba en el respaldo de su asiento, en el fondo del palco.

¿Quién de los dos le gusta á usted más? — preguntóla el poeta al oído.

— Los dos. El es un artista verdadero y explica perfectamente las complicaciones de su alma atormentada. Pero ella, en la sencillez instintiva de su papel, se expresa con más claridad que él... ¿No le parece á usted extraordinaria la facilidad que tienen las parisienses para ser coquetas en las tablas?...

— No solo en las tablas...

— Sí, pero fuera de las tablas, en la intimidad, todas las mujeres del mundo son iguales. Lo raro, en las muchachas de París, es la confianza en sí propias que las permite moverse lo mismo en el escenario de un teatro, ante mil personas, que en sus dormitorios, junto á un amante... Yo soy parisiense y me acuerdo de mi *debut*... ¿Por qué le he de negar que tenía miedo?... Sí lo tenía, muy grande... Pero al verme ante el público, el sentimiento de la coquetería pudo más en mí que el miedo de los espectadores... y fui natural... Me acuerdo de un viejecito muy elegante, que estaba en el primer palco de la derecha y que parecía mirarme con interés. A mí se me figuró que no había más que él en el teatro: que él era la crítica, la prensa, la aristocracia... y durante toda la representación, no pronuncié una sola palabra sin fijarme en su rostro apergaminado. Cuando él aplaudía, yo estaba contenta, contenta, como si todo París me hubiese aplaudido...

— Es curioso...

Luciano seguía pensando que Violeta había sido modelo de pintor, en Montparnasse; que muchos hombres habían visto su cuerpo desnudo; que Matilde y Sonia habían sido sus amigas... tal vez sus compañeras... Eso era, para él, una revelación que le obligaba á reírse de sí mismo, de su antiguo respeto y de sus reverencias de la víspera... ¡Había sido modelo!... ¡Todos la habían visto desnuda!... La visión del cuerpo fino de la actriz apareció, neta, ante su retina: la vió de pie sobre una mesa de estudio, muy alta, muy delgada, muy bella, levantando los brazos como Afrodita, ó inclinándose, como Diana, para atar los cordones de su sandalia...

De pronto, una vocecilla tambaleante le sacó de su sensual ensimismamiento. Era Blemont que le decía buenas noches al pie del palco.

— Buenas noches, Lucianito.

— ¿Tú aquí? Hace dos horas te dejé en una esquina, sin embargo...

Si, pero al llegar á su casa el pobre bohemio había encontrado cuatro billetes para asistir á la pantomima. Su deseo era aplaudir á Luis... allí estaban todos los amigos... Y todos muy contentos... muy entusiastas... Pierrot tenía genio... Le harían una ovación al final.

El telón se levantó de nuevo... Y Pierrot, más blanco todavía, blanco con la blancura cadavérica de los celos, blanco como la hostia de la comunión de los agonizantes, blanco, cual un muerto, en su túnica color de sudario, apareció tras una puerta. Sus ojos brillaban, en la máscara de yeso, con resplandores lamentables de cirio. La contracción de sus labios, tenía algo de macabro... Oía...

...¡Pobre Pierrot!... Pegando el rostro contra

la puerta cerrada, oía lo que pasaba en la alcoba... Oía los suspiros de Colombina; y oía las palabras del marqués... Su frente, su boca, sus manos, todo su ser, en fin, iba indicando las impresiones que producían en su alma doliente las escenas de la traición...

Cuando un beso sonaba adentro, Pierrot sentía el beso... cuando una risa llegaba hasta él, Pierrot reía... cuando las manos de Colombina estrechaban las manos del marqués, Pierrot unía sus manos... Y ese simulacro de amor, indicando el amor de la mujer amada y del hombre aborrecido, tenía, en su elocuencia silenciosa, un aspecto trágico y alucinante.

Los ojos de Violeta estaban húmedos de lágrimas. Luciano se acercó á ella y sin decirle una palabra, impulsado por la pasión que flotaba en la atmósfera, la cogió una mano y la acarició largo rato entre las suyas. Sus ojos se encontraron y contempláronse tiernamente.

En el fondo de la sala, Pierrot seguía sufriendo. De pronto todo su cuerpo se irguió. ¡Ya era bastante! Con los puños crispados, precipitóse sobre la puerta y llamó, llamó con insistencia, hiriéndose las manos, apoyando las rodillas, la frente y el pecho contra la madera impasible. Llamó, llamó, llamó...

Cuando el telón comenzó á caer, Pierrot llamaba todavía.

Al oír los aplausos que saludaban al altísimo poeta mudo, Violeta retiró, en un ademán rápido, la mano que había abandonado durante el acto entre las manos del poeta. — Luego, con voz alterada por la emoción, dijo su entusiasmo artístico y su infinito goce sensitivo.

Luciano la dejaba hablar, sin enterrumpirla, sin oírla casi, fijándose únicamente en la palpi-

tación de sus labios sensuales... Luego quiso responderla y ser elocuente como ella, pero no pudo. Su garganta tenía algo de anormal y su boca estaba seca. Cambió de sitio.

—¿Se aleja usted de mí? —preguntóle su compañera mirándole dulcemente.

El volvió á ocupar su silla detrás de Violeta, sin decir nada, sonriendo con una sonrisa de agradecimiento y de súplica.

Al fin el telón se levantó para dejar ver el último acto de la pantomima.

Allí estaba Pierrot, con una espada en la mano, nervioso, esperando á su rival. El rival llegó... ¿en dónde estaba?... Allí, frente al amante de Colombina; y sin embargo nadie le veía... Allí estaba; Pierrot saludábale con seca cortesía... poníase luego en guardia... atacábale...

En la escena no había sino un mimo armado, resistiendo á ataques ideales, lanzándose furioso contra el aire, y saludando de vez en cuando á la izquierda... Era un duelo solitario, pero hecho con tal brillo, con tal pasión, con tal arte, que los espectadores llegaban á ver (visionarios tiranizados por el genio) las sombras del enemigo y de los testigos.

El duelo duró mucho tiempo. Al fin Pierrot soltó la espada, levantó los brazos para que las sombras de sus amigos le sostuviesen, comenzó á agonizar... Sus ojos se dilataron horriblemente haciendo dos manchas violáceas en la blancura del rostro; su nariz se adelgazó: su labio inferior agrandóse, ablandándose y contrayéndose en un gesto de precoz descomposición...

... Iba á caer Pierrot; ya no tenía fuerzas; su sangre, escapándose por una herida invisí-

ble; vaciaba su cuerpo como una vejiga agujereada... Iba á caer, cuando Colombina apareció, despeinada y sin sombrero, vestida apenas con una enagua y un corsé... El marqués trató de agarrarla, pero ella, resistió, colérica, precisada, y llegó hasta Pierrot que se precipitó sobre ella, ofreciéndola aún sus labios ya muertos pero llenos aún de besos funerales...

Al final de la escena, Violeta buscó la mano de su amigo y la acarició febrilmente durante un minuto. Luego se puso de pie, pálida, temblorosa, con las pupilas ahogadas en la humedad de sus lágrimas.

— ¿Nos vamos? — dijo.

Luciano repuso dominando su emoción:

— Luis nos espera... es imposible marcharnos sin felicitarle... ¡Nos quiere tanto, el pobre!

— Es verdad — murmuró Violeta.

En los bastidores fueron recibidos con entusiasmo por Pierrot y Colombina que principiaban ya á limpiarse la pintura que cubría sus rostros.

Sonia estaba radiante de alegría con su primer triunfo, obtenido en un teatro verdadero, ante un gran público. Sus éxitos anteriores, en el concierto de los Decadentes, parecíanle puras niñerías. Lo que deseaba ahora era seguir siendo aplaudida al lado de Pierrot por el todo París artístico de los estrenos del Boulevard.

Violeta la hizo muchos elogios.

— ¿De veras te gusto?

Sus ojos negros indicaban la satisfacción orgullosa de su alma. Creíase una gran actriz, y la misma Violeta, en quien antes había visto una mujer superior que ni siquiera tenía derecho de envidiar, aparecíole como una compañera suya, ni más ni menos grande que ella.

— ¿De veras, de veras, te gusto? — preguntó de nuevo.

— Eres admirable — repuso con convicción la querida de Durán.

— ¿Y Luis?... ¿Qué dices de Luis?... ¿No te parece genial?...

— Sí; soberbio...

En la expansión de su dicha, Pierrot repararía abrazos á diestra y siniestra, ensuciando, con el blanco de su rostro, la levita de Luciano, estrujando el talle de Violeta y magullando á Colombina.

Sonia, por su parte, ocupábase más de Pierrot que de ella misma, mojándole las tohallas, arreglándole la camisa, sacudiendo sus vestidos, ayudándole, en fin, en su toilette, con una solicitud enternecedora. «¡Mi Luisito!» — decía — «mi Luisito adorado!» — y con un impudor ingenuamente parisiense, acariciábale las manos y se frotaba contra él como una gata enamorada.

Mientras Pierrot y Colombina cambiaban de traje, Violeta y Luciano pasaron á un saloncillo mal alumbrado. Sentados en el mismo sofá, charlaron... Dijéronse, sin notarlo y hablando á medias palabras, muchos secretos; descubriéronse algunos rincones de sus almas orgullosas; hiciéronse traición á si mismos, abriendo más de lo que hubieran querido las puertas, generalmente selladas, de sus jardines secretos...

Desde que su amiga le había confiado su antigua profesión de modelo, Luciano sentía por ella un cariño casi compasivo. Sin saber por qué, la estimaba menos y la quería más. Ya no veía en ella frialdad ninguna, sino una gran melancolía y una resignación silenciosa que la

obligaba á tolerar á René para no perder su posición y su tranquilidad.

Violeta, á su vez, comprendía que, al revelar su antiguo oficio y sus antiguas relaciones, había entregado algo de ella misma á su compañero de esa noche; y, resignada, decíase mentalmente que nadie hubiera podido merecer más que Gramont su cariño y su confianza.

Después de un largo silencio pensativo, el poeta preguntó:

— ¿En qué piensa usted?

— En nada, — repuso ella — ¿Y usted?

— Yo... en usted.

Sus manos se buscaron instintivamente, como antes lo habían hecho en la penumbra del palco, y sus miradas se confundieron de nuevo.

— ¡Luciano! ..

— ¡Violeta!...

Era la primera vez que ambos se llamaban por sus nombres, á pesar del deseo expresado por ella, desde un principio, de ser tratada con confianza.

De pronto, cuando menos lo esperaban, oyeron llamar á la puerta y simultáneamente dijeron: «adelante.»

Un empleado del teatro, llevaba un sobre para Luis. Abriólo Luciano y leyó: «Producto de la velada... Butacas obsequiadas por el autor... 200. — Butacas vendidas... 102... Producto líquido... 306 francos.»

En el mismo sobre iban tres billetes azules del Banco de Francia.

— Está bien — dijo el poeta dirigiéndose al empleado, después de enterarse de la cuenta.

— Necesito un recibo, caballero.

Fué indispensable llamar á Luis que llegó, ya «vestido de paisano», siempre nervioso y siempre contento, á firmar lo que le pusieron delante, sin fijarse en las cifras. «¡Un recibo! — pensaba — es la primera vez que doy un recibo!... Mi vida nueva, rica y gloriosa, se inaugura brillantemente.» — Luego preguntó al oído, á su amigo, cuánto le habian dado.

— Trescientos francos — repuso Luciano.

— ¿Nada más?

— Nada más.

— No importa; ya ganaremos muchos millares... Esta vez ha sido necesario regalar algunas butacas... Por lo pronto guárdate eso para tí.

— ¿Para mí?... No seas tonto... Tú tienes más necesidad que yo, con tu Colombina.

— Guárdate la mitad, entonces.

Luciano se guardó cien francos y entregó los otros dos billetes á su amigo.

Violeta, viendo que ya era muy tarde, quería marcharse.

— Vámonos — dijo el poeta.

En el coche que les conducía de nuevo hacia el Luxemburgo, la actriz y su compañero hablaron con íntima ternura de Luis y de Sonia.

— ¡Qué dichosos son!

— Sí, muy dichosos.

Sus manos no se juntaban ya, para acariciarse; pero en cambio cada una de sus palabras era una caricia.

Al despedirse, en la puerta de la casa de Durán, sintieron una gran congoja, como si el adiós que se decían fuese el último.

— Adiós, Violeta...

— Adiós, Luciano.

Por fin el poeta se llevó á los labios la mano

ardiente de su amiga, rompiendo así, con la brusquedad de un beso sonoro, el dulce ensueño que mecía silenciosamente sus almas...

XVI

Al entrar en su casa, temblando aún de emoción, Violeta encontró á René encorvado sobre sus papeles, tratando de dar cima á su estudio sobre la bohemia literaria en el siglo xix. Antes de preguntarla si se habia divertido, díjola que ya la parte histórica de su trabajo estaba terminada. Luego la interrogó sobre la pantomima:

— ¿Qué tal?

— Bien, gracias — repuso la actriz irónicamente.

Durán no se dió por ofendido. Estaba contento; tenia necesidad de hablar de su bohemia y de leer á alguien los trozos que mejor hechos se le antojaban.

— ¿Quieres oír algunos fragmentos de mi libro? — preguntó á su querida.

— Sí — repuso ella con resignación — lee.

Durán tomó su manuscrito y comenzó á buscar los párrafos que un poeta pobre y estudioso habia escrito para él en la Biblioteca Nacional.

— ¿Pones cuidado?

— Sí; empieza.

Empezó:

«¿Os acordáis del príncipe de la Bohemia de Balzac? Sus aventuras se parecen más á las del triste Adolfo de Benjamín Constant que á las del poeta Rodolfo de Murger. Empero ese príncipe es un bohemio, porque no tiene dos cuartos y porque lleva una vida desarreglada. Su

aventura amorosa, parece un poema romántico.

«Claudina, mujer de un autor dramático austero y rico, está locamente enamorada de él, y por no perderle, se somete á todos sus caprichos de hombre sin corazón y sin escrúpulos. Un día la pobre enamorada se encuentra enferma de muerte. Para salvarla es necesario hacerla una operación en la cabeza y cortarle la cabellera. Su amante le dice: «lo que yo más quiero en ti, es la cabellera; si te la cortas, quizás mi amor desaparezca.» Y ella, entre el peligro de perder la vida y el de perder á su amante, prefiere exponerse al primero y no se deja operar... ¿Os acordáis?

»En todo caso, si habéis olvidado á ese príncipe de Balzac, estoy seguro de que aún os acordáis de los nombres de los «bohemitos galantes» de Gerardo de Nerval, que fueron, como quien no dice nada, Teófilo Gautier, Arsenio Houssaye, Corot y otros artistas no menos ilustres.

»En las breves páginas de su estudio, el célebre traductor del *Fausto* nos relata la crónica de algunas veladas durante las cuales esos bohemitos ilustres consolaban las miserias de sus juventudes, combinando planes fantásticos para el porvenir y disputándose los besos de las chicas que iban á visitarles.

»Los bohemitos de Mürger son todos jóvenes y todos artistas. Marcelo es pintor, Rodolfo poeta, Schaunar músico y Colline filósofo. Los cuatro son pobres de solemnidad. Uno de ellos encuentra un día un empleo: veinte horas de trabajo cotidiano por cincuenta céntimos al

mes. ¡Perfectamente! Mas ante todo es necesario levantarse á las seis de la mañana, y como no tiene despertador, se roba un gallo de la vecindad, para que cante, al amanecer, en su alcoba miserable. Al cabo de una semana, sus amigos le encuentran llorando á lágrima viva. «Me he comido mi despertador» — solloza. — Otro hereda de su tía una suma de catorce francos; y no habiendo tenido nunca tanto dinero, se figura que su fortuna es inagotable. Lo primero que hace, es invitar á diez ó doce amigos suyos á comer en la Maison Doré. Pero antes van á tomar algunas copas (4 francos) y á comprar cigarros puros para todo el mundo (4 francos); y van en coche (5 francos); al acabar de comer, cuando el mozo presenta la cuenta de ciento y tantos francos, el anfitrión recuerda que sólo le queda una peseta.

»Todas las aventuras de los personajes de Murger, son por el estilo, con excepción de dos ó tres idilios tan pintorescos como las mejores novelas de Paúl de Kock y tan sentimentales cual las más populares canciones de Beranger, lo que no es muy artístico, pero sí muy simpático.

»El libro deja una impresión encantadora, gracias á su sencillez, á su sinceridad, y á su tristeza bonachona y resignada, que llora y ríe á un tiempo mismo.

»Un libro también muy triste, pero *de otro modo*, con gran amargura é intensa crueldad, es el *Chatterton* de Alfredo de Vigny.

»El bohemio del poeta de *Eloa* es, ante todo, un orgulloso. Su primera obra es una imitación de la literatura antigua, que, según él cree, dejará espantado al más gran crítico de su época.

La opinión de ese gran crítico que se burla de él, aumenta su amargura. El bohemio vende entonces su pluma á varios personajes y escribe, al mismo tiempo, en favor de muchos partidos opuestos, que, naturalmente, acaban por suprimírle toda subvención. Al encontrarse en la miseria, no logrando hacerse adorar de Ketty, por quien no profesa sino un amor relativo, se suicida, maldiciendo á la humanidad que desconoce su genio.

»Lo mismo que el héroe de Vigny, el personaje principal de *Las Confesiones de un Bohemio*, de Fremy, padece de la terrible enfermedad que se llama orgullo. Es un sabio. Para ganar su vida en Francia, tiene necesidad de dar lecciones de latín y de gramática á cualquier hijo de burgués acomodado. Huyendo de esa situación odiosa, refúgiase en Alemania que, según él cree, es la Jerusalén de los eruditos. No obstante, en Munich, en Berlín, en Heidelberg, en todas las ciudades universitarias del imperio germánico, vése obligado á continuar su vida de lecciones. Al fin se resigna ó, al menos, parece resignarse, convencido de que la humanidad es siempre, y en todas partes, injusta para con los sabios. De repente, sin creer en el amor enamórase apasionadamente de una amazona de circo; ella también se enamora de él; pero él es honrado y serio, mientras ella es ligera y coqueta. Los celos le envejecen en pocos años y le enferman rápidamente. Va á morir... Pero no quiere morir lejos de su patria y vuelve á París, claudicante y miserable.

»*La Bohemia Dorada* de Carlos Hugo, es la historia romántica de un hombre rico y de una

dama poco menos que millonaria. Ambos son bohemios. La dama necesita que crean que tiene un hijo, para que la herencia de su marido no caiga en manos de parientes lejanos. ¿Cómo hacer? El medio más fácil es el aconsejado por los autores de novelas por entregas y ese es el que la gran dama adopta al robarse á la hija de una pobre mujer agonizante. La cuestión de la herencia se arregla, pero la madre de la chica robada, no muere, sino que consagra su existencia á buscar á su hija. Al fin la encuentra en las puertas del vicio, y la salva.

» Los bohemios de Delveau son los mismos bohemios de Murger; mas ya no se llaman Rodolfo, Marcelos y Collin, sino Privats D'Aglemont, Chamfleuri, Murger, y Schanne. Además ya no son jóvenes. Han llegado á la celebridad ó á la fortuna; pero antes han perdido la alegría... Y ellas también, las Mimis, las Flemies, las Musetes, las chicas sonrientes, las musas sentimentales, las consoladoras instintivas que llenaban de flores las bohardillas de sus pálidos amantes — también ellas han perdido la frescura y el buen humor. Una se ha casado con el farmacéutico de la esquina; otra se ha marchado á América; la tercera tiene un carruaje y un amante viejo...

» En el libro epilogógico de Delveau, no hay pobreza, ni tristezas, ni dolores, como en la *lijeira iliada* de Murger... y sin embargo es mucho más cruel que *Las escenas de la vida en Bohemia*, porque carece de juventud y de sonrisas y de amor — ¡de amor!...

» Los bohemios de Gui Tomel (los últimos bohemios), no tienen nombre. Son legión. Unos

estudian música, otros pintura; otros letras, otros ciencias. Todos viven, miserablemente, sin amores y sin esperanzas, sin entusiasmos y sin locuras, aguardando la ocasión de conseguir un empleo en cualquiera oficina, para convertirse en burgueses y comer todos los días. Son los bohemios degenerados. Quien quiera encontrarles veinte años después, que no les busque en la república del arte, ni en los hospitales propicios á los literatos, sino en el mundo de los funcionarios ó en la lista de los suicidas.

»Nada tan espantoso como esa bohemia sin melenas.

»Otros libros hay, en los cuales se habla de la bohemia y de los bohemios; pero me parece que los anteriormente analizados bastan para darnos una vaga idea de la complicación infinita de la especie.

»Ahora bien: ¿podemos decir, conociendo á muchos bohemios, lo que es la bohemia?»

Durán se detuvo. Con la respuesta á tal pregunta, principiaba su parte personal en la obra sobre la bohemia; y esa parte no quería leerla á nadie, mientras alguno de sus colaboradores no la hubiese corregido.

— Lo que sigue — dijo dirigiéndose hacia el diván en que su querida habíase recostado — no tiene ningún interés para ti, porque es puramente filosófico. Yo he querido probar, en la parte histórica, que los bohemios son muy numerosos. En la parte doctrinaria me esfuerso por hacer comprender al vulgo profano, que todas las bohemias de nuestro siglo han sido fecundas en resultados literarios. Mi obra levantará una inmensa polvareda crítica, pero

eso no importa. Que me ataquen si quieren, que yo sabré defenderme, ¿te parece?...

Violeta no contestó. Completamente dormida desde el principio de la lectura, soñaba en una bohemia más real que la del libro de su amante.

—Las mujeres son incapaces de comprender —exclamó al fin René, cerrando con mucho cuidado el sabio manuscrito que un literato pobre había compuesto y que él iba á firmar...

XVII

Desde la noche en que, sintiéndose embriagada por el aliento erótico que animaba la obra de Luis, había dicho sus secretos á Luciano, Violeta dejó de sufrir de los nervios y del fastidio. Su vida era ya más animada.

Rápidamente su amistad por el poeta había crecido y se había arraigado en su corazón. De lo que no se daba una cuenta muy exacta, era de la naturaleza de su cariño: sentía quererle mucho y eso bastaba. Queriale por la ternura de sus ojos, por su aspecto melancólico, por su talento, por su modo de hablar, por sus cabellos, por todo lo que había en él de seductor, en fin. Las frases preñadas de fuego que antes la habían chocado en la comedia, llegaron á parecerla bellas como caricias. «Un hombre que escribe así—decíase—debe de ser el más dulce y el más ardiente de los amantes.»

Sin embargo, no le deseaba como amante ó por lo menos no creía desearle. Lo que deseaba era su amistad, su simpatía, su compañerismo y confianza. Creía quererle como á un hermano, y le quería mucho.

A veces, después de los ensayos, aprovechando la intimidad perezosa de su boudoir, pedíale detalles sobre su vida anterior, sobre sus cos-

tumbres de poeta, sobre su familia, sobre sus amigos, sobre todo lo que tenía algo que ver con su alma.

— Hábleme usted — le decía.

Y Luciano, dichoso del cariño que inspiraba y del cariño que sentía, abandonábase por completo, diciéndola sus esperanzas y sus congojas, sus tristezas y sus alegrías, sus recuerdos y sus deseos; desnudándose psíquicamente ante ella con una voluptuosidad exquisita.

Una tarde la hizo reír y llorar á un tiempo mismo, refiriéndola la tragicomedia de sus primeras pobreza, contándole la historia de sus hambres no saciadas y trazándola los itinerarios de sus viajes á las casas de empeño.

— ¡Pobrecito! — murmuró la actriz con los ojos llenos de lágrimas. — ¡Pobrecito!... ¡Haber sufrido tanto siendo un hombre de verdadero talento mientras una infinidad de imbéciles tienen más oro del que necesitan!...

Luego, para consolarle, le dijo lo que aún no se había atrevido á decirle:

— Yo también fui pobrísima, Luciano... Fui tan pobre como Sonia y como Matilde y ni siquiera tuve el supremo consuelo de sacrificarme en aras de un ideal. Mi naturaleza cobarde me obligó á venderme al primero que pasaba por la calle, para no acostarme sin cenar... Fui la más infame de las mujeres perdidas, porque lo fui inconscientemente, inspirándome asco, sin locura ninguna, por pura necesidad. ¿Verdad que es horrible, todo eso?... Sí... es horrible... y hago mal en contárselo á usted, porque va usted á despreciarme...

Luciano la tranquilizó besándola las manos en silencio, con un respeto verdaderamente fraternal.

«¿Despreciarla?... No; no la despreciaba; la tenía lástima... Si él hubiera sido mujer, es probable que hubiera hecho lo mismo. La vida de las cortesanas no le inspiraba repugnancia ninguna... Eran hermanas suyas las cortesanas...»

En seguida la conversación fué más abstracta, sin dejar de ser personal de un modo indirecto.

— ¡El alma de la cortesana! — exclamó el poeta enardecido. — Los moralistas de profesión no creen en ella y los legisladores tratan de reglamentarla como han reglamentado ya el alma del funcionario. «Es un alma falsa» — dicen los escépticos... En realidad es un alma como todas las almas, incomprensible y multiforme, buena y mala, generosa y egoísta, alegre y lamentable, cobarde y heroica; una pobre alma humana que sufre, que desea, que cree y que anhela. Es un alma de poeta... ¡Las cortesanas de la antigüedad!... No sólo no las desprecio, sino que las venero. En sus salones encontraron mis abuelos los poetas, un refugio tibio y perfumado para cultivar sus ensueños. Sus lechos fueron hospitalarios para los artistas sin fortuna. Sus ojos inspiraban madrigales y sus blancas manos sabían vender las más crueles heridas del corazón... Piense usted en Thais, en Lais, en Marión.

Moviendo la cabeza con amargura, Violeta respondió:

— Sí... las antiguas... las «locas» de su cuerpo... Pero no me hable usted de la cortesana moderna, de la loreta, de la cocota, de la vorágine que considera sus encantos como una colección de piedras preciosas y que pone tienda de besos á precio fijo... No me hable usted de

esas mujeres que saben contar, que saben calcular, que carecen de fantasía y de locura, que son comerciantes más ó menos ricas, más ó menos pobres, y que juegan metódicamente á la Bolsa de la Lujuria, como banqueros...

Para no caer de nuevo en personalidades, hablaron de otra cosa.

Muy á menudo la conversación recaía sobre la pobreza.

Luciano decía:

— ¿Qué importa la pobreza? — Todos los grandes poetas han sido pobres al principio y luego ricos, muy ricos... Yo seré rico, más tarde.

— Sí, lo será usted.

Violeta, en efecto, tenía confianza en el porvenir de su amigo: estaba segura de que, andando el tiempo, sería académico y autor á la moda... pero ¿y entre tanto?

Un día se lo dijo con franqueza:

— ¿Y entre tanto?

— ¡Ah!... Entre tanto lo que Dios quiera... Yo no soy exigente y un puestecillo en cualquier periódico, para esperar, no es cosa imposible.

— Es muy fácil... mas hay que moverse... ¿Quiere usted que yo hable con algunos directores amigos míos?

— No, no; de ningún modo, muchas gracias...

A pesar de su amistad fraternal con Violeta, Luciano no podía hablarla de cuestiones de dinero, sin ruborizarse y sentirse humillado.

Violeta insistió:

— Yo conozco mucho al director de *El Fígaro*... Deme usted un artículo para llevárselo en su nombre... Porque lo que se necesita es dar el primer paso.

— No hablemos de eso... Si me habla usted así, no vuelvo á verla.

— Prefiero que usted no me vuelva á ver y que esté usted bien.

— Yo no lo preferiría.

— Porque usted es muy egoísta.

Y realmente lo era. Tenía el egoísmo de sus amistades y hasta sentía que Luis fuera dichoso al lado de Sonia, porque iba á verle con menos frecuencia.

— Colombina nos ha separado — decía. — Colombina me roba la mitad del corazón de Luis y aunque él lo niegue, sé que ya no me quiere como antes.

— En cambio — respondíale Violeta — hay otros que le quieren á usted más cada vez.

— ¿Otros?

El poeta sonreía con escepticismo. — La única que le quería, era ella; pero no como él lo hubiera deseado... Le quería con cariño y con admiración, como á un hermano mayor; y él quería ser querido de otro modo: con toda el alma, con todo el cuerpo, de un modo absoluto... ¡Eso era imposible! Muchas veces, cuando en los instantes de expansión cogía entre las suyas las manos de la actriz y las cubría de fogosos besos, ella se mostraba más resignada que contenta.

— Usted no me quiere como yo la quiero á usted — decía á menudo.

Ella respondía llamándole «niño» y estrechándole cariñosamente las manos...

XVIII

Al despedirse, por la noche, en la puerta del café que les servía de punto de reunión, Sonia dijo á Luciano:

— ¿Quieres venir mañana conmigo al hospital? Matilde me pregunta muy amenudo por tí, y dice que no se quiere morir sin verte.

— Yo también tengo grandes deseos de verla... pero mañana... ¿qué día es hoy?

— Miércoles.

— Está bien: vamos mañana. Espérenme ustedes aquí, á la una. ¿Vienes tú, Luis?...

— Sí; yo no me separo nunca de mi Colombina — repuso Pierrot.

Al entrar en su casa, Luciano pensó en todo lo que tenía necesidad de hacer al día siguiente, y para no olvidarlo, fué apuntándolo en un papel: «á la una al hospital... á las tres pasar al *Gil Blas* á tratar de colocar un artículo... á las cinco ir á buscar á Blémont que por una de esas casualidades incomprensibles habia logrado que Hachette le comprase sus *Poemas Primitivos*... luego comer con un actor que quería que le modificase una escena de su papel.»

«¡Quién tuviera un carruaje!» pensó el poeta, metiéndose en la cama y sintiendo de antemano la fatiga de sus futuras diligencias.

Luego, ya envuelto entre las sábanas, cuando se disponia á leer algunas páginas de un libro nuevo, recibió, sin extrañeza, la visita de la imagen de Violeta. Con mucha cortesía dirigióse á la sombra blanca de la actriz, y la ofreció una de las dos sillas de su estancia: «¡Siéntese usted, señora!» Pero ella no quiso sentarse; era una sombra muy íntima, que tenia la costumbre de meterse en su cama, al lado de él. «¡Muchas gracias!» murmuró el poeta, sintiendo un sabrosísimo escalofrío en todo su cuerpo joven.

Un largo silencio reinó en su mente.

Al cabo de muchos minutos, continuó pensar

do: «¡Es extraordinario lo que me pasa!... Violeta viene á verme por las noches... se mete en mi cama... me toma la diestra... me incendia... ¡y luego me habla como á un hermano! Yo también la quiero fraternalmente... pero no á todas horas... Y es ella la que tiene la culpa de que en mi cariño haya por lo menos tanto de cuerpo como de alma... ¿Para qué me contó que había sido modelo?... ¿Para qué me hizo la confesión de su vida horizontal?... Todo eso me ha hecho ver que hay en ella algo más que una mirada y una sonrisa. .»

Burlándose, enseguida, de sí mismo, murmuró:

«¡Puesto que eres mi hermana, ¡oh sombra! déjame leer y conténtate con acariciarme la mano!...»

¿Leer? ¡Imposible!... La imagen de Violeta le acariciaba la mano, nada más que la mano; pero la caricia resbalábase sutilmente á lo largo del brazo, subía hasta el pecho y se extendía, al fin, por todo su cuerpo, llenando su epidermis de picaduras exquisitas.

«¡Oh sombra!... Sombra adorable y mimosa, dime cómo haces para apoderarte de mí sin permitirme que yo te posea!... Tú eres mi dueña y yo no soy el tuyo. Una formidable injusticia reina en nuestra amistad... ¿Nuestra amistad? La mía no es sólo amistad: es algo más y algo mejor: es cariño, es simpatía, es ternura... Vas á decirme que todo eso lo sientes tú por mí... Muchas gracias, sombra... Pero mi cariño no es respetuoso como el tuyo, y en ciertas ocasiones llega á ser irreverente hasta el punto de levantarte las faldas... ¡Oh, no te ofendas, puesto que en el fondo la culpa es tuya!... ¿Por qué tienes faldas, oh sombra?...»

Un nuevo silencio voluptuoso... Luego:

«¿Dices que no lea, que te atienda, que te diga mis secretos?... Está bien. Obedecerte como un esclavo, es para mí el más dulce de los placeres; habla con tus labios invisibles, con tus labios avaros de besos, y dime tus caprichos, que para mí son órdenes... ¿Nada más?... Mis secretos son todos tuyos... menos uno que no quieres oír ó que no sabes comprender: el secreto de mi Deseo... ¿Te ruborizas?... Perdóname, entonces ¡oh sombra!... Pero en verdad ¿por qué tienes un cuerpo que fué en otro tiempo de todo el mundo?... La idea de que muchos hombres, que ni siquiera eran poetas, hayan acariciado tu seno, me hace desear acariciarlo yo también... Es una idea vulgarísima, ya lo sé; pero es una idea y todas las ideas son sagradas... ¿Dices que tu cariño fraternal vale infinitamente más que lo que en otro tiempo dabas á los hombres? ¿Quién lo duda, ¡oh sombra adorable y adorada!... Solo que yo... ¿Me tapas la boca con tus manos perfumadas y ardientes? Está bien... Ya no podré hablar, pero siempre sentiré el calor de algo tuyo sobre mis labios... ¡Buenas noches, oh sombra!»

... Y divagando así, sobre sus sentimientos y los sentimientos que él creía ver en su amiga, el poeta se quedó dormido, acariciando en sueños, la blanca imagen que se abandonaba entre sus brazos...

XIX

El ensayo había terminado lo mismo que todos los días, y, lo mismo que todos los días, Violeta buscaba, entre los cojines blandos de su diván, una postura propicia á la charla y á

la molicie. Sentado, junto á ella, en un taburete muy bajo, y apoyando los codos en el borde del sofá, Luciano parecía más triste que de costumbre.

— Hoy está usted de mal humor — le dijo la actriz... — está usted de mal humor y yo sé por qué.

— ¿Por qué? — preguntó el poeta.

— Porque ningún director de periódico ha ido á buscarle...

— No; no es por eso.

— Entonces es porque se ha peleado usted con su novia...

Luciano comprendió que lo que su amiga descaba, al hablarle como á un chiquillo, era obligarle á sonreír. Haciendo un esfuerzo, sonrió.

— ¿No es por eso?

— No; tampoco es por eso. Estoy de mal humor sin saber por qué, sin causa ninguna, porque me he levantado así. Pero mi mal humor no se opone á mi dicha y en el fondo estoy tan contento como ayer y como todas las mañanas en que tengo el gusto de hablar con usted.

— ¿Serán verdades todas esas mentiras?

— Sí lo son, Violeta.

La actriz hizo un movimiento brusco para acostarse por completo. Su peinador blanco, enganchándose en el extremo de un cojín, arremangóse, dejando ver sus pantorrillas finas y redondas.

— ¿Me hace usted el favor de tirarme la falda?... Mi pereza es tan grande como su mal humor...

Luciano no se movió, y con las pupilas dilatadas y fijas, siguió contemplando la pierna descubierta, hasta que, al cabo de algunos segundos, púsose de pie y cogió su sombrero.

— ¿Se marcha usted tan pronto? Hoy justamente iba á pedirle á usted que me hiciese el favor de acompañarme á almorzar, porque René almuerza fuera de casa.

— Es imposible. Luis y su mujer me esperan á la una para hacer una visita.

— ¿De etiqueta?

— No; vamos á visitar á Matilde que está en el hospital.

Violeta no sabía que Matilde estuviese enferma, ni menos aún que hubiera tenido que pedir auxilio á la asistencia pública.

— ¡En el hospital! — exclamó. — Y yo que la creía tan buena y tan sana, en Montmartre!... ¿Me quieren ustedes llevar?... Yo también deseo ver á Matilde... Yo no soy orgullosa...

Luciano no encontraba cómo decirle «que no,» que «era imposible,» que «él no podía llegar á ver á una antigua querida suya del brazo de una mujer bonita y joven.» — Buscando un pretexto, guardaba silencio.

— ¿Me llevan ustedes?... En un momento estaré lista... ¡Pobre Matilde!... ¿Por qué no me contesta usted nada?...

— Porque me parece que usted no debe venir... que tal vez á la enferma no la gustaría que una amiga rica la encontrase en la miseria... ¡Son tan vanidosas las mujeres!

— ¿Por eso?... No; Matilde no es tonta, y puesto que usted puede ir...

Luego, viendo la impasibilidad de su amigo:

— A menos que usted tenga con ella mucha intimidad.

Luciano sonrió con malicia. Había reservado, por delicadeza, algunos de sus secretos ante la actriz, y nunca, en sus charlas confidenciales, la había contado sus aventuras amorosas.

— ¿Tiene usted mucha intimidación con ella? — preguntóle de nuevo Violeta.

El poeta respondió al fin:

— Matilde ha sido mi querida, en efecto, y si á pesar de mi pereza me decido hoy á visitarla, es porque me ha mandado decir que no quiere morirse sin volverme á ver. ¡Fúnebres niñerías!...

— ¡Ah!... En ese caso hace usted muy bien.

— ¿No es verdad que hago bien? Si me viera al lado de usted, podría figurarse que no somos únicamente amigos.

— No tenga usted cuidado de que le comprometa. Vaya usted solo.

El hablaba con sencilla sinceridad; ella con cólera irónica

— Hasta mañana.

— ¡Adiós!

Pero cuando el poeta había abierto ya la puerta de salida, su amiga le llamó de nuevo, con voz imperativa y descompuesta:

— ¡Luciano!...

— ¿Quiere usted algo? — preguntóle el poeta, con una sequedad á mitad natural y á mitad fingida.

— Sí — le respondió ella. — Siéntese usted un minuto aún.

Y mirándole con los ojos entristecidos, preguntóle:

— ¿La quiere usted mucho?

— ¿Por qué me interroga usted así? Cualquiera que no conociese la naturaleza puramente fraternal de nuestras relaciones, se figuraría que estaba usted celosa. ¿Qué interés puede usted tener en que yo quiera ó no quiera á una mujer?

— Dígamelo usted francamente: ¿la quiere

usted aún? ¿La quiere usted más que á mi? ¿Sí ó no?...

— La pregunta de usted me hace pensar en Sonia que se pasa la vida preguntándole á Luis si la quiere más á ella que á su madre. A usted la quiero muchísimo, Violeta; usted es, para mí, la mejor y la más dulce de las hermanas; mi amistad por usted es verdaderamente fraterna.

— ¿Nada más que fraternal?...

La pobre actriz, cegada por su repugnancia pasajera contra la carne, habíase acostumbrado á creer que su cariño hacia Luciano era el más puro, el más casto, el más ideal de los cariños. Gustábanla los ojos, la boca y los cabellos del poeta; pero ella se imaginaba que no era eso lo que inspiraba su simpatía, sino otras cualidades más íntimas, como la sentimentalidad y el ingenio. Creíale un amigo, nada más que un amigo... Y de repente, al saber que había tenido otra querida, que la tenía aún y que podía quererla todavía, la sensualidad latente de su cariño estallaba á pesar suyo en frases brutales é ingenuas. La parisiense instintiva y apasionada, rompía su corteza artificial. Comprendiendo, al fin, el misterio de su alma, echóse á llorar, sollozando, en frases entrecortadas y nerviosas, la profunda tristeza de su desilusión.

— Es cierto... yo no tengo derecho... ningún derecho... yo no soy más que una amiga... como cualquiera... como un hombre... yo soy la que siempre parece fría... la que no es mujer... no como Matilde...

Sacudido por un estremecimiento de voluptuoso orgullo, el poeta se sentó al lado de Violeta, estrechándola entre sus brazos, besándola

los cabellos, oprimiéndola contra su pecho, y diciéndola lo que había en el fondo de su alma:

— ¡Violeta! ¡Violeta!... mi amor... te adoro... Yo soy el que sufro desde hace mucho tiempo; desde que un día, ¿te acuerdas, Violeta?, senti cerca de mis labios tus labios ardientes y equivos... Tú no sabes, ni puedes siquiera figurarte, los esfuerzos que hago á cada instante para no gritar, ante todo el mundo, la intensidad de mi amor, el fuego de mi deseo, la fiebre de mis anhelos... Te adoro... Te adoro...

La actriz había cesado de sollozar, y con los labios entreabiertos, bebía las palabras del poeta. Sus ojos, aún húmedos, estaban constelados de puntos luminosos que nadaban sobre las lágrimas. Dos pliegues profundos, bajaban de su nariz á las comisuras de sus labios, dando á su rostro un aspecto de enfermiza lividez.

Luciano continuó:

— ¡Me hablas de Matilde!... Matilde fué para mí, en otro tiempo, un consuelo momentáneo, una mano tendida para ayudarme á atravesar el espacio de una noche... nada más. Hasta hoy no he querido á ninguna mujer; y si no ignoro lo que es el amor, y la locura del amor, y la ventura del amor, y la amargura del amor, es porque lo he adivinado contemplando tus labios y tus pupilas... ¡Ah, Violeta!... Dicen que todas las mujeres á quienes no hemos poseído, tienen, para nosotros, algo de vírgenes. En ti, sin embargo, yo encuentro ahora á la antigua, á la única mujer que he amado. Anoche mismo te senti en mi lecho y me dormí acariciándote con mi aliento de fuego y dejándome acariciar por tu aliento perfumado...

Siempre silenciosa, Violeta apoyó su boca contra la boca de su amigo, en un beso de ar-

diente languidez... Enseguida quiso hablar, pero apenas acertó á decir el nombre del poeta:

— ¡Luciano!...

... Un «Luciano» murmurado con tal ternura, con tal amor, con tal abandono, que parecía surgir de lo más profundo de su alma y de su sexo.

— ¡Luciano!...

Al cabo de algunos minutos, volvió á hablar; dijo: «Luciano» de nuevo, varias veces; y al fin le preguntó, con una sonrisa en que hubo algo de la melancolía de un rayo de sol en un cielo lluvioso:

— ¿Vas á ver á Matilde?

— No, mi Violeta, no...

XX

Durante más de una semana, la vida de Violeta y de Luciano fué un idilio sin fin. Las charlas matinales se prolongaban, sobre el diván propicio á los besos y á las ternuras, en la penumbra tibia del boudoir.

Un lazo tiránico de voluptuosidad, les unía, haciéndoles creer que todo el universo comenzaba y terminaba en ellos, y que fuera de ellos sólo existían el Fastidio y el Dolor.

A veces, apoyada en la baranda de su ventana, viendo con indiferencia la animación de la vida exterior, Violeta se extrañaba de oír risas y palabras alegres. «¿Cuál podía ser la causa de semejante goce?» No siendo su amor, ningún sentimiento humano antojábasele digno de producir la alegría en un alma joven y ardiente.

El propio René, desaparecía á su vista, esfumándose en la monotonía de la vida común,

cual una sombra sin alma. ¡Pobre René! Luciano era muy amable con él, le corregía sus escritos, le hacía sonetos y le acompañaba á las redacciones. Violeta, por su parte, había cesado de odiarle. En su alma los malos sentimientos no tenían ya cabida. Era un alma demasiado llena de bellos ideales, para poder fijarse en todo el mundo.

Muy sinceramente, la actriz decía al poeta:

—Tú eres el único hombre que ha logrado despertar mi corazón. Antes de conocerte, todo lo que hay en mí de sensible estaba aún virgen... Eres mi primer amante, mi único amante...

Y en efecto lo era, aunque no en un sentido tan noble.

El estudiante de medicina, que muchos años antes, la iniciara en los misterios sensuales, no había sido, para ella, sino un mensajero del Acaso enviado para ayudarla á escaparse de la jaula en que sus padres la encerraban. De sus primeras caricias, solo conservaba un recuerdo muy vago de violencia y de repugnancia física. Luego los nombres de sus demás amantes del barrio latino, confundíanse en su memoria, dejando apenas flotar, en sus noches de nostalgia, algunos ojos azules, algunos bigotes conquistadores y algunas bocas glotonas, imágenes todas incompletas y brumas del naufragio y de sus primeras aventuras.

...Sin duda, á muchos de esos chicos cuyas imágenes huían de su recuerdo, habíales querido con caprichos apasionados, durante toda una semana; pero por encima de esos caprichos había sentido siempre la grandeza de su amor artístico del Teatro y de la Gloria.

A Luciano le conoció cuando ya la gloria era

suya; cuando ya la riqueza le pertenecía; cuando figurábase no desear ya nada.

Para hacerse comprender á sí misma la intensidad de su nuevo amor, decíase que «le quería más que á su arte,» sin fijarse en que el teatro no era ya para ella la pasión absoluta y dominadora que llenara, en otro tiempo, cuando todavía no era sino una ilusión dorada, todo su cerebro y toda su alma.

«¡Le adoro más que á mi arte!» — repetíase; — pero no se confesaba que á su arte ya no lo adoraba tanto... ¿Podíalo acaso saber?...

Lo único que la parecía extraño, era la rapidez con que brotara, casi repentinamente, en su corazón antes dormido, la nueva pasión por un hombre. «¡Fué un día de repente!» pensaba.

En realidad, ese día no había sido sino el resultado de muchos días anteriores, de una larga cristalización y de un cultivo sentimental insensiblemente hecho. — Luciano la gustaba. Ella no sabía cómo la gustaba Luciano. Una mañana lo había sabido al fin. Pero su amor, hecho de admiración por el talento, de cariño por el hombre, de lástima por el bohemio; alimentado por frases galantes de la charla cotidiana y por las palabras fogosas de los ensayos; monumentalizado en el secreto de su alma aburrida por las comparaciones — su amor ya hecho y ya maduro para los besos, existía mucho antes de que ella lo supiera.

— «¡Es mi primer amante» suspiraban sus labios, con fruición y extrañeza.

· · · · ·
Sí, Violeta; es tu primer amante. Todos los amantes á quienes se adora, son primeros amantes. El primero, en amor, es siempre el último...

No me interrumpas... Tus razones me conven-
cerían menos que tu sonrisa... Dices que le adoras,
porque le prefieres á tu gloria y á tu arte. Eso casi
no es un argumento. Le adoras porque todo, á su
lado, te parece más bello; porque el sol que ilumina
vuestros idilios te parece admirable y porque la
sombra que os envuelve en la alcoba y hace más
estrechos aún vuestros brazos, te parece más
admirable que el sol... Le adoras porque sus
caricias te embellecen; porque tus senos, entre
sus labios, florecen con palpitaciones nunca
sentidas; porque á su lado deseas olvidarlo todo
y desfallecer eternamente en el espasmo que
sus besos te producen... Le adoras sin saber por
qué, y por eso le adoras.

...¿Dices que tu amor será eterno?... No digas
nada, Violeta. Cada juramento inútil, se lleva
un pedazo de vuestro amor... Dile, no más,
frases incomprensibles, de las que brotan del
sexo enloquecido cuando la razón no existe, en
el minuto supremo de placer; dile cosas que no
signifiquen nada; háblale para hacerle sentir
sin comprender; murmura, á su oído, palabras
que sean suspiros, y que sean besos, y que sean
sollozos... El argumento supremo del amor, es
el beso. Violeta... Bésale eternamente con tus
labios adorables y adorados...

XXI

Luciano había tenido algunas pasiones. ¿Quién
no las ha tenido á los veinticinco años, viviendo
en el Barrio Latino y siendo poeta? Había
tenido pasiones de una noche y de una semana.
Para tenerlas más largas, lo único que le
había hecho falta era el dinero.

¡El dinero! Hablar de dinero al hablar de

amor, resulta muy chocante. ¿No es verdad, señorita? Sin embargo, en París, como en el fondo del Africa, es necesario hablar siempre de dinero. Luciano hubiera sido feliz ó por lo menos se figuraba que lo habria sido. Las muchachas de quienes él se enamoraba, á principios de mes, cuando recibia la humilde pensión de su familia, querianle, al principio, comiendo bien; querianle enseguida comiendo mal, y al fin, no comiendo, dejaban de quererle. La culpa no era ni de ellas ni de él, sino del dinero.

Matilde misma, con todo de ser la más fiel de sus amigas, no iba á verle sino después de haber comido en compañía de algún otro.

Sin embargo... una vez...

El poeta pensaba amenudo en esa aventura que le habia hecho comprender la diferencia que hay entre las ideas y los sentimientos.

... Una vez, en un café de Montmartre, ya muy tarde, una mujer se habia sentado frente á él y se habia hecho servir una botella de Champaña. Era una rubia muy pequeñita, muy menuda, muy fina, con manos de princesa del Bosque Durmiente, con labios de figurina de Sajonia y ojos de muñeca parisiense. Era muy lujosa también; su traje de seda color de perla, sus joyas pesadas y vistosas, las plumas de su sombrero, sus guantes, todos los detalles de su toilette, en fin, hacian ver que el dinero abundaba en sus faltriqueras. Al cabo de algunas miradas, habian charlado; después de charlar media hora, habianse querido... Al dia siguiente, se habian querido de nuevo. Luego habian tenido confianza; y ella, agrandando mucho los ojos, le habia ofrecido... ¡oh, muy finamente, sin ofenderle, sin decirle la menor indiscreción!... le habia ofrecido mantenerle.

«¿Por qué no acepté?» — preguntábase Luciano en los momentos de cólera. — «El dinero no tiene ningún valor y el hombre que recibe los labios de una mujer y que luego rehusa su dinero, la ofende haciéndola ver que da más valor á lo que en realidad no tiene ninguno (el metal), que á lo que lo tiene muy grande (los besos).»

Pero la verdad es que no había aceptado y que hasta se había sentido humillado por ella.

«Cosas de niño» — pensaba; — sin agregar que el hombre es siempre un niño.

Después de esa aventura, nada ó casi nada: muchachas ligeras, sin ideas artísticas y sin camisas de batista; noches de borrachera pasadas en cuartos algo sucios; aventuras de una hora en habitaciones de alquiler... nada de durable.

Al penetrar en la intimidad de Violeta, lo que más le había impresionado era el lujo, los ricos perfumes de su alcoba, la abundancia de sedas, de batistas y de encajes en sus vestidos íntimos; el esplendor discreto de sus joyas, otros muchos detalles, en fin, que á sus ojos embellecían y completaban á la mujer. Luego habíase sentido lleno de entusiasmo por su ingenio. Por último, había perdido en absoluto, la noción de su sentimiento admirativo y había comenzado á «cristalizar», enamorándose seriamente.

Luciano sí habría podido decir que Violeta era su primer amor y que al llegar á su lecho estaba aún virgen de grandes locuras eróticas y de refinamientos completos... No lo decía, sin embargo, porque los hombres prefieren hacer creer que lo han saboreado todo.

XXII

Una noche, al salir del teatro por la puertecilla reservada de los artistas, Luciano y Violeta oyeron pronunciar sus nombres en alta voz, de lejos, como si alguien les llamase. Para no tener que hablar con nadie y también por un temor muy vago de que René los viera, apresuraron el paso.

El que de lejos les llamaba era Luis, que tuvo necesidad de correr detrás de ellos.

— ¡Pero cuánto corren ustedes! — dijoles al alcanzarles.

Luego agregó, con satisfacción:

— Acabo de insultar á Durán!

Los enamorados se espantaron, temblando por la tranquilidad de su idilio. «¡Insultar á Durán!»... ¿Qué había sucedido?... «¿Tenía el amor de Luciano algo que ver en la disputa?...»

La actriz fué la primera en interrogarle con franqueza:

— ¿Habló de nosotros?... ¿Sabe algo?

— No — repuso Pierrot, furioso é indignado — no sabe cosa alguna, porque es ciego... Y yo se lo dije, sin embargo; le dije «cornudo», le dije «imbécil»... no sé cuántas verdades más le dije... Figúrense ustedes... Pero aquí en la calle no podemos hablar: vamos al café... yo les invito, y ustedes pagan porque se me ha olvidado el portamonedas...

Luis seguía hablando, camino del café:

— Es una costumbre fatal, esa mi costumbre de olvidar el portamonedas... Un hombre sin portamonedas, vale menos que una mujer: no vale nada... aunque tenga genio... Yo tengo

genio... confiésenlo ustedes: ¿tengo genio?... Si... pero no tengo portamonedas... ¡Y qué linda está la luna!... ¡buenas noches, luna!... ¿No me reconoces?... Soy yo, tu Pierrot, el amante de Colombina, el albo enamorado silencioso que se viste con los retazos de tu manto flotante... ¿No quiere oírme?... No importa... Sin embargo somos amigos y hemos dormido juntos, en las calles solitarias, cuando mi patrona me ponía de patitas en la puerta, por esa endemoniada costumbre de olvidar el portamonedas...

Luciano comprendió que su amigo estaba borracho.

—Hoy no has comido solo—le dijo.

—¿Yo?... ¿comer solo? No... si no he comido... se me olvidó, se me pasó la hora... por buscar á Colombina...

Colombina, Colombina,

Mi divina.

¿Dónde estás, quién lo adivina

Colombina,

Si eres más fluida y más fina

Que la misma Melusina?

¿No me esperas en la esquina?

Dilo pronto, Colombina,

Dilo pronto, que se arruina

Mi alma débil y mezquina

Por buscarte como mina

De diamantes de la China;

Colombina,

Mi cochina,

Mi adorada Colombina...

¿No oyes ya mi mandolina

Colombina?

¡Colombina, Colombina!

Una carcajada estridente remató su loca improvisación.

Después dijo, con una confianza enternecedora:

—¡Qué tontos nos ponemos, los enamorados!

Violeta le sentó junto á ella, en el café, preguntándole de nuevo cómo había sido su disputa con Durán.

Pierrot se comió un sandwich. Luego se comió otro. En seguida dijo:

—Aseguran que el hombre es mejor después de comer, pero lo cierto es que yo me siento ahora más malo que nunca, y que si encontrara á Durán... Porque les está poniendo á ustedes en ridículo y les está deshonrando con asegurar que tú le quieres mucho, Violeta, y que cuando él tiene sueño, no le dejas dormir, á fuerza de caricias.

Pálido y encolerizado, Luciano interrumpió á su amigo diciéndole que no sabía lo que hablaba.

—¿Que no sé lo que hablo?—continuó Pierrot —¿que no sé lo que hablo?... Bueno... pues vas á ver si sé ó no sé lo que hablo... Esta noche vino René á la redacción del *El Siglo* para hacer anunciar su comedia en un suelto de gacetilla en que no aparecía tu nombre para nada... «La pieza de nuestro colaborador don René Durán se anuncia como un verdadero acontecimiento...» Y nada de Gramont... á Gramont que se lo coman las ratas... Entonces, maliciosamente, yo le pregunté por tí, y él, muy ladino, torció la intención de mi pregunta diciéndome que estabas en el teatro como representante suyo en los ensayos. «¿Está solo?» —le dije. «No —me contestó,— está con Violeta.» Sin poder contenerme, me eché á reír.

Violeta escuchaba sin pestañear, visiblemente impresionada.

Luciano exclamó:

— Eres el más indiscreto de los mimos y el más charlatán de los confidentes. Te suplico que de hoy más no vuelvas á mentarnos ni á Violeta ni á mi en las redacciones. En cuanto á la comedia, ojalá pudiera quemarla... ¡La aborrezco y Violeta también la aborrece!...

— Bueno; espera... René Durán, herido por mi risa y por las sonrisas que me hicieron coro, comenzó á hablar de las mujeres y dijo que á él le querían mucho todas, todas, todas. Los compañeros se burlaban de él, obligándole á decir nombres y á precisar detalles. Habló de la Lola, una Lola que era muy celosa; habló de Noé, la cantora, que era muy ardiente... Enseguida, palabra por palabra, dijo: «También Violeta es muy ardiente, lo que no siempre me gusta. ¡Qué demonio! Los artistas necesitamos á veces pasar las noches tranquilos, y con mi querida es necesario estar siempre dispuesto á dejarse besar!»

Luciano tenía los ojos fijos en Violeta. La palpitación de sus labios secos, denotaba su emoción. Sus manos estrujaban febrilmente el extremo del mantel.

Ella comprendió que era inútil hablar en ese momento, pues sus palabras habrían provocado nuevas revelaciones de Luis; y triste, no por sí misma, sino por la tristeza que adivinaba en Luciano, bajó la vista, en silencio.

Luis siguió hablando: contó su disputa; juró que había dicho á René que era un embustero; que René le había dado una tarjeta y que él la había roto.

Enseguida se enterneció:

— ¡Pobres queridos! — dijo á sus amigos. — Yo no les envidio á ustedes, porque ustedes tienen

que sufrir muchísimo con ese Durán... Y todo ¿por qué? Porque á ustedes se les ha olvidado también el portamonedas... Al fin y al cabo, cuando á mí se me olvida durante muchos días seguidos, lo más que me pasa es que Colombina se me escape para irlo á buscar en otra parte... muy lejos... á la luna. Mientras que ustedes... Después de todo, hacen bien en ser prudentes, porque si vivieran juntos, sin portamonedas, acabarían por aburrirse el uno del otro como Colombina se aburre de mí.

Luciano se puso al fin de pie, diciendo:

— Espérame aquí, Luis, voy á acompañar á Violeta y vuelvo enseguida...

Ya solos, en la calle mal alumbrada, los amantes anduvieron en silencio durante algunos instantes. Ella esperaba que la dijeran algo. El quería que fuese ella la primera en hablar.

La luna resplandecía tenuemente, medio escondida por una nubecilla sin color y sin forma. De trecho en trecho, oíanse los pasos monótonos y pesados de los guardias de orden público. Una tristeza infinita envolvía á París en un manto de bruma helada.

Los amantes se encontraban ya cerca del Luxemburgo, y aún no habían despegado sus labios rencorosos.

Al fin fué ella quien murmuró:

— Ya vamos á llegar.

— ¿Es todo lo que tienes que decirme? — preguntó él.

— Sí; todo...

No pudiendo contenerse, Luciano oprimió el brazo de su querida, llamándola miserable.

— Sí; miserable... más miserable que todas las mujeres del mundo... Miserable hasta el punto de engañarme con...

Violeta le interrumpió haciendo muy suave y muy melancólica su voz:

— Luciano — le dijo: — Tus palabras no me irritan, ni siquiera me hieren. Son las palabras que esperaba. Si me hablastes de otro modo, creería que no me amas, y sería desgraciada. Veo que padeces y tu padecimiento me proporciona un goce inmenso, porque es la prueba de que me adoras. Yo también te adoro, Luciano. Hacerme ver que René mentía al hablar de mí, sería muy fácil; pero no quiero. Lo que quiero es verte celoso, contemplar tu amor convertido en cólera, saber que nada, en mí, te es indiferente... Maltrátame, si gustas...

Luciano se acercó á ella y enlazándola por el talle, la pidió un beso.

— No — repuso ella — no. La locura de los celos podría hacer que sintieras aún, en mis labios, el sabor de otros labios... Déjame... Entre lo que Luis nos dijo esta noche, hay algo que tiene más importancia que las imbecilidades de Durán... Recuerda todas las palabras de tu amigo y dime francamente si me quieres más que todo el mundo, si serías capaz de quererme eternamente, de cualquier modo, en cualquier parte...

— Violeta ¿por qué me preguntas eso?... Yo te adoro y soy tuyo... Sin ti, prefiero la muerte... te lo juro.

— ¿Quieres que sea tuya para siempre, que abandone el teatro, que abandone á René, que lo abandone todo por ti?...

— Abandonar todo esto por mí, sería entregarte á la miseria...

— Espérame en tu casa mañana...

— ¿No me das un beso antes?...

— Espérame mañana...

Al entrar en su casa, Violeta se sintió sola, más sola que nunca, como si estuviese en una de esas inmensas mansiones de ensueño en que viven los héroes visionarios de las novelas de Dickens. Nada de lo que veía á su alrededor inspirábala el sentimiento afectuoso que producen los muebles familiares, los sillones que nos han ayudado á meditar, los veladores en los cuales hemos apoyado los brazos fatigados, los divanes hospitalarios, todo lo que prolonga nuestros recuerdos, conservando, entre sus pliegues ó en sus junturas, el polvo sutil de nuestras intimidades.

No... ¡nada!.. Esos muebles no decían nada á Violeta. Abandonarlos, no era para ella un sacrificio... Estaba dispuesta á abandonarlos y á abandonarlo todo, para ir á vivir, en la boharedilla de su amante, la vida deliciosa y miserable del amor pobre y exclusivo.

Las frases de Luis, hacíanla sonreír. «Cuando los enamorados pierden su portamonedas dejan de quererse.»—Ella quería perder su portamonedas; quería perder su gloria; quería perderlo todo. Su alma de eterna bohemia, anhelaba volar nuevamente con su vuelo caprichoso y libre. Quería vivir la misma existencia de Luciano, y no comer sino cuando él comiera. Juntos serían dichosos á pesar del mundo.

Para que no la acusaran de informal, ó para que vieran que su decisión no era el resultado de una locura, sino un acto previsto y calculado, propúsose escribir á René y al director de su teatro. Abrió su armario para buscar papel y plumas. Los encajes que llenaban los estantes, atraieron su mirada. Nada de eso era de ella, sin embargo: todo pertenecía á Durán...

allí se quedaría... Lo único que si le pertenecía á ella, era un collar de perlas que tenían un gran valor y que un millonario ruso le había enviado en su primera función de beneficio. Se lo puso; quitóse en seguida su traje de seda y dejando libres sus hombros comenzó á escribir.

Para René: «René, amigo mío: comienzo pidiendo á usted perdón por la herida que su amor propio sufrirá mañana leyendo estas líneas de despedida. Me voy porque estoy enamorada de Luciano Gramont. Luciano es mi amante desde hace muchos días. Nos adoramos, y siendo pobres seremos felices. No me busque usted, porque sería inútil. Su vanidad tendría que sufrir más de una respuesta desdeñosa ó brusca ante todo el mundo, que de la resignación discreta que le aconsejo. Ni Luciano ni yo somos ingratos y cuando usted desee gozar del espectáculo de dos amantes que se adoran, se lo ofrecemos á usted en nuestra casa que es también suya... Además Luciano le regala á usted toda su comedia. Adios, René. Su amiga, *Violeta de Parma.*»

Para su director: «Estimado amigo: Por razones muy graves vengo á presentar á usted mi renuncia. Le ruego á usted que me la acepte, pues de lo contrario tendría usted que despedirme dentro de poco tiempo á causa de la mala voluntad con que representaría mis papeles. Durante algunos meses, quiero alejarme del teatro; luego tal vez volveré á pedir á usted un puesto en su establecimiento. Mis compañeras desean mi papel en la comedia de Durán: dêselo usted á Rosa, que es la mejor de ellas. Hasta luego; muchas gracias por todo; y crea usted que es siempre su amiga de corazón,—*Violeta.*»

Cuando Violeta hubo acabado de escribir, escogió, entre sus trajes, uno muy modesto de paño azul y se lo puso. Asomóse en seguida á la ventana y vió que á lo lejos, entre la bruma gris, los rayos del sol comenzaban á barrer la oscuridad del horizonte. Un soplo fresco y perfumado subió hasta ella, del Luxemburgo, ensanchando sus pulmones. Su alma sentía la dicha activa de las mañanas de viaje. Parecíale que, después de haber vivido mucho tiempo en una ciudad extraña, iba por fin á volver á su aldea natal; y la imagen de Luciano agrandóse en su imaginación, hasta convertirse en la imagen de toda una familia.

«¡Cuánto te quiero!»—se dijo.

En ese instante no le quería como á un hombre, con amor sensual y tiránico, sino tiernamente, con sentimiento de pasión platónica, como á un hermano que fuese al mismo tiempo un esposo... «¡Cuánto le quiero!»

Los celajes dorados del crepúsculo, iban subiendo, poco á poco, con un estremecimiento de suave claridad que hacía palpar sus espirales é hinchaba sus curvas voluptuosas. Un murmullo de ramas vecinas que parecían temblar al despertarse acariciadas por la brisa matinal, interrumpía, con breves intervalos, la dulce paz del amanecer. A medida que las ondas claras invadían el vasto jardín del Luxemburgo, las amapolas surgían, entre la hierba pálida de las platabandas, en las vidrieras de los invernaderos, cual inmensas manchas de sangre...

Apoyada en el barandal de la ventana, Violeta seguía sonriendo ante sus ensueños de modesta ventura por venir.

...«Serían dichosos... se pasearían agarrados

de las manos cual dos niños... vivirían el uno para el otro, alejados del mundo entero... y él trabajaría mucho para que ambos pudieran comer... y Dios les protegería... el buen Dios que no abandona nunca á los enamorados...»

La religión de su niñez, esa religión que se reduce, en las almas sencillas, á invocar á la Virgen Nuestra Señora y á esperar de Jesús el pan nuestro de cada mañana, surgía del corazón de Violeta, más pura que nunca, en plegarias mentales, llenas de diminutivos ingenuos, de súplicas primitivas, de consejos inocentes: «Virgencita mía de mi alma, no nos abandones, te lo pido por él que es tan bueno y que te quiere tanto... ayúdale á él, virgencita...»

Los párpados de la actriz se humedecieron de lágrimas venturosas...

De pronto un ruido muy ligero la hizo volver la vista hacia el interior. Parecía haber oído pasos en el salón y creyó que René, ya despierto, la buscaba.. Fué á su boudoir; recorrió, de puntillas, los pasillos interiores. No vió nada... Temerosa, sin embargo, de que una circunstancia cualquiera retardase la realización de su proyecto, salió huyendo por las escaleras, con dirección á la bohardilla de su Luciano...

XXIII

Allá muy lejos, muy lejos, en un barrio perdido del París antiguo, detrás del Panteón, en las faldas de la montaña de Santa Genoveva, entre dos conventos de carmelitas, vivía el poeta. Su casa era muy antigua y las dos piezas que él ocupaba, en el piso cuarto, parecían las más humildes del edificio. Allí estaba contento, sin embargo, porque desde sus ventanas se veía

un vasto jardín conventual poblado, á ciertas horas de la tarde, de sombras graves y silenciosas que iban y venían, lentamente, bajo los árboles.—Estaba contento, allí, porque en la mañana el repique argentino de un campanario despertábase alegremente.

«Estas son mis celdas»—decía. Y sus celdas, desmanteladas y tristes, sin alfombras, sin cortinas, sin muebles lujosos, le eran queridísimas..... Si hubiera tenido dinero, habríalas arreglado: las habría llenado de tapicerías, de profundos divanes, de cuadros admirables..... pero abandonarlas, ¡nunca!

Luciano había soñado en esas celdas, todos sus ensueños juveniles. Allí había sufrido; allí había gozado; había derramado allí sus primeras lágrimas, y sus primeros besos habían estallado allí. Cada rincón contenía algo de su propia vida. Todas sus ilusiones y todas sus desesperanzas, habían nacido y habían muerto entre esos muros.

Viendo su amor por esas piezas, Luis le decía amenudo:

—Tú eres como Julio Janin, que comenzó por alquilar, en los alrededores del Odeón, en un edificio vetusto, una pieza de las bohardillas; que cuando tuvo algún dinero, alquiló también las piezas del piso inferior; y que luego, á medida que su fortuna crecía, iba alquilando otro piso y otro piso, hasta llegar á quedarse con toda la casa.

Luciano habría hecho lo mismo que Janin. Pero Luciano no tenía dinero; ni esperaba tenerlo pronto. En las cuestiones materiales, el poeta era lo que se llama un resignado. Contentábase con su bohardilla, y su único deseo era no verse, un día cualquiera, en la obliga-

ción de abandonarla por falta de dinero suficiente para pagar su humilde alquiler.

.... Violeta no había entrado nunca en la casa de Luciano; pero sabía en dónde estaba situada, porque dos ó tres veces había escrito su dirección en las cubiertas azules de las cartas-telegramas: «Rue Lhomont».

—¿En dónde está la rue Lhomont?—preguntábase la actriz al salir de su casa, al amanecer.

Con el instinto de la parisiense de raza, que adivina todo lo que se relaciona con la topografía de su ciudad natal, atravesó la plaza del Panteón y perdióse en el dedalo miserable de callejones y callejuelas del barrio Mouffetard. Por fin encontró la calle que buscaba.

Luciano dormía aún, cuando ella llamó á su puerta:

—¿Eres tú?—preguntó espantado al verla entrar ligera como un pájaro—¿eres tú?... ¿qué hora es?

Ella no sabía la hora. Lo único que sabía era que ya el sol había disipado las nubes del cielo; y que el sol del amor completo, despuntaba en su alma para borrar definitivamente las brumas de la disputa de la víspera.

—Sí;—repuso—soy yo. ¿Estás contento de verme?

....Y quitándose el sombrero y observando la pieza que servía á su amante de dormitorio:

—¿Esta es nuestra casa? Parece una ratonera y es preciosa. Yo sería muy feliz aquí...

Luciano la cogió entre los brazos y la obligó á sentarse en el borde del lecho, á su lado, diciéndola:

—¡Loca, local... Este es un agujero en el cual solo un poeta muy pobre y muy humilde puede

vivir. Aquí los ensueños alegres se mueren de fastidio porque no pueden volar á sus anchas, ni asomarse á miradores pintorescos... Ven á pasarte un día entero conmigo, y verás lo que dices en la noche.

—¿Y si digo que estoy contenta?

—Entonces es que me quieres mucho.

—¿Y si me quedo otro día y otro día?

—Entonces es que soy el hombre más locamente adorado de la tierra.

—Sí; lo eres.

Sus labios dejaron de hablar, para confundirse en un beso muy largo y muy tierno.

Al cabo de algunos minutos, Violeta se deshizo de los brazos apasionados de su amante, y con una frivolidad infantil, fué hasta la ventana y abrióla de par en par. Quería verlo todo. —Todo, desde allí, le parecía bellissimo.

—¡Qué lindo es tu cielo!—murmuró en un suspiro.—Luego, bajando la vista:

—Y ese jardín. ¿es tuyo?

—Sí—repuso él—es mío porque puedo verlo; pero no es mío sino de lejos.

Ya en el jardín no había ni árboles muy frondosos, ni flores resplandecientes. El aire de otoño comenzaba á podar las copas y á dispersar los pétalos, no dejando, entre la grama, sino las manchas doradas de las margarítas silvestres y las anémicas guirnalda de los rosales del Norte... ¡Qué diferencia tan grande entre esas avenidas casi rústicas de un parque conventual, y los arriates siempre artificialmente floridos del Luxemburgo!.... Sin embargo, la mujer enamorada hubiera dado mil Luxemburgos por ese rincón de tierra mística.

—¡Qué lindo!—murmuraba—¡qué lindo es todo esto!.... ¡Tu casa es divina!...

Profundamente emocionado, Luciano sonreía entre sus sábanas, no atreviéndose ni á vestirse ante su querida para ir á besarla, ni á llamarla de nuevo al borde de su lecho.

—¿Me permites que visite la otra pieza?—preguntó ella.

—Todo es tuyo aquí.

—Eso merece mil besos.—Y antes de pasar á la segunda habitación, la actriz acercóse á su amante, cogióle la cabeza entre los brazos, acaricióle como á un niño, con brusquedades de madre enamorada, besándole los ojos, mordiéndole la punta de la nariz, haciéndole cosquillas en las orejas, absorbiéndolo todo, en fin, entre sus labios insaciables.

Al cabo de un instante, su voz sonaba ya en la otra pieza, entusiasta y quejosa á la par:

—Este cuadrito es precioso, admirable.... pero ¿y cocina? aquí no hay cocina... ¿En dónde puede mi señor marido hacer sus tizanas cuando está enfermo?

Violeta estaba realmente entristecida de no encontrar una cocina, por humilde que fuera, en las habitaciones de su amante... «¡No tenía cocina!...» ¡Y ella que se había propuesto encender con sus propias manos el fuego, y hacer el almuerzo para ambos enseguida!

Al oírla, Luciano se echó á reír con ternura. Su admiración por la belleza frágil y delicada de su querida, le hacía ver como una cosa imposible que sus blancas manos de actriz pudiesen ensuciarse con carbón.

Ella se defendió, humillándose:

—¡Hacer el almuerzo! ¡Pero si es lo más natural!... ¿Acaso he sido siempre rica?... En otro tiempo yo misma me guisaba mis comidas, en una hornilla muy pequeñita... Pero puesto que

hoy no podemos hacer eso, iremos al restaurant, ¿no te parece?

Un rayo de tristeza dilató las pupilas del poeta. «No; no le parecía... no podía parecerle, porque estaba en la miseria.»

— Los únicos cuartos que me quedaban anoche — dijo al fin — se los di á Luis.

— Bueno, eso no importa, vistete...

Un largo silencio reinó en la alcoba. De pronto, el sol apareció, detrás de la cúpula gris del Panteón y tomó por asalto las ventanas, llenando de luz las habitaciones, prendiendo mil chispas doradas en la cabellera metálica de la actriz, iluminando el alma del poeta.

— ¡El sol! — dijeron ambos, por decir algo.

Luego, cuando Luciano menos lo esperaba, su querida se arrodilló ante él y le pidió perdón, con los ojos llenos de lágrimas.

— ¡Perdón! ¿Y de qué?

— De haberlo abandonado todo, sin tu permiso, para ser tuya toda la vida: de haber abandonado el teatro, de haber roto con Durán, de caer, de improviso, en medio de tu vida difícil, para hacerla más difícil aún...

Luciano no comprendía.

Ella prosiguió:

— De hoy en adelante viviré aquí, contigo, pobre y rica, miserable ó gloriosa, pero siempre junto á tí... ¡Ya era imposible, para mí, vivir con otro!... ¿Me aceptas?...

Luciano lloraba también. Sus rostros húmedos se juntaron.

— ¿Me aceptas?... Yo estoy decidida á no irme, mientras no me despidas... Pero no me despidirás nunca... ¿verdad?...

— ¡Violeta!... ¡Mi Violeta!

La emoción de Luciano era tan grande, que

apenas acertaba á contestarla con palabras. Pero sus ojos decían su goce infinito y melancólico...

Ella dejó de hablar.

Las bocas enamoradas se buscaron, se encontraron, se unieron en un beso profundo, hecho de juventud y de infinito... La claridad, cada instante más intensa, los envolvía en su manto de oro líquido...

Al fin ambos cayeron sobre el lecho, desfallecientes, llorando de ventura. Y entre lágrimas y besos, con voluptuosidad nunca antes sentida, celebraron enloquecidos sus nupcias verdaderas, bajo la franca caricia del sol...

FIN

EL TRIUNFO DE SALOMÉ

Á

JOAQUÍN MENDEZ

Uno de los que me han proporcionado ese placer infinito que consiste en querer á quien se admira.

E. G. C.

EL TRIUNFO DE SALOMÉ

Cuando la hilaridad producida por las excen-
tricidades macabras de los hermanos Big-Flo-
wers se hubo apagado en el murmullo de las
últimas sonrisas, una bailarina antigua surgió
del fondo de las decoraciones, blanca como una
estatua en la transparencia de tenues y vapo-
rosas gasas.

Era una mujer de veinte años, alta, delgada,
casi incorpórea, que bailaba, con ritmo lento y
ademanes hieráticos, una danza sagrada de
Alejandría ó de Bizancio. Su cabellera rubia
surgía de entre las flores azules de una guir-
nalda, cayendo en pálidas ondas de luz sobre
el pálido alabastro de los hombros. Sus labios,
ensangrentados de carmin, sonreían dulcemen-
te, dejando ver las líneas impecables de los
dientes. Tres largos collares de piedras multi-
colores, de amuletos de ámbar y de falos de
bronce, envolvían su torso, marcando la deli-
cada ondulación del pecho.

El cuerpo frágil palpitaba entre los velos po-
licromos, mientras los brazos, cruzados detrás

de la nuca, permanecían inmóviles... Y las figuras cadenciosas de la danza desarrollábanse, en la uniformidad monótona del mismo «paso», con inmovilidades de Olvido, con inclinaciones de Deseo, con sacudimientos de Resurrección, al compás de flautas lejanas.

...Y poco á poco, en la claridad de la sala, la belleza casi livida de la bailarina se idealizaba, hasta despojarse, en apariencia, de sus velos, de su blancura, de su sonrisa, de sus joyas, de todo lo que había en ella, en fin, de material y de humano, para convertirse en la evocación de un ensueño intangible.

El público aplaudía, alucinado, haciendo repetir cada «paso» y cada «figura», mientras Luciano, en la penumbra de su palco, se embriagaba con el triunfo de la artista, como si fuese su propio triunfo.

Pero ¿acaso no lo era, en efecto, por lo menos hasta cierto punto?—Marta, la bailarina, era su hermana y era su discípula. Vivían el uno para el otro, y los dos para el arte. El componía los bailes y ella los bailaba. Sus victorias se confundían en sus almas y los aplausos eran para ambos.

Viéndola sonreír, Luciano, sonreía. De pronto, sin embargo, tuvo miedo: figuróse que su hermano se desmayaba, y sin poderse contener, gritó: «¡basta!»

—¡Basta!

* * *

Sin vanidad, sin coquetería, casisn deseo de gustar, Marta bailaba. Bailaba, como cantan los pájaros, ejerciendo una función natural. Había nacido bailarina, y bailaba.

Muy amenudo, en las mañanas de primavera, cuando el sol asaltaba las ventanas, llenando su alcoba de luz y su alma de alegría, una fuerza incontrastable hacíala saltar del lecho para bailar, enteramente desnuda, ante su espejo, bailes caprichosamente improvisados. Y con la imaginación fuera del tiempo y del espacio, bailaba, durante largas horas, sin esfuerzo sensible, hasta que, fatigada y jadeante, caía sobre un diván, respirando difícilmente.

Luciano la sorprendía á veces en esos instantes de dolorosa fatiga, y con dureza paternal reprendíala como se reprende á un niño loco:

—Si continuás haciendo tonterías—decíala,—no vivirás mucho tiempo. Eres una necia incorregible que gasta lo poco que le queda de pulmones saltando sin ton ni son... Ya verás lo que te dice el médico esta noche...

Ella no se rebelaba contra tales durezas. Sabiendo que hacía mal en abusar de sus fuerzas, arrepentíase de haberlo hecho, sin prometerse, empero, no volverlo á hacer.

—Perdóname—murmuraba.

Y sus ojos claros, sin brillo y sin mirada, sus ojos atraentes de retrato, sus grandes ojos

ojerosos, producian una sensación extraña de ceguera y de vehemencia.

* *

Un día al salir del teatro, entre polichinelas que escondían sus jorobas bajo las pieles de los gabanes y colombinas aún pintadas de rojo y de blanco, Marta se detuvo á la puerta, como para esperar á alguien. De pie, á su lado, Luciano respondía á los saludos respetuosos de los espectadores que se alejaban después de inclinarse ante la artista.

La noche estaba clara, y en el horizonte la luna brillaba cual un ópalo inmenso, haciendo más blanca aún, con su luz, la blanca silueta de la bailarina.

— ¿Nos vamos? — preguntó al fin Luciano.
— En el interior no hay nadie ya.

— Sí — respondió ella: — vámonos...

Y luego, tímidamente:

— Pero no á casa... no nos encerremos aún...
¡Está tan hermosa la noche! Además tengo que hablarte de cosas muy serias que van á hacerte reír... Llévame al Retiro á respirar un instante el aire de los árboles nuevos... allá te contaré mi secreto, aunque te burles de mí.

En el carruaje que los conducía por el Prado, Luciano trató de sondear el alma de su hermana para sorprender sus secretos; pero ella no quiso hablar sino de asuntos muy frívolos.

— Las cosas serias te las diré en el Retiro... ¡curioso!

... ¿Estaría enamorada?... Para las mujeres sólo el amor es serio... ¿Enamorada? ¿De quién?... ¿Desde cuándo?... Porque hasta entonces sus bellos ojos no habían parecido nunca fijarse con complacencia en hombre alguno. Sus más apasionados adoradores — los artistas enamorados de su belleza ó subyugados por su genio; los banqueros calvos atraídos por la blancura de su cuerpo; los estudiantes barbilampiños que le enviaban ramilletes de violetas, — todos sus adoradores, en fin, habíanse cansado de esperar en vano una frase que fomentase en ellos la ilusión, y uno tras otro se habían alejado para correr en pos de más hospitalarias ilusiones... ¿Enamorada?... No... no era posible... ¿Enamorada, ella, que apenas tres días antes hablaba aún de amor como de una pasión «secundaria», casi «inferior», indigna, en todo caso, de ocupar por completo el corazón de un artista?...

Luciano se devanaba los sesos tratando de adivinar los secretos de su hermana.

«¿Qué sería?»

El carruaje se detuvo, al fin, bajo los árboles raquíticos del Retiro.

* * *

— ¿Y ahora, me contarás esas cosas tan importantes?

Marta estrechó con ardor la diestra de su hermano.

— Sí — repuso, — pero no te burlarás de mí... ¿verdad?

— No.

— ¿De veras?

— Mi palabra de honor.

— Pues bien, tengo que confesarte que he usurpado tus funciones, componiendo...

El músico se echó á reír.

— Ves que si te burlas... — murmuró ella tristemente.

Luego continuó hablando muy deprisa, como avergonzada de lo que sus labios decían:

— ... He compuesto un baile, con su música y todo. Es un baile que nada vale al lado de los tuyos, un puro capricho de mujer mimada, un baile desordenado y tonto... Al principio me figuré que nunca lo bailarían ante el público; pero después, á medida que lo he ido ensayando, su música se ha convertido para mí en una obsesión y hasta he llegado á creer que tal vez... si tú quisieras ayudarme... Se llama *El Triunfo de Salomé*... pero, naturalmente, yo no puedo escribir la partitura ni menos aún instrumentarla.

— ¿Y quieres que yo haga eso?...

— Que lo hagamos juntos...

— Pues hagámoslo.

— ¿Es cierto, Luciano?

— Sí, Marta, es cierto.

Y mientras el músico reía de nuevo, prometiéndole, la bailarina le besaba las manos, alegre como unas pascuas.

* * *

Cuando al día siguiente Luciano se enteró de la obra de su hermana, no pudo menos de admirarse. Era un laberinto caótico de notas fantásticamente descabelladas, cuyo conjunto, no obstante, contenía una conmovedora armonía llena de gracia y de incoherencia. Más que una composición, en el sentido artístico de la palabra, era un fárrago de sonidos, una masa inextricable, un follaje enrevesado, algo como una selva virgen en la cual el aura de las mañanas serenas y el rudo viento de las noches invernales, produjeran, á veces, cadencias divinamente salvajes.

Para no entristecer á la autora, Luciano se guardó de hablarla con franqueza, y sólo la indicó la necesidad de reducir su obra á mucho más modestas proporciones.

— Cortaremos por todos lados — la dijo; — cortaremos muchas ramas inútiles para dejar ver las flores, y luego cortaremos también algunas flores demasiado grandes. Tú trabajas como la naturaleza. Eres una loca. Ahora trabajaremos como humildes jardineros... Ya verás.

Juntos trabajaron, en efecto, con febril actividad: ella defendiendo las frondosidades que la parecían bellas ú originales: él, hábilmente, pondando, cortando, talando.

Poco á poco, el músico se encariñó con su labor de jardinero artístico. Trabajaba para la gloria de su hermana, con elementos por ella reunidos, y eso bastaba á la dicha de su corazón fraternal.

Marta también era dichosa, pues aunque de los acordes por su mente concebidos apenas quedaba, en las páginas escritas, sino la vaguedad del pensamiento primordial, creía siempre que «esa era su obra» y á medida que su colaborador componía, ella se identificaba con la nueva concepción en que supervivía, á pesar de todo, el alma del original.

Al cabo de un mes de labor impropia, *El Triunfo de Salomé* estuvo terminado.

— Me parece que no hemos perdido el tiempo — dijo Luciano después de ejecutar la obra en el piano.

— ¡No! — respondió entusiasmada la pobre Marta, cuyos grandes ojos de tísica se habían hundido más profundamente aún en los círculos violáceos de las ojeras, á causa de los insomnios del trabajo.

Los ensayos comenzaron en seguida. El director del teatro aumentó su orquesta y prometió nuevas iluminaciones para la noche del estreno.

Más inspirada que nunca, Marta bailaba.

Bailaba todos los días, ensayando su obra, al compás de su propia música; levantaba los brazos al son de las flautas; — esponjábese como una paloma enamorada entre las notas de los violines; erguíase cual un icono de oro al estruendo metálico de los címbalos que rugían anunciando su triunfo sanguinario....

Era dichosa.

Sus piernas esculturales, más ágiles que nunca, palpitaban eternamente, como movidas por una fuerza oculta que no estaba en armonía con el vigor de su pecho debilitado. Sus pies parecían desconocer la fatiga, y, siempre inquietos, marcaban sin darse punto de reposo el ritmo de la danza sagrada, crispándose á cada instante en el estuche diminuto de los botines.

— ¡Estoy contenta, Luciano, estoy contenta!

Y en el movimiento nervioso con que se lanzaba al cuello de su hermano para estrecharle entre los brazos, había asimismo algo de danza, algo de inconscientemente artificial.

Dormida, también bailaba: bailaba en sueños, con la imaginación; y mientras su cuerpo rendido permanecía inmóvil entre las sábanas, sacudido apenas por la respiración cada día más difícil, su cerebro febril se perdía, ligero como una mariposa, retorciéndose como una salamandra entre las llamas, ondulando como una rama joven—siempre idealmente agitado,—en

el torbellino rítmico del *Triunfo de Salomé*... su propio triunfo futuro.

* * *

Salomé misma surgía á veces de sus ensueños delicantes para revelarla el secreto de la gracia perdurable, diciéndola lo que había hecho, dos mil años antes, en el palacio del Tetrarca, con objeto de obtener en recompensa la cabeza recién cortada del Precursor.

—Bailé—murmuraba la hija de Herodiada al oído de la artista dormida,—bailé largamente... así... muy largamente. Mi cuerpo dorado y ágil plegóse como un junco ante Herodes; luego se enderezó con un movimiento de serpiente; y en cadencia, sacudiendo los collares de mi seno, los brazaletes de mis tobillos, las joyas de mi cintura, todo mi ser se estremeció... Mis caderas se estremecieron. El estremecimiento simétrico de mis piernas infantiles y perversas, hacían vacilar la voluntad del hombre envejecido... Bailé... muy largamente...

* * *

Así como Clarisa al estudiar las canciones cristalinas de Ofelia modulaba la sonoridad de su voz al murmullo de las fuentes, Marta hacía todo lo posible por saturarse de la leyenda de la princesa lejana, repitiéndose sin cesar las divinas estrofas de Mallarmé, los diálogos com-

plicados de Oscar Wilde, las pomposas cláusulas de Flaubert, las pesadas descripciones de Huysmans, las prosas irónicas de Laforgue, los cuentos visionarios de Lorrain, todo lo que las musas decadentes han producido, en fin, durante las postrimerías de nuestro siglo positivista, para completar la apoteosis del Pecado.

Pero no eran los grandes poetas, ni menos aún los sabios historiógrafos, los que mejor la habían hecho sentir la intensidad inconsciente de la delicada flor de lujuria que pudo despertar á la Bestia muerta en el ser decrepito del rey. El alma de Salomé le había aparecido, más completa que en ningún libro, en algunas obras plásticas cuya inmovilidad aparente antojábasele más animada que las rítmicas evocaciones de la poesía.

En el espacio de algunas semanas, el *boudoir* de la bailarina convirtiéndose en un verdadero museo de grabados y de fotografías que representaban á la hija de Herodiada en todas las actitudes en que el ensueño de los artistas ha sorprendido su imagen durante veinte siglos de supersticiosa idolatría.

Sobre la chimenea, en un zócalo de pesadas tapicerías orientales, destacábase un busto de Donatello, cuya belleza virginal de adolescente enigmática, constituía, para Luciano, la suprema perfección de la gracia femenina.

— Así debe de haber sido Salomé — decía el músico.

Luego veíanse, prendidas con alfileres en las cortinas, clavadas en las paredes, y embutidas en los marcos de los espejos, muchas Salomé trágicas é infantiles, exquisitas y bárbaras.

La Salomé de Leonardo de Vinci, mostrando, con un ademán orgulloso, la cabeza de Bautista que un esclavo la presenta en una bandeja de oro;—la Salomé de Ticiano, en una copia muy antigua hecha por un guardián del Escorial, levantando, ante su madre, el trofeo sangriento y sagrado;—la Salomé, ligera como una pluma, del fresco del Domenico Ghirlandajo;—la Salomé de Baudry, elegante y casi nada tradicional, sacudiendo los brazos;—la Salomé de Gustavo Moreau, en una fotografía iluminada, bailando, en medio del templo, ante el Tetrarca, vestida con más lujo que las reinas de Egipto, casi impúber y ya excitante, y ya perversa, y segura ya del prestigio irresistible de su sexo;—otras muchas Salomé, en fin, sonreían en la estancia, para enseñar á Marta el arte de gustar y de triunfar.

Segura de sí misma, la bailarina decía á su hermano:

— Bailaré de tal modo, que los espectadores me ofrecerán sus cabezas.

El músico tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no dejar ver á su hermana los te-

mores que atormentaban su corazón, y muy á menudo la aconsejaba que no gastase todas sus fuerzas nerviosas en los ensayos solitarios.

— Si continuas — le decía, — me parece que eres tú la que vas á perder la cabeza.

* * *

Un día Marta no pudo levantarse. Tenía calentura. La dolía el pecho. Respiraba difícilmente.

Vino el médico.

— ¿Estoy muy enferma, doctor?

— No, ahora no tiene usted casi nada... los pulmones debilitados... un poco de fiebre... no será uada... Pero si continúa usted abusando de sus fuerzas, la enfermedad se puede complicar. Su hermano dice que usted está loca y es necesario que así sea, en efecto, para que trabaje usted sin descanso día y noche... ¿Quiere usted curarse pronto?

— ¡Oh sí, doctor!

— Entonces es necesario que usted nos prometa *primo* que permanecerá usted tranquila, sin tratar de levantarse, y *secondo* que tomará usted los remedios sin discutir.

— Lo que usted quiera, doctor.

— ¡Perfectamente! Dentro de algunos días estará usted más fresca y más bella que una rosa. Pero nada de levantarse, ni siquiera un minuto... y nada de inquietudes tampoco; nada

do estudio... «Niñas que estáis bailando, al infierno váis saltando»... Usted no se acuerda del catecismo... Así, pues, si es usted prudente, dentro de cuatro ó cinco días... ni tanto... tres días... dos ó tres...

El médico comenzó á escribir una receta, repitiendo siempre con tono regocijado: «cuatro ó cinco días... cuatro á lo más... ni eso... tres días de cama y de calma»...

Mientras tanto Luciano, sentado junto al lecho de la enferma, acariciaba las mejillas ardientes de Marta, tratando de tranquilizarla, asegurándola que su mal no tenía importancia ninguna y que al día siguiente estaría curada.

La bailarina permanecía inmóvil y silenciosa. De repente sus labios secos se animaron:

— ¡Luciano!

— ¿Qué quieres?

— ¿Cuándo es el estreno, Luciano?...

— El domingo, Marta.

— ¡Es verdad! El domingo... y hoy es lunes... ocho días...

En seguida, hablando en voz alta:

— ¿Estaré curada el sábado, doctor?

— Si no hace usted locuras, estará usted curada el jueves.

— Haré lo que ustedes quieran, pero curenme para el sábado.

Al hablar así, Marta frotaba su frente ardiente contra el brazo de su hermano, como para

convencerle, con sus mimos, de que era necesario curarla pronto.

Tranquila por convicción, Marta permanecía echada en su lecho, absorbiendo, con una pasividad de animal enfermo, todas las drogas ordenadas por el médico. — Luciano no se separaba de ella sino para ir á comer, y eso ya muy tarde, después de haberla administrado las últimas pociones y las últimas pildoras.

— ¿Por qué no sales? — preguntábase ella.

El respondía inventando pretextos para explicar su perpetua presencia en la alcoba sin inquietar á la enferma:

— «¿Salir?... ¿Para qué?... ¿á dónde ir?... Ya saldría cuando ella se levantase, al día siguiente»...

* * *

En vez de mejorar, la salud de Marta empeoraba. Empeoraba de día en día: — hundíanse sus ojos; sus pulmones se laceraban; su pulso era cada instante más rápido y más desigual...

Pasó el lunes y pasó el martes. Luego pasaron también miércoles y jueves.

— ¿Estoy mejor? — preguntó la artista el viernes.

El médico respondió que «no», abandonando su tono regocijado y recomendando secamente á Marta que hablara lo menos posible.

— Si se quiere usted curar — la dijo — no pien-

se usted en levantarse, no hable usted... Mucha tranquilidad...

Marta no dijo nada. En sus pupilas entristecidas una chispa se encendió, apagóse en seguida, se volvió á encender más intensa, y luego agonizó, lentamente, en el aleteo de los párpados, hasta morir ahogada en una lágrima.

Desde ese instante sus labios no volvieron á entreabrirse sino para recibir los besos de su hermano que, no sabiendo ya cuál remedio darle para hacerla sanar, multiplicaba sus caricias, tratándola como á una novia, respirando el aroma de sus cabellos rubios, besando sus manos húmedas, halagándola, en fin, con mimos apasionados y frívolos, en el silencio trágico del dormitorio.

* * *

El domingo llegó también.

La bailarina no estaba ni peor ni mejor. Su cerebro había perdido la noción del tiempo. La modorra de la fiebre no desaparecía sino cuando los accesos de tos desgarradora obligábanla á levantar la cabeza para tratar de sufrir menos.

Sin movimiento, casi sin vida, Marta permanecía entre las sábanas sudosas, respirando dolorosamente el aire cargado de emanaciones acres de creosota y de resina.

Luciano acababa de salir para ir á comer. En

la chimenea, un reloj dió las diez. La enferma contó las campanadas y al oír la última, un escalofrío hizo temblar todo su cuerpo exangüe.

¡Las diez!

La hora del estreno, la hora en que el público, al verla aparecer vestida de princesa de Israel, cubierta de joyas y de amuletos, debía aplaudirla... la hora ansiosamente esperada por su alma de artista... la hora de Salomé... la hora del triunfo... la hora suprema!

¡Las diez!

Impulsada por una fuerza imperiosa, Marta salió del lecho. Quería bailar. La armonía de sus notas cantaba, como una sirena fatal, en sus oídos... Todo Madrid esperaba con impaciencia la aparición de Salomé...

¡Quería bailar!

Apoyándose en los muebles, llegó hasta la ventana y la abrió de par en par. El aire fresco de la noche acarició con su soplo mortal los brazos frágiles que se levantaban ya para marcar el ritmo de la danza sagrada.

Quería bailar y bailó. Su torso blanco se crispó con un temblor de agonía; sus piernas largas y finas agitáronse rápidamente; sus caderas vibraron, se contrajeron, se encurvaron, se esponjaron, se desgonzaron con la ligereza vertiginosa de la locura.

Bailó toda su obra en el espacio de algunos minutos. Y luego, extenuada, sin fuerza, sin

aliento, perdiendo el equilibrio, cayó en una postrera ondulación, ante las estrellas impasibles que la contemplaban desde lejos...



FIN